SYBIL LEEK

Telepatía

la otra ciencia

martinez roca

Telepatía

Sybil Leek

Telepatía

Ediciones Martínez Roca, S.A.

Título original: *Telepathy*

Traducción: *Guillermo Gayá*

© 1971 by Sybil Leek
© 1973, Ediciones Martínez Roca, S.A.
Avda. José Antonio, 774, 7.º, Barcelona-13
ISBN 84-270-0219-X
Depósito legal: T. - 2.314-73
Impreso en Cooperativa Gráfica Dertosense - Cervantes, 19 - Tortosa

Dedicado a mi hijo
STEPHEN B. LEEK

Indice

1. El "honorable" fenómeno 11
2. Un siglo de experimentos debidamente registrados 18
3. Mis primeras lecciones de transmisión mental 29
4. ¿Mensajes procedentes de otros mundos? 38
5. Somos estaciones de radio 45
6. La estructura de la nueva fuerza 50
7. La transmisión del pensamiento en el mundo animal 63
8. Experimentos científicos modernos 69
9. Experimentos radiobiológicos 81
10. Fotografía del pensamiento 92
11. Cómo transmitir y recibir 103
12. Relájese, transmita o reciba 108
13. Telepatía y posesión, ¿realidad o fantasía? 114
14. El hipnotismo o la voluntad de otra persona 122

1. El «honorable» fenómeno

De todas las diversas ramas de los fenómenos psíquicos que en la actualidad están disfrutando del favor de la popularidad, la telepatía es quizás una de las más llevadas y traídas. Porque hoy, en una conversación normal y corriente, ya se puede hablar de telepatía sin que a nadie se le ocurra pensar que se está departiendo sobre ocultismo. En efecto, aquellas personas que sólo unos pocos años ha no acababan de hablar de sus cicatrices quirúrgicas gustan ahora de tomar la palabra para exponer sus impresiones acerca de algún experimento telepático. Y lo más significativo es que tales personas creen que así están elevando su rango intelectual. De manera casi imperceptible, ese interés por la telepatía ha ido poniendo el ocultismo gradualmente sobre el tapete y presentándolo bajo una luz menos misteriosa que la del espiritismo o la de las exóticas filosofías orientales. Cualquier ama de casa puede hoy hablar de telepatía en familia sin que un escéptico marido le ordene, con la mirada, cambiar de conversación. En una palabra, en la actualidad la telepatía goza de una aureola de respetabilidad

que la hace aceptable tanto para el lego en la materia, como para el estudioso de, o aficionado a, los fenómenos psíquicos y aun para el científico. Hasta los más empedernidos escépticos, a quienes el ocultismo asusta, no dejan de prestar atención a la telepatía.

No resulta difícil comprender el porqué de ese tan generalizado interés por tal actividad mental. El hombre de la calle acepta con toda naturalidad tal fenómeno, quizá porque fuera iniciado en la experimentación del mismo con ocasión de alguna reunión o juego, o tal vez por haber estado contemplando la actuación televisada de algún experto en telepatía. Y ese hombre les habla a sus amistades de lo que ha visto en la tele; y en el curso de la conversación surgen nuevas ideas acerca de la transmisión del pensamiento a nivel personal. Ello ya le parece a nuestro hombre cosa de tejas abajo, y, sin necesidad de músicas místicas ni de ningún especial condicionamiento, se dispone a hacer alguno que otro experimento. En una sociedad en que las familias se envanecen de haber acudido repetidas veces al consultorio del psiquiatra (al que afectuosamente llaman "nuestro escamoteador"), no cabe duda de que en ella existe una miajilla de esnobismo intelectual en lo que hace referencia a la telepatía.

Las psicopáticas llevan ya muchos años salpicando su fraseología *in* con la palabra "telepatía". Y, en muchos casos, éstas todavía siguen cubriendo al fenómeno telepático con el velo del misticismo. Cuando el parapsicólogo y el científico se adentran, aunque siempre con extrema precaución, en la periferia del ocultismo generalmente lo hacen en sus encuentros con la telepatía. Y bastantes veces les ocurre que, para dar con ella, se ven obligados a pasar a través de los efluvios de la caza de fantasmas, del espiritismo o de la psicometría. Y una vez que han conseguido acercarse a ella, el parapsicólogo y el científico se encuentran con que la telepatía es capaz de producirles un trauma corporal, una especie de golpe "bajo". Porque la telepatía, aunque revestida de cierto carácter misterioso, por asociársela con algunas formas de ocultismo, en su naturaleza tiene también un reverso : el desafío que lanza a la curiosa mente del científico, simplemente porque, en su forma de transmisión del pensamiento, se halla más íntimamente ligada a la mente del hombre que cualquier otra cosa.

Por más que la ciencia declare que su cometido consiste en la búsqueda de lo tangible, puede muy bien ser que lo intangible de los fenómenos psíquicos resulte ser la última frontera de la investigación médica. El derribo de la valla que tal frontera supone puede redundar en la mayor comprensión del hombre como ser unívoco y revelar el singular mecanismo de su cerebro y los secretos de su mente, acerca de los que, hasta la hora actual, no hemos hecho más que esbozar una serie de teorías. La telepatía, es decir, la comunicación de mente a mente, puede contribuir grandemente a la solución de los problemas —problemas cargados de tensión— de un mundo cada día más incapaz de comunicación a través de los medios tangibles. Día vendrá en que el hombre que se lamenta de la falta de humanidad del ser humano para con el ser humano y que no ve en sus semejantes sino a enemigos; día vendrá en que este hombre comprenda que la mayoría de los actos inhumanos son debidos a la falta de comprensión; incomprensión que, a su vez, es debida a la falta de comunicación. Mientras el hombre no deje de pensar que el prójimo es su enemigo, el instinto de conservación aflorará en su mente y descargará, automáticamente, el golpe sin esperar a entablar un previo diálogo. Eso es lo que ha ocurrido en numerosas ocasiones durante las guerras, cuando la falta de comunicación fue la causante de la muerte de un hombre que quizá lo único que quería era expresar sus sentimientos de amistad o sus deseos de paz. Careciendo de esa comunicación, sin esa forma de diálogo, es posible que la tensión vaya aumentando cada día más, a menos que algo venga a llenar ese vacío. Y ese "algo" será sin duda la comunicación telepática. Comunicación esta que se da en muy grata forma cuando, por ejemplo, desde el primer momento de conocerse, dos personas quedan mutuamente prendadas; porque con los ojos y con la mente se han transmitido mensajes que resisten toda explicación lógica, pero a los que aceptamos porque en el amor estamos viendo una fundamental e íntima unión.

Aceptamos el hecho de estar en posesión de unos órganos vocales que nos permiten hablar; modulamos palabras que un mecanismo del cerebro —órgano de la mente— nos permite emitir; y la persona que está cerca de nosotros recibe, a través del ídolo, las palabras puestas en marcha por el pensamiento. Entonces entra en acción una nueva fuerza, que actúa sobre el

mecanismo mental de esa otra persona, y algo intangible ocurre entre las dos. Ha nacido una emoción, emoción que unas veces resulta ser edificante y otras no; mas lo cierto es que una emoción ha sido creada —por mediación, esta vez, del obviamente tangible mecanismo de las cuerdas vocales, la lengua y el oído transformados en la intangible fuerza de la emoción—. Puede que esa comunicación no resulte lo suficientemente operante, por lo que muy a menudo la voz y el oído tienen que ser reforzados por otra fuerza tangible, fuerza que podríamos llamar "atracción", y que, a su vez, intensifica o disminuye la de la emoción. Y ésa no es una cosa estática. Algo acontece. Algo llamado comunicación con correspondencia tiene lugar. La mayoría de las áreas de comunicación son susceptibles de ser explicadas por la ciencia médica así como determinados hombres de ciencia, y la mayoría de ellas son aceptadas por la gente como fenómenos habituales. Con todo, actualmente vemos como algunos de esos aceptados patrones de comunicación van sufriendo una degradación, incluido entre ellos el de la conversación entre una y otra persona y el de la atracción generadora de emoción. Estamos inmersos en una sociedad en donde van surgiendo por doquier carteles amonestadores —"Silencio" o "No tocar"— que nos están condicionando para la obediencia. El arte de la comunicación está menguando a todos los niveles; es más, va desapareciendo ante la irrupción de nuevas formas de comunicación específicas de nuestra era. Ello puede verse en la palabra escrita así como en muchas formas de arte creativo que están invadiendo sutilmente comunidades enteras, de forma que el mecanismo de la mente y las consiguientes emociones se ven únicamente provocados por determinadas formas de arte o de la palabra escrita.

Existen muchos miles de seres humanos inteligentes cuyo cerebro —el órgano de la mente— no vive sino para recibir la mayoría de comunicaciones y de emociones a través —indirectamente— de la palabra escrita, del televisor o de alguna ocasional visita al cine. También, según todos los indicios, puede afirmarse que cada vez son más las personas cuyas únicas comunicaciones se efectúan a través del televisor. Cuando la fuerza de cada comunicación mecánica alcanza su máxima perfección, diríase que el medio natural de comunicación del hombre ha quedado contraído. Conque debemos poner sumo cuidado en

que la conversación no se nos llegue a atrofiar. Si ésta está también sometida a las tensiones y fricciones de un constante síndrome de Caín y Abel —síndrome que tiene su origen y arranque en muchas familias y que a continuación se ve multiplicado en la escena nacional por las luchas raciales—, tendremos que los progresivos efectos de la comunicación se verán aún más restringidos por el color de la piel de los hombres y por lo que éstos piensan, dicen, escuchan y sienten.

Debido a encontrarnos ahora en un punto peligroso, con las comunicaciones normales a punto de desaparecer, la idea de la telepatía, o transmisión del pensamiento, está siendo objeto de la atención de muchas personas. En todas las grandes guerras, la ruptura del sistema de comunicaciones del enemigo mediante la desmoralización ha constituido una de las armas estratégicas más efectivas. En la sociedad normal —ahora siempre en guerra, aunque no oficialmente, y sin saber muchas veces quién es el enemigo—, las vacilaciones y los temores de los hombres están siendo manipulados al objeto de hacer sospechar a todos de su vecino. Y sabido es que un miedo engendra otro miedo. Ya no sólo está *verboten* la conversación entre vecinos, sino que existe también una regla —determinada por generaciones de desconfianza— que prohíbe el hablar con los extraños. Estamos caminando rápidamente hacia un mundo en el que la falta de comprensión, el alienar al hombre de su semejante, va a ser el arma más adecuada para la destrucción de la humanidad; debido a que el hombre no es un organismo unicelular capaz de sobrevivir en la soledad.

Parece ser que hacemos uso de las palabras como si se tratara de las cosas más caras del mundo. Olvidamos que toda causa tiene su efecto, incluso las negativas (tales como la carencia de comunicación, cuyo efecto es el de engendrar la violencia). La ley universal de causa y efecto es justamente aplicable lo mismo al uso de las palabras que a cualquier otra cosa. Puede provocarse una guerra mediante unas palabras pronunciadas antes de que se descargue el golpe físico.

La palabra "mente" como sinónimo de razón, intelecto, inteligencia, entendimiento, conciencia, espíritu o psique se halla muy frecuentemente usada en muchos miles de libros. Si examinamos analíticamente dicha palabra, echamos de ver que "mente" no es precisamente sinónima de ninguna de esas otras;

y, con todo, seguimos aceptando tales palabras como si tuvieran el mismo significado que aquélla.

Muchos escritores ocultistas echan a un lado la mente por considerarla como un área de segunda clase del alma. Algunos de tales escritores identifican la mente únicamente con el espíritu, mientras que otros la conciben como una mera parte del alma-espíritu o psique. Como siempre, los cobardes eluden identificar una palabra con la definición que de ella nos da el diccionario. La "mente" —dice Webster, el mejor amigo del escritor cobarde— es la fuerza intelectual del hombre, el entendimiento del pensamiento y de los sentimientos". Para todo aquel que estudie la telepatía, tal definición de la mente resulta ser de muy poca utilidad, conduciéndole, además, al terreno en donde se halla la explicación de algo que se acepta y que se sabe que está ahí, pero que en manera alguna constituye una explicación adecuada. Si se aceptan las definiciones del Webster como materia que da que pensar, no estará demás mirar lo que dicho diccionario dice acerca de la telepatía.

"La telepatía —define sucintamente Webster— es la comunicación de sentimientos o impresiones entre personas situadas a distancia una de otras." Creo que puede mejorarse esta definición diciendo que "la telepatía es la comunicación de impresiones de toda clase desde una mente a otra, independientemente de los conocidos canales de los sentidos".

Como sea que hemos dado en aceptar el pensamiento, la conciencia y la percepción como formando parte de la vida, sin que de tal aceptación nos sobrevenga ningún mal, puede que con el tiempo demos en comprender que la telepatía es una combinación de todas esas parcelas. Después de todo, la aceptación es siempre mejor que esa confusión de definiciones que hallamos en el diccionario. Porque, ¿cómo puede éste definir la telepatía si ésta no ha sido todavía totalmente investigada? Eso es como si un doctor recetara un tratamiento para una enfermedad cuyo diagnóstico todavía no conoce del todo. Si existe confusión acerca del pensamiento, de la percepción y de la conciencia, cuando abordemos el tema de la transmisión del pensamiento lo más probable es que nos veamos con el agua al cuello. No podemos estar de acuerdo con una confusa definición de la mente cuando lo que esencialmente necesitamos es establecer un punto de referencia para que la telepatía se asiente

sobre el hecho de que el cerebro es el órgano de la mente. Este órgano tangible, área de arranque de las fuerzas intangibles, puede recibir y transmitir mensajes. Es posible que todo ser viviente posea una mente. Sabido es que la tienen los animales, y sabido es también que la del hombre puede afectar a organismos vivos tales como las plantas. De la misma manera, la mente tiene que ser capaz de ejercer su influencia sobre las cosas inanimadas.

Mucho es lo que se sabe acerca del cuerpo humano: pueden realizarse injertos, engastar huesos y trasplantar órganos, pero siempre topamos con el hecho de que el hombre no es sólo un cuerpo; el hombre posee también una mente y un espíritu. Hasta que seamos capaces de conocer a fondo cada una de las fibras que integran el cerebro no podemos congratularnos de los asombrosos progresos de la ciencia médica. Ésta sólo ha conseguido llevar a cabo una parte de su tarea. La parte más difícil de realizar empezará cuando la investigación penetre en el reino de la mente. Y una de las áreas de investigación de la mente consiste en la transmisión del pensamiento: en la telepatía.

Por más que seamos capaces de reconstituir muchas de las piezas de que se compone el hombre, a base de otras piezas de su cuerpo o del de otra persona, ¿qué es lo que hemos conseguido realizar si no disponemos de una mente que acompañe al cuerpo reconstituido? El hombre debe además poder comunicarse si es que tiene que conocer lo que significa el estar vivo. Aunque sea con imperfecciones físicas, debe poder comunicarse con los miembros de su especie. Si no sabe conocerse a sí mismo, el hombre tiene que saber que hay alguien que le conoce y comprende; y tiene que intentar llenar el vacío si es que quiere ser feliz.

Es muy posible que la telepatía nos brinde algunos de los supuestos, necesarios para componer el rompecabezas del cuerpo humano, de la mente y del espíritu y, por ende, facilitarnos la comprensión del concepto total del hombre así como el lugar que éste ocupa en el universo.

2. Un siglo de experimentos debidamente registrados

El término "telepatía" procede de dos palabras griegas: "lejos" y "sentimiento". Así, pues, la telepatía consiste en la comunicación de pensamientos y sentimientos desde una mente a otra por conductos o medios de comunicación distintos de los usuales. La palabra telepatía fue sugerida por primera vez en el año 1882 por el investigador psíquico F. W. H. Myers. La idea de la transmisión de pensamientos no era ciertamente nueva por aquel entonces. La teoría según la cual la transmisión de ideas, imágenes y sensaciones puede ser verificada por otro medio aparte del motor normalmente operante y por el aparato sensorio, ya había aparecido mucho antes. Son muchos los escritores que han intentado explicar las apariciones en el momento de la muerte de una persona, así como también la clarividencia y los fenómenos del espiritismo, con la teoría de las "ondas cerebrales". A raíz de la fundación de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas (1882) se inició una corriente de interés internacional por tal hipótesis, siendo aplaudido por todo el mundo el rígido criterio de la Sociedad en la escrupulosa ob-

tención de datos informativos. La fundación de la Sociedad constituyó, pues, la necesaria apertura del camino de la investigación. Pero lo lamentable del caso fue que, a medida que fueron transcurriendo los años, la libertad de investigación que había hecho posible la fundación de dicha Sociedad fue decreciendo cada vez más, así como fue disminuyendo el impacto causado por sus trabajos.

Los primeros experimentos de transmisión del pensamiento metódicamente registrados fueron los realizados en 1871 por el reverendo P. H. en unión de la señora Newnham. Tales experimentos fueron continuados, con notable éxito por cierto, por espacio de unos ocho meses; pero los llevados a cabo ulteriormente no obtuvieron resultados evidentemente positivos. Algunos años más tarde, el profesor W. F. Barrett logró despertar el interés de la Sociedad Británica de Investigaciones Psíquicas por el tema de la telepatía. El año de 1882 fue, pues, un año decisivo para tales estudios, y a partir de dicho año, los miembros de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas fueron realizando múltiples experimentos de índole telepática. Hubo quien calificó dichos experimentos de "el juego del hipnotismo"; y ciertamente se produjeron bastantes desviaciones del primigenio camino científico, desviaciones que se extendieron desde el puro estudio a las divertidas funciones celebradas en las ferias y en los circos de toda Europa. Bien fuera por el prurito de investigar, por el afán de ganar dinero o bien con la sola intención de divertirse, lo cierto es que "el juego del hipnotismo" constituyó una faceta popular de la vida victoriana; algo así como lo que en nuestros días representa la astrología. "El juego del hipnotismo" tuvo sus vivanderos, sus escépticos y sus críticos, pero, a decir verdad, siempre se atuvo a una de las reglas básicas de la ininterrumpida popularidad. Todo el mundo hablaba del popular fenómeno. Los charlatanes mentalistas eran populares en las ferias, y, a cambio de los cuartos que sacaban a la gente, le proporcionaban a ésta un buen entretenimiento; y quien sabe si también le suministraban algo para ir rumiando después de terminada la función. En los centros de estudios europeos se realizaban investigaciones sistemáticas a lo largo de dos líneas principales. Primeramente se experimentó con personas en estado hipnótico, con el objeto de transmitir a dichas personas imágenes seleccionadas, para después comparar los resultados

obtenidos con las posibilidades de la mera casualidad. En segundo lugar se llevó a cabo la recopilación y el debido examen de los fenómenos registrados. Fenómenos que iban desde las apariciones —generalmente ocurridas en el momento de la muerte— hasta los casos espontáneos en los que existía una correspondencia entre los estados físicos de dos individuos por lo general situados en lugares geográficos muy alejados el uno del otro.

Los problemas suscitados por ambos tipos de investigación son numerosísimos y muy diferentes entre sí. En el primer tipo de investigación raramente se topa con algún elemento alucinatorio; pero en el segundo tipo tales elementos aparecen en amplio número. En el primer caso, la transmisión de una imagen de pensamiento es una imagen fijamente mantenida ante la mente. De ordinario, para eso se requiere un consciente deseo de retener la imagen en cuestión y de transmitirla. En el caso de una persona moribunda ese factor consciente no se halla siempre presente; y, con todo, se sabe de cierto que la proyección de una imagen ha tenido lugar alguna vez. La discernible característica del primer tipo de casos es la exclusión de los métodos normales de percepción, mientras que la del segundo es la eliminación de la coincidencia como explicación de los hechos. Resulta más fácil llevar un registro de los éxitos y de los fracasos de los sujetos del primer caso que en el caso de la persona moribunda, toda vez que el testimonio procede por lo regular, en tal coyuntura, de segunda mano, y está por tanto sujeto al debilitamiento o a la exageración determinados por factores emocionales.

A lo largo de su clara experimentación, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas recogió testimonios de observación de primera mano en relación con apariciones ocurridas a la hora de la muerte o dentro de las doce horas de ocurrido el óbito. Tales observaciones y la discusión y estudio de las pruebas experimentales vieron la luz pública, en 1886, bajo el título de *Fantasmas de seres vivos*. Vale la pena que todos los estudiosos de la telepatía lean dicho libro, aunque no sea más que por el hecho de que su contenido viene a reflejar el primer deliberado intento de condensar y fomentar la idea de que los fenómenos psíquicos son susceptibles de ser documentados. En su tiempo, dicho libro fue una obra gigantesca, y es una verdadera lástima

que tal obra no haya sido reeditada en los últimos veinticinco años. Vuelvo a repetir que una de las mayores necesidades de la hora presente es la de que los investigadores presenten, profesional y oficialmente, testimonios documentados, para que no se tenga que recurrir a las obras de determinados individuos que llegan a manos del público a través de las librerías. Resulta verdaderamente admirable el que ciertos individuos particulares inviertan su tiempo y su dinero en la investigación; aunque dicha investigación resultaría más efectiva de estar realizada a nivel de una nutrida cooperación, a escala nacional, primero, y luego en el plano internacional.

No contentándose con los resultados de *Fantasmas,* Edmund Gurney emprendió un estudio estadístico acerca de las apariciones coincidentes. En una época en que las comunicaciones postales eran por demás deficientes, fueron examinadas nada menos que cinco mil y pico de personas. Por supuesto, en ambos trabajos se notan deficiencias. El defecto de *Fantasmas* radica en que en su texto no viene debidamente reflejado el progresivo empeoramiento del testimonio a causa de la mucha edad. Ningún relato es considerado, por la Sociedad, como probatorio a menos de haber sido redactado antes de los tres años del acontecimiento o de que esté basado en notas tomadas en el momento de producirse tal acontecimiento.

Un segundo intento sistemático de recogida de material y de compilación de datos estadísticos basados en el primer examen de Gurney sobre las alucinaciones fue el iniciado en el Congreso de Psicología mental celebrado en 1889; trabajo que fue encomendado al profesor Henry Sidgwick. La respuesta a este segundo intento señaló el creciente interés del público —y no ya sólo de una mera curiosidad— por el tema en cuestión. Respondió un total de 17.000 personas, 1.684 de las cuales aseguraron que habían experimentado uno o más casos de alucinación. El análisis de tales respuestas puso de manifiesto que en 350 de tales casos fue admitida la aparición. Tras tomar en consideración los posibles errores, el comité de inspección halló que 30 de las 350 apariciones admitidas coincidieron con la muerte. La probabilidad de que una persona determinada vaya a morir en un determinado día es sólo de uno a diez mil. Por consiguiente, de intervenir solamente la casualidad, una de cada diez mil apariciones coincidiría con la muerte. En otros

términos, los casos de telepatía *prima facie* fueron cuatrocientas cuarenta veces más numerosos que lo que señala el cálculo de probabilidades. De consiguiente, el comité informó que entre la muerte y la aparición de las personas en trance de muerte existe una conexión no atribuible solamente a la casualidad. Incluso hoy el tipo más corriente de comunicación telepática experimentada es la de "prever" la muerte de algún pariente o amigo antes de que ésta ocurra. Y éste es probablemente el suceso menos temible así como el más aceptable. Pregúntenles ustedes a sus amigos y conocidos si han experimentado alguna vez ese fenómeno, y seguramente se quedarán sorprendidos de las muchas respuestas positivas que obtendrán. Pero el hablar acerca de tales vivencias como tema de conversación es una cosa, mas el proceder a su debido registro y dar luego a conocer los resultados obtenidos es otra; que fue lo que hizo precisamente la Sociedad de Investigaciones Psíquicas mediante un notable esfuerzo de trabajo, trabajo muy avanzado en relación con aquellos tiempos, o quizá necesario para los usos de aquella época.

La demostración experimental en relación con la telepatía viene parcialmente compuesta de los resultados de las pruebas de la transmisión directa de pensamientos, imágenes y sensaciones, así como de los éxitos del hipnotismo a distancia. Los sueños suministran igualmente ciertos materiales, y en una reducida aunque importante clase de casos —la transición entre las apariciones y los casos experimentales ordinarios— el agente ha provocado la aparición de su fantasma al recipiente. Hoy los investigadores están llevando a cabo un claro esfuerzo para penetrar en el reino de los sueños e investigar su impacto telepático; pero personalmente creo que antes de entrar en este altamente dramático estudio del mundo de los sueños es necesario poner en práctica un amplio plan básico. Qué duda cabe que los sueños han de revelarnos muchas cosas y abrirnos nuevas puertas hacia la información telepática; pero a eso hay que considerarlo desde el punto de vista del estudio, y los principiantes tienen que aprender a andar antes que a correr.

Varios nombres de experimentadores han llegado, con diferente grado de admiración y respeto, hasta los tiempos actuales. Los más destacados de ellos son el profesor Dessoir, F. Guthrie, el profesor Sidgwick y el formidable sir Oliver

Lodge. Al analizar los trabajos de esos experimentadores, se echa de ver que todos ellos realizaron funciones específicas. Dessoir y Sidgwick llevaron a cabo numerosos y útiles experimentos, poniéndose ellos mismos en plan de cobayos. Guthrie hizo gran acopio de pruebas, mientras que sir Oliver Lodge se distinguió como excelente hombre de relaciones públicas y muy hábil promotor de la idea de la telepatía, llevado a cabo todo ello con la dignidad y el aplomo de una persona de gran categoría consagrada a la abogacía. Su *status* de gigante literario y su reputación social contribuyeron a hacer de él un formidable y leal campeón de la causa. Con la fuerza de su prestigio y de su magnífica personalidad, repelió todos los ataques de la oposición, y, cuando menos, consiguió que los oponentes escucharan todo lo que él tenía que decir. En líneas generales, sir Oliver expresó siempre perfectamente bien sus ideas, con énfasis y sin ambigüedad alguna. Sus declaraciones estaban hechas con el tono y la actitud del "tómelo o déjelo", sin arrogancia, pero con la firme creencia de que el público era lo suficientemente inteligente como para poder emitir su propio veredicto. Se le confió la presentación de los hechos, y, a este respecto, realizó una formidable tarea: escribió multitud de ensayos, cartas particulares, informes y obras verdaderamente maratonianas, redactadas en plan de escritor eminentemente popular.

El profesor Sidgwick y su esposa llevaron a cabo numerosos experimentos en Brighton, Inglaterra. Creo que mi padre estuvo familiarizado con esos experimentos, pues mis recuerdos infantiles corren parejas con los experimentos realizados por la señora Sidgwick. Ésta se distinguió por su facultad de saber lo que iba a suceder. En un total de 617 pruebas realizadas con un agente o con un receptor dentro de la misma habitación consiguió un número de éxitos, oscilando entre 10 y 90 por cada 100 ensayos. De haber sido debidos a la mera casualidad, tales resultados no habrían pasado de un 8 por 100.

En una serie de pruebas llevadas a cabo por la señora Sidgwick, fue registrada análoga proporción de éxitos. Cuando el agente y el receptor se hallaban situados en diferentes habitaciones, los resultados descendían a un nivel sólo un poco superior al del establecido por el cálculo de probabilidades. Por tal motivo, los resultados totales fueron objeto de las críti-

cas de un tal profesor Lehmann; aunque, a decir verdad, no salieron de tales críticas muy malparados. No sin alguna lógica, se señaló que los fallos habidos en los experimentos realizados a distancia pudieron haberse debido a causas psicológicas. Y tan razonable era el admitir esto como el desaprobar los experimentos y llegar a la extraordinaria conclusión de que con la distancia desaparecía la posibilidad de comunicación a través de los medios normales. Sin embargo, y pese a las múltiples series de experimentos ulteriormente realizados, se llegó a idénticos decepcionantes resultados cuando el agente y el receptor fueron alejados el uno del otro.

Los experimentos efectuados a distancia con sujetos hipnotizados proporcionaron algunos dramáticos resultados y determinaron algunos de los primigenios testimonios decisivos sobre la transmisión del pensamiento. En 1885, la doctora Janet Richet y el profesor Richet llevaron a cabo varias pruebas. De veinticinco experimentos realizados, la doctora Richet registró diecinueve de ellos totalmente positivos, al tiempo que el profesor Richet obtuvo dos éxitos plenos y cuatro parciales de un total de nueve pruebas. Lo más sorprendente fue que el trance hipnótico coincidió, o siguió, siempre tras un corto intervalo, al intento de hipnotizar al paciente. Éste es sin duda un aspecto de gran importancia a tener en cuenta cuando se examina la posibilidad de coincidencia o de autosugestión.

No hay necesidad de esforzarse mucho para echar de ver que es generalmente imposible el probar que una persona en trance de muerte ha estado pensando en el receptor. Y más difícil todavía resulta el demostrar que, por parte del agente, existió la idea de provocar la aparición de su propio fantasma. Son numerosos los casos registrados de personas conscientes de que alguien está a punto de morir. Generalmente se trata de alguien estrechamente relacionado con el receptor; y yo me atrevería a decir que éste es el caso en que interviene el subconsciente, transmitiendo mensajes telepáticos a la persona que se sabe está dentro de la misma longitud de onda mental.

Afortunadamente se conocen unos pocos casos en que han sido experimentalmente provocadas apariciones del agente o de alguna otra persona telepática *prima facie*. Un ejemplo de ello, especialmente interesante, es el registrado por J. Wesermann, quien realizó el experimento a principios del siglo XIX. Weser-

mann quiso provocar la aparición del fantasma de cierta dama a un teniente residente a varias millas de distancia de donde ella residía. Por suerte, en el momento en que tuvo lugar el experimento el teniente no estaba solo y su compañero pudo ver también la aparición. Muchos son los relatos de apariciones, narrados por testigos oculares; pero lo mejor es disponer de dos o más personas capaces de registrar la misma visión. También se hallan registrados varios casos en que la figura del agente fue vista por el receptor. Indudablemente, esos casos recíprocos constituyen otras tantas pruebas evidenciales de incalculable importancia. Porque parece ser que, en cada caso, cada una de las dos personas recibe un impulso telepático de la otra, de manera que ambas reciben recíproca información o ven sus recíprocos fantasmas.

Mi hijo Julián y yo hemos tenido muchas visiones, a doble imagen, de numerosísimas apariciones. Una de ellas resultó ser especialmente interesante, puesto que cuando ocurrió la doble imagen telepática no nos hallábamos en el mismo lugar y ni siquiera en el mismo país. Cierta noche me encontraba yo en Florida platicando con un afamado decorador de interiores, de Houston. Con nosotros se hallaban igualmente dos jóvenes estudiantes. En el curso de la conversación alguien se acordó de mi hijo y dijo que era una lástima que Julián no se hallara en nuestra compañía. Éste llevaba ya dos semanas en Inglaterra, en casa de mi madre, y decidimos recoger la imagen telepática de lo que él estaba haciendo en aquel momento. Mi amigo el decorador y la muchacha estudiante captaron la impresión al mismo tiempo que yo. No hicimos comentario alguno acerca de nuestras impresiones; solamente tomamos nota de ellas, cada uno por su cuenta. En su próxima carta, Julián me decía que se hallaba en Londres cuando tuvo lugar el experimento y que había estado deseando que le hubiéramos acompañado en aquellos momentos. Sus pensamientos nos fueron, pues, transmitidos, y tres de nosotros los captamos. El único que se halló completamente fuera de la sintonía fue el muchacho que se encontraba con nosotros, por lo que no recibió impresión alguna, cosa que sintió mucho.

A lo largo de mi vida, he tenido interesantísimas comunicaciones telepáticas con mis padres, incluso la de saber que mi padre me estaba diciendo que se estaba muriendo y me instaba

que telefoneara a mi madre. Por aquellas fechas yo me encontraba en Nueva York y mi padre en el New Forest. Aquella mañana me desperté bastante tarde, y mi primer pensamiento consciente fue el de que tenía que aparecer aquel día en la función de Mike Douglas. Normalmente yo habría estado pensando un ratito en el *show* de aquella noche; pero aquella mañana oía en mi cerebro las insistentes llamadas de mi padre. Precisamente aquel día no me hallaba muy bien de fondos, y estaba aguardando un cheque (que tardó dos semanas en llegar a mi poder); así que lo último que deseaba era gastarme una parte del dinero que me quedaba en una conferencia telefónica a larga distancia. No obstante lo cual, puse la conferencia. Fue mi madre la que me contestó, y, por encima del dolorido tono de su voz, pude captar cierto matiz de satisfacción.

—Tu padre me ha estado diciendo que llamarías —fue lo primero que me dijo. Y, tras una momentánea pausa, continuó hablándome, advirtiéndome que le estaba pasando el auricular a mi padre, pero que dudaba de que éste fuera capaz de hablar. Y entonces oí la voz de mi padre que me decía:

—Supe que eras tú... Adiós.

Tras lo cual, el teléfono se quedó mudo. Mi madre se puso nuevamente al aparato para comunicarme que mi padre acababa de morir, inmediatamente después de dirigirme aquellas pocas palabras. Mi madre añadió que mi padre había estado visiblemente luchando para demorar el momento de su muerte, insistiendo, hasta el último aliento, en que yo llamaría. Aquella fue, pues, su última comunicación telepática; comunicación que resultó ser tan positiva como cualquier otra de las muchas habidas entre nosotros dos desde los días de mi infancia.

Si creo enteramente en la telepatía es porque la he estado experimentando a lo largo de toda mi vida y me he servido de ella como medio de comunicación, completamente normal, con mi familia. Y también, en los años de mi infancia y primera juventud actué de cobayo para numerosos experimentos. Las teorías sobre la telepatía vienen y se van, pero lo que siempre permanece en todo su vigor es la necesidad de examinar las pruebas, sin desaprobar o censurar aquello que no se comprende del todo.

Todas las teorías acerca de la telepatía parecen estar de acuerdo sobre esa falta total de experimentación exacta.

Es una lástima que el magnífico trabajo iniciado en los días de sir Oliver Lodge no haya tenido continuación en lo que va de siglo XX. En términos generales, las teorías pueden ser divididas en experimentos físicos y en experimentos psíquicos. Sir William Crookes sugirió que la transmisión era efectuada mediante ondas de menor magnitud y mayor frecuencia que las que constituyen las de los rayos X. Las ondas que emiten los centros nerviosos fueron adoptadas como explicación por el reputado profesor Fleurney, a quien tendríamos que recordar más de lo que le recordamos, aunque no fuera más que por el hecho de haber realizado investigaciones acerca de una médium llamada Helene Smith, cuyos críticos decían de ella que si bien producía los fenómenos de "buena fe", las palabras pronunciadas en sus trances eran, empero, producto de su propia mente. Las aludidas palabras hacían aparecer a Helene Smith como la reencarnación de María Antonieta y de una princesa hindú. El fenómeno más sorprendente de sus trances era el llamado idioma marciano, idioma que más tarde se vio que no era sino una derivación del francés, pero de un francés algo así como el lenguaje que usan los niños pequeños, aunque bastante más elaborado. No deja de sorprendernos el que tales fenómenos no hayan sido aprovechados como clave para ulteriores investigaciones sobre la transmisión del pensamiento. Existen pocos testimonios por los que poder llegar a comprobar si Helene Smith conocía algo acerca de la vida de esa princesa hindú o de la de María Antonieta. Tampoco dio una explicación clara acerca de su nuevo idioma, aun cuando éste fuera el usado por los críos franceses. Los hechos prueban que Helene Smith captaba alguna extraña información; la explicación de tal hecho parece ser la de que dicha información procedía de la transmisión del pensamiento y de la captación, por sintonía, de una serie de vibraciones. F. W. H. Myers estuvo al frente de un grupo empeñado en la tarea de presentar algún caso que viniera a constituir una completa explicación contra una causa física del fenómeno en cuestión. La principal dificultad estriba en que, en los casos espontáneos, la fuerza del impulso cerebral no varía con la distancia, cuando todas las leyes físicas afirman lo contrario.

Se ha observado un curioso fenómeno en los experimentos en que el receptor está mirando con fijeza un naipe de los llamados tarot con la cabeza vuelta hacia la derecha. Existe una

desproporcionada tendencia a ver la flecha o la carta invertidas. Ello igualmente ha ocurrido muchas veces en casos de telepatía entre gemelos. Sin embargo —y con toda probabilidad—, tal hecho resulta todavía más importante por la luz que arroja sobre el mecanismo de las alucinaciones más que sobre el de la transmisión. A menudo se recurre a la telepatía para explicar el fenómeno mediumnístico e incluso la posesión por espíritus, pero éste parece ser una explicación insuficiente, a menos que demos por supuesto que el médium posee un poder de lectura del pensamiento mucho mayor de lo que hasta ahora se ha venido demostrando a través de las pruebas experimentales.

Por experiencia propia, sé que el poder de la lectura del pensamiento es posible, pero eso no constituye la explicación de mi propio trance mediumnístico. En más de una sesión he aparecido con una gran cantidad de artículos que tenían que ser averiguados por personas ausentes de la reunión. En muchos casos, el parapsicólogo —con frecuencia Hans Holzer— no acertó a dar una explicación personal de las descripciones que yo le había proporcionado y que quedaban registradas en cinta magnetofónica, y que, además, habían sido observadas personalmente por muchas personas. Solamente cuando las transcripciones de las cintas, así como las notas personales, fueron enviadas a otros investigadores para que revisaran los relatos, se logró ver explicada toda la historia. Conque yo dudo en realidad si la telepatía es empleada por un médium en trance. Pero de lo que estoy segura es de que las personas como yo entran en sintonía con las vibraciones telepáticas dejadas en el éter, viendo así y sintiendo todo lo que hace referencia a dichas impresiones.

Si algún lector quiere estudiar los primeros experimentos sobre la telepatía puede intentar hacerse con *Phantasms of the Living,* de Edmund Gurney, Frederic Myers y Frank Podmore y con *Thought Transference,* de N. W. Thomas, ambos libros publicados en 1905. Existen, por supuesto, muchos y muy importantes artículos sobre el tema, artículos a menudo publicados por las Sociedades Inglesa y Americana de Investigación Psíquica. Los funcionarios de ambas organizaciones están siempre dispuestos a ayudar a los estudiantes, y, además, el coste de esos libros y artículos no es elevado. Pero si ello le resulta factible, sería mucho mejor que el estudiante dispusiera de dichas obras en propiedad al objeto de poder usarlas como referencia.

3. Mis primeras lecciones de transmisión mental

Una de las cosas más agradables con que uno se encuentra cuando ha traspuesto los cuarenta años es el constatar que se ha llegado a un privilegiado período de la vida. Desde esa edad me es dado, pues, mirar hacia mi pasado y divisar muchos hitos y muchas importantes áreas de mi vida en que enfilé mi proa en la dirección correcta, o, por el contrario, tomé un rumbo equivocado y fracasé, pero sacando siempre del fracaso muy útiles experiencias. Mirando al pasado, no me abandono a nostálgicos ensueños, pues lo más importante para mí es el futuro, hacia el cual hay que mirar siempre; si bien nunca deja de haber alguien que viene a recordarme mi pasado. Y esto último aconteció, de manera muy ostensible, con ocasión de estar escribiendo mi autobiografía, *Diario de una bruja.* Todo el mundo pareció interesarse por mi infancia, lo que me puso en el trance de tener que revalidarme; y, al hacerlo, ocurrieron ciertas cosas bastante extrañas. Empecé entonces a comprender ciertos aspectos del plan de toda mi vida, de casi todos los pasos vitales que me condu-

jeron al día de hoy, es decir, a mi edad actual. Y lo que empecé a comprender fue, sobre todo, por qué ciertas cosas que ocurrieron durante mi infancia determinaron mi receptividad en relación con los acontecimientos del presente.

En edad todavía muy temprana, empecé a interesarme por la transmisión del pensamiento. Nacida en el seno de una familia de ocultistas, de brujas y de astrólogos, con unos pocos actores y músicos por añadidura, acepté, como la cosa más natural del mundo, la idea de la transmisión del pensamiento. No recuerdo que nadie usara entonces la palabra telepatía, pero hay que advertir que sólo contaba cuatro años de edad cuando empecé a familiarizarme con la transmisión del pensamiento. Parece como si toda mi familia se hubiera puesto de acuerdo para educarme, de la manera más familiar y sencilla, iniciándome, de buenas a primeras, en unos conocimientos que hoy interesa a medio mundo poseer o investigar.

Mi padre fue un hombre de múltiples inquietudes: se interesaba por el arte, la música, la ingeniería y muchas otras cosas, sobre todo por las cosas intangibles del mundo; siendo, pues, la exploración de las áreas de la mente su principal ocupación.

Nunca hasta el presente he conocido a otro hombre que haya atesorado tan gran acervo de conocimientos acerca de esta última materia ni que haya admitido la posibilidad de todas las cosas que después yo he podido ver admitidas o realizadas: el desembarco en la Luna, la posibilidad de moverse en otras dimensiones del tiempo y del espacio, la reencarnación y la facultad del hombre de poner en comunicación y de regir muchas áreas de la vida mediante la electrónica y la transmisión del pensamiento.

Mi padre admitió esas cosas como lo más natural del mundo, y me las transmitió de una forma asaz sencilla. Si algún roce se produjo en la vida familiar durante el transcurso de mi feliz infancia, tal roce fue motivado por las interminables discusiones habidas entre mi padre y mi memorable abuela, la cual, por otra parte, estaba de lleno, y en una manera científica, inmersa en el ocultismo. Mi abuela estaba convencida de que el mundo podía ser regido por la magia. En el centro de aquellas discusiones estaba yo: el objeto del amor y de las atenciones de ambos. Mi padre ponía en acción todas sus artes de seducción para conseguir que le ayudara en sus experimentos, y mi abuela me re-

Still your power of communication is strong stick to that in your [illegible]

quería para enseñarme muchas cosas acerca de los ritos y prácticas de la magia. Con todo, fui capaz de superar aquel período en plan de alumna de ambos maestros; lo que no deja de constituir un tributo de admiración a sus enseñanzas... y a mi capacidad de resistencia.

En resumidas cuentas, parece ser que absorbí un 50 por 100 del uno y otro 50 por 100 de la otra. Y lo que no deja de ser sorprendente es que ello no supuso ningún gran esfuerzo para mí. Al contrario, ello vino a ser algo así como una diversión, como un juego. Últimamente, cierto parapsicólogo trató de demostrar que yo tenía que ser una mujer en extremo aturdida por causa de esas vicisitudes de mi primera infancia. A lo que yo sólo puedo contestar que no recuerdo haber tenido ni un solo momento de tristeza ni de estolidez en toda mi vida. A mi modo de ver, aquéllos fueron unos comienzos bastante buenos para una saludable y vigorosa vida adulta, como en realidad ha sido la mía, puesto que yo creo en la ciencia por lo que ésta vale, y en las prácticas y ritos mágicos también por idéntica razón. En el mundo hay sitio para ambas cosas, pues en realidad no existe diferencia, ni mucho menos oposición, entre ellas. Ambas tratan de desentrañar lo desconocido, hasta que ello deja de serlo. Y cuando tal ocurre, algo realmente importante tiene lugar. La nueva verdad revelada transforma la vida en una bella experiencia y hace que aquélla deje de ser un penoso ajetreo entre la cuna y la tumba.

Aunque mi abuela y mi padre solían discutir acerca de muchas cosas —por supuesto siempre en forma correcta y hasta de buen humor—, ambos coincidían en que la transmisión del pensamiento era un hecho real y verdadero. Puede que las razones de tal admisión fueran diferentes para ambos. Probablemente mi padre entendía a la mente como una serie de impulsos de índole eléctrica; en tanto que mi abuela quizá se contentara con saber que poseía la virtud de conseguir efectos mentales poniendo sólo su empeño en conseguirlos. Mientras los dos esperaban, por un lado, que yo captaría prontamente las situaciones y mostraban poca disposición en tolerar la lentitud en el aprendizaje de las cosas, por el otro lado tenían muy en cuenta mis cortos años y eran lo suficientemente inteligentes como para convertir sus enseñanzas en verdaderos juegos.

A nadie de mi familia se le ocurrió nunca sentarse y, de una

manera metódica y consciente, darme lección. Las cosas que yo aprendí me fue dado aprenderlas, simplemente, como algo que está sucediendo todos los días. Todos los días se hablaba del cielo y de las estrellas, así como también de la astrología. Y mis primeras lecciones de telepatía tuvieron el cariz de juegos y de diversiones familiares.

Recuerdo aquellos primeros años de mi vida con toda claridad, recordando incluso los olores de la casa; de la casa calentada con el fuego de leña ardiendo en el hogar, llena de la fragancia de las enormes ollas de cobre repletas de sabroso potaje; el recuerdo de los días estivales llenos de rosas. Y una de las cosas más sorprendentes es que en aquella casa se oía más el "sonido" del silencio que los demás sonidos, por más que en ella vivían varias familias: numerosas tías, tíos y un enjambre de niños. Allí los mayores se reían, los pequeños jugaban, los animales nacían y morían; todo ello en medio de un adecuado acompañamiento de ruidos. Y siempre había un ir y venir de gente. De gentes que ahora sé que eran famosas... o todo lo contrario. Y, de manera especial, recuerdo los tranquilos juegos. Los ruidos pertenecían a otro mundo, al mundo al que me trasladé cuando ya estuve bastante crecida.

El primero de los juegos que recuerdo fue uno al que jugué a la edad de cuatro años. Un día mi padre entró en la salita de estar con una gran bandeja en las manos. Dicha bandeja estaba llena de cosas diferentes, escogidas al objeto de atraer la atención de una niña de cuatro años. Como es natural, mi vista se dirigió en seguida hacia aquellas cosas que mi padre seguía sosteniendo. Tras unos breves instantes, mi padre se llevó la bandeja, con su abigarrado cargamento, pero volvió a entrar de inmediato. Naturalmente intrigada, le empecé a hablar acerca de aquel montón de cosas. Y entonces mi padre me preguntó qué cosas recordaba haber visto.

—Una pluma —respondí—. Oh, y también varias horquillas y tu cortaplumas.

—¿Y eso es todo?

No supe contestarle; y él entonces me dijo:

—Vamos a ver si piensas un poco. En la bandeja había muchas más cosas, y algunas de ellas eran tuyas.

Pero yo no pude recordar nada más. El juego de la bandeja continuó por espacio de varios días, hasta que llegué a estar

acostumbrada a ver entrar cada día a mi padre con un nuevo cargamento de objetos y a seguir el mismo ritual. Mi capacidad de retentiva iba aumentando, pero sin realizar demasiados progresos. Un día, hablando con mi abuela del "juego" de la bandeja, ésta me dijo:

—Vamos a dar una sorpresa a tu padre. Esta noche, cuando entre, no tienes que mirar hacia el centro de la bandeja, porque así no vas a recordar nada. Fíjate solamente en lo que veas *colocado en los bordes*. Tu vista se dirige hacia las cosas grandes situadas en el centro, pero no son tus ojos quienes recuerdan las cosas, sino tu mente. Todos miran al centro de todas las cosas, como si se tratara del centro de mesa del comedor; pero lo que nosotros usamos son esos vasitos y esos saleros que están colocados alrededor del centro, ¡y son esas cositas las que importa mirar!

Conque, siguiendo el consejo de mi abuela, la próxima vez que volvimos a jugar al juego de la bandeja me puse a mirar tranquilamente alrededor de los bordes, y así pude recordar numerosas cositas con gran facilidad.

—Lo has hecho muy bien esta vez —me dijo, entusiasmado, mi padre—. Te ha sido fácil hoy, ¿verdad?

Aquella noche mi padre se estuvo ufanando ante mi abuela de mis grandes progresos, puesto que yo había logrado recordar nada menos que hasta cincuenta objetos. Al oírlo, mi abuela se desternilló de risa, y me guiñó un ojo.

Aquel juego de la bandeja fue el primero de toda una larga serie de otros juegos parecidos. Después me estuve ejercitando en lo que en la actualidad es una forma de fotografía del pensamiento. Hoy se ha puesto de moda el hablar de la fotografía psíquica, y sobre este tema se han escrito varios libros. Cada vez que leo uno de esos libros o se me habla de ellos, siento deseos de decir que yo hice cosas de ésas antes de la edad de diez años. Tales observaciones por mi parte me han valido la fama de respondona. Pero lo cierto es que la fotografía psíquica estuvo siendo mi diversión por espacio de muchos años. Sólo que entonces no sabía que aquello no era sino una de las hábiles artimañas de mi padre para que, a la larga, me aficionara a la telepatía.

En aquellos ya lejanos días, mi padre me solía entregar un pedacito de vidrio recubierto de una sustancia amarillenta, que

supongo sería una especie de emulsión toda vez que él hacía sus fotos con una enorme cámara en la que metía placas de vidrio. La primera vez que realicé el experimento, mi padre me pidió que me colocara la pequeña placa encima de la frente y que la mantuviera allí pegada por unos momentos, con los ojos cerrados. Yo recuerdo todavía perfectamente bien que estuve pensando en que había una hoja de helecho en la placa y no veía llegado el momento de quitármela de encima de la frente.

Pues bien, al serme retirada la placa, en el vidrio apareció la clara impresión de un helecho; y entonces mi padre explicó que aquello era debido a que él *pensaba* en algo y que ese algo aparecía grabado en la placa; pero que para que el experimento saliera bien yo tenía que estar completamente relajada. Y llegué a hacer mi papel tan bien, que logré captar siempre el pensamiento de mi padre y registrar en la placa la cosa en que él había estado pensando.

Si bien mi abuela nunca se alegró de los fallos sufridos por mi progenitor en sus numerosos experimentos, nunca fue tampoco capaz de alabarle por sus éxitos, y así la pacífica pugna iba siguiendo su ininterrumpido curso. No crean ustedes que yo fuera una especie de cojín amortiguador o un balón de fútbol colocado entre los dos. Sin embargo, parecía como si lo que el uno pretendía enseñarme fuera lo que el otro ya había empezado a ponerme en vías de aprender. El juego de la bandeja fue una buena idea de mi padre, pero fue mi abuela quien me dio la clave de dicho juego. A medida que iba yo creciendo iban interviniendo cada vez más personas en el juego. En una nueva versión del mismo, mi madre o mi abuela se quedaban conmigo en la habitación mientras que mi padre se situaba en la suya, acompañado de mi madre o viceversa. El fin que con ello se perseguía era el de que yo anotara los artículos en el momento en que éstos eran colocados en la bandeja por mi padre. Mi madre, que estaba junto a mi padre, iba haciendo una lista de las cosas puestas en la bandeja y mi abuela llevaba el control de las mismas. Yo, ni qué decir tiene, desempeñaba mi papel con verdadero gusto, y cada vez fui volviéndome más eficiente.

Y así, a medida que iba creciendo en edad, iba aumentando también el grado de nitidez en la transmisión de pensamiento entre mi padre y yo. Por supuesto, durante toda la vida existió una íntima relación entre los dos. La telepatía basada en la rela-

ción entre dos personas es fácilmente realizable; si bien ahora sé que la transmisión del pensamiento es posible sin que una de las dos personas sepa que tal fenómeno está ocurriendo. Llegados a este punto, tenemos que considerar si la telepatía ha dejado de ser una agradable comunicación para convertirse en una dictadura mental. Pero tal pensamiento se me ocurrió mucho más adelante, cuando ya era bastante mayor.

Recientemente, mi gatita siamesa tuvo seis gatitos. Y ello me hizo recordar aquellos lejanos días de mi niñez en que nunca dejé de estar rodeada de animales. Éstos fueron mis verdaderos juguetes. Bastará con decir que aprendí a andar agarrándome a la cabellera de una leona llamada Nellie. Los cisnes y los ánades americanos me ayudaron a aprender a nadar, y una serie de cuervos y de cornejas me enseñaron que las cosas vivas pueden, ciertamente, entrar en otra dimensión. Por supuesto, en casa no faltaba la usual colección de perros y gatos que toda familia europea mantenía en su finca de campo. Nosotros nos dedicábamos a la cría de animales de pura raza: caballos, perros, vacas, cabras; y de todas las especies que teníamos en la granja se me daba un ejemplar, al que tenía que cuidar yo misma. Recuerdo que nuestros visitantes se echaban a temblar cuando me veían rodar por el suelo con la gentil Nellie —la leona— o galopar a lomos de perros o de caballos. Pero sé muy bien que todo eso formaba parte del método para enseñarme que el miedo es algo que impide, o que echa a perder, cualquier afinidad o relación amistosa con otro ser, lo mismo si se trata de bestias, de pájaros o de personas.

Mi animal favorito era un enorme perro de aguas llamado Roger. Aquel perro había nacido el mismo día que yo, y vivió constantemente conmigo hasta que tuve la edad de dieciocho años. A donde iba yo venía el perro conmigo, y los dos vivíamos libres como el viento en aquel singular ambiente campesino. Roger fue para mí algo más que un grato animal favorito. Él también tomó parte en los experimentos por los que hube de pasar en mi juventud.

En aquellos tiempos la electricidad era algo que yo desconocía por completo, por más que disponíamos de un aparato de radio y, casi milagrosamente, de luz eléctrica en la casa, cuando en la mayoría de las del pueblo sólo se disponía de candiles y velas. Ahora que estoy familiarizada con las excitaciones eléc-

tricas y que conozco las maravillas del control a distancia, me explico perfectamente el porqué de la telepatía, cosa que a los diez años de edad desconocía por completo.

Mi padre se entretuvo en explicarme que Roger no comprendía las palabras que yo le dirigía, pero que respondía a las vibraciones del sonido que yo le transmitía. Su mente captaba esas vibraciones y las convertía en formas de pensamiento.

—Roger vendría a ti aunque no le hablaras —me dijo mi padre—. Para ello no tienes más que concentrar tu pensamiento en él, y entonces tu mente se convertirá en una estación emisora. Tienes que *pensar* en que Roger tiene que venir a ti.

Uno de los primeros principios que hay que comprender y aceptar en telepatía es que si en todas las cosas existe una fuerza vital, existe también en ellas la posibilidad de respuesta a la transmisión del pensamiento. Y Roger tenía ciertamente mucha vitalidad. Un día le estaba yo diciendo a un huésped, que quería y admiraba a Roger, que éste comprendía todas las palabras que yo le dirigía; y mi padre, que se hallaba algo alejado de nosotros, frunció el ceño y meneó la cabeza, pero yo creí que su gesto estaba motivado por la decepción que se había llevado al ver que sus queridas plantas no habían crecido como él esperaba. Una vez que el huésped hubo abandonado el jardín, mi padre me explicó la lección más difícil de aprender por mí.

Roger, me explicó, *no* comprendía todas las palabras que yo le dirigía, y que aunque yo no le dijera nada, el perro comprendería mis deseos y se vendría para mí. Con un tacto exquisito, me explicó que antes de que sea pronunciada una palabra, hay en nuestra mente un pensamiento puesto en marcha, y que este pensamiento provoca la acción, exactamente lo mismo que cuando al pulsar una palanquita ponemos en marcha una fuerza eléctrica que nos enciende la luz. La conferencia aquella duró bastante rato, y la sustancia de dicha charla ha constituido mi ulterior interés por la telepatía.

En el pensamiento hay que distinguir dos aspectos: la emisión de una vibración y una forma de pensamiento. Lo primero actúa con gran precisión, cual si se tratara de las excitaciones eléctricas que el sonido provoca y transforma cuando tiene lugar una emisión de radio. Dichas excitaciones son entonces transformadas nuevamente en sonido al incidir en un aparato receptor de radio sintonizado en la misma longitud de onda con que

aquellas excitaciones son lanzadas al éter. De la misma manera, la vibración causada por el pensamiento tiende a reproducirse al incidir en una adecuada estación receptora. La persona cuya mente está funcionando en una longitud de onda análoga a la de la mente de la persona causante de la vibración de un pensamiento, queda, en efecto, convertida en una radio humana. Así, pues, volvemos a la idea original de que en la telepatía están involucradas dos mentes: una transmisora y otra receptora. En contraste con esto, el ESP no exige dicha combinación de transmisor-receptor: es una vibración espontánea emitida por una estación ignorada y captada por una mente determinada. A mí eso no me parecía posible; y cavilando, cavilando, me vino súbitamente la idea de ir a ver lo que en aquellos momentos estaba haciendo mi abuela. Sentí un decidido impulso de dirigirme inmediatamente al armario de la ropa blanca, que estaba situado en el segundo piso, y en donde hallé, esperándome, a mi abuela. Ésta, que en aquel momento estaba ocupada en apretar una pila de toallas para poder cerrar la puerta del armario, se dirigió a mí sin volverse para mirarme:

—No quise bajar al jardín para llamarte, pero necesito que te vistas y me acompañes a casa de la señora Cartledge.

Pese a las interminables discusiones de mi diminuta abuela irlandesa y mi elegante papá ruso, existía entre los dos una extraña relación. Relación que tuvo la virtud de proporcionarme toda la educación que una muchacha como yo necesitaba.

4. ¿Mensajes procedentes de otros mundos?

Cuando en 1969 el astronauta Neil Armstrong puso el pie en la superficie de la Luna, convirtió en realidad lo que hasta aquel momento había parecido imposible. Muchas personas se sintieron entonces defraudadas por no haberse encontrado señal alguna de vida en el más romántico de los cuerpos que ruedan por el espacio. Pero pronto recobraron sus esperanzas pensando en el planeta Marte o en otro planeta cualquiera. Porque algún planeta *tiene que estar* habitado, cuando no por reconocibles formas de vida, por lo menos por alguna de esas extrañas formas de pensamiento que tan bien se nos describe en los libros, cargados de *suspense,* de ciencia ficción. Relacionados con la idea de la posibilidad de la existencia de otros mundos habitados, se han escrito múltiples relatos acerca de esos objetos voladores no identificados (OVNIS). Por lo que a mí respecta, nunca he sentido mucho interés por tales cosas, por más que me ha sido dado ver algo que bien podría ser calificado de objeto volante no identificado circulando por el cielo en circunstancias bastante raras.

En el año 1968 me hallaba viajando desde Nueva Jersey a Florida, en compañía de un amigo ingeniero, persona de carácter práctico —o más bien prosaico—, que nunca alimentó ninguna clase de ideas acerca de los fenómenos psíquicos, y menos aún acerca de esos tan llevados y traídos objetos volantes no identificados. Pues bien, a las dos cuarenta de la tarde íbamos rodando por una larga y solitaria carretera a través de South Carolina y a lo largo del Dead Canal. Nuestro coche, un Karmann Ghia de color rojo, dio de pronto un brusco viraje, como si se nos hubiera empujado hacia un lado de la carretera. Al mismo tiempo de sentirnos como "chupados" por un poderoso imán, una forma ovoidal —nos fue difícil calcular su longitud— pasó planeando, carretera adelante, y luego despegó del suelo y desapareció.

A nuestra llegada a Florida, interrogué a diversas personas sobre ese particular, y, en efecto, se me dijo que aquel OVNI había sido visto también por aquellos mismos alrededores, ubicados a muchos kilómetros de distancia de cualquier aeropuerto. Muchos años atrás había visto ya cosas análogas, frente a las costas de Francia; pero en aquellos días todavía no se hablaba de los OVNIS. En Norteamérica fue donde pude enterarme de bastantes cosas acerca de tales fenómenos. A partir de aquel viaje a Florida he ido conociendo a muchas personas —todas ellas mentalmente sanas y completamente normales, las cuales no tenían nada que ganar facilitándome falsas informaciones— que me han referido sus experiencias en relación con la visión de los llamados OVNIS en distintas partes del país. Yo me he limitado siempre a escucharles sin preocuparme demasiado por el contenido de sus relatos, en parte porque yo tengo bastantes cosas en que ocuparme y en parte también porque no deseo verme envuelta en ese asunto de los OVNIS. Quizás ello también se deba a que, por mi carácter y modo de ser, sienta un poquitín de envidia, porque me gustaría mucho mantener una comunicación con alguien procedente de otro planeta. Y, como tengo fama de ser capaz de entrar en comunicación con cualquier clase de ser viviente, el no haber recibido nunca noticias directas de algún hombrecillo de Marte hace sentirme casi como una personalidad olvidada. A menudo he venido diciendo que estoy siempre esperando con los brazos abiertos toda clase de comunicaciones; pero hasta la fecha nada me ha ocurrido en el plano

de la comunicación directa. Con todo, y de manera extraña, la idea de los OVNIS se ha ido infiltrando cada vez más en mi vida. Casi no pasa semana sin que reciba o bien la visita o la carta de alguien participándome sus experiencias al respecto. A fuer de escritora, siempre he lamentado no haber podido escribir la historia de esas dos personas que tan gran impacto causaron con motivo de ser publicado el libro titulado *The Exeter Affair,* y que, ya desde el principio, me habían presentado su relato. Pero ni uno solo de mis conocidos editores mostró el más mínimo interés en ello, no obstante ser una historia altamente recomendable y totalmente veraz, ya que no podía ser achacada a la imaginación de aquellas dos personas toda vez que se gastaron bastante dinero en un empeño de someterse a la hipnosis al objeto de que pudiera descubrirse si en realidad habían visto o no un OVNI. Desde que entré en relación con dichas personas, mi interés por el tema ha ido intensificándose cada día más.

Ahora parece que voy a poder incrementar el acervo de datos relativos a la aparición de OVNIS; pero los detalles incidentales y las cuestiones secundarias tienen para mí mayor interés que la noticia que cualquiera pueda darme sobre que ha visto algo extraño en el cielo de México. Recientemente he tenido noticias de Inglaterra relativas a cierto hombre llamado Bernard Byron. Se trata de un individuo de una cincuentena de años, de suaves modales y de oficio "pizarrero y tejero". Es natural de Denver, Norfolk, Inglaterra, y dice ser lingüista del espacio: a la edad de seis años ya hablaba marciano y venusiano.

Las últimas referencias que tengo del señor Byron me las trajo el "Sunday Times" del 8 de febrero de 1970. Según dicho periódico, el señor Byron asegura que habla y escribe los idiomas de siete planetas diferentes, y que, por transmisión del pensamiento, está actuando como portavoz de los más conspicuos personajes marcianos, así como de otros visitantes interestelares. Afirma que nos está visitando a menudo una clase de gente —por él llamada los *krxyzcs*—, de cuello largo como el de la jirafa, grandes ventanas en la nariz, como las del gorila, y de ojos ardientes. Son —según él— "gentes hermosas", que proceden del planeta Kruger 60.B y que vienen para ayudarnos a "salvarnos de nosotros mismos". Todo eso no deja de so-

nar a monserga; pero yo siempre he considerado al "Sunday Times" de Londres como una de las publicaciones periódicas más serias. Cuando este periódico dice que ha llegado la primavera, es que la primavera está realmente aquí. Y, por consiguiente, si dice que los marcianos nos están visitando, puede muy bien que ello resulte, en su día, ser verdad.

Uno de los reporteros del "Sunday Times" refiere que ese señor Byron hizo ante él una demostración de las varias hablas planetarias que él domina, y describe los sonidos de la lengua de los krxyzcs como los que emite un chino irritado hablando a 100 r. p. m. Los sonidos del idioma marciano son siseantes o sibilantes, mientras que los del venusiano son idénticos a los que emitiría un serbo-croata ebrio. (Tales descripciones son del "Sunday Times", no mías.) Por más extraño y hasta descabellado que ello se nos antoje, los tripulantes de los OVNIS toman a Byron muy en serio. Por lo demás, también éste ha sostenido largas conversaciones con Patrick Moore, científico y astrónomo europeo.

Las cintas magnetofónicas grabadas por Byron están siendo ahora estudiadas en la universidad de Cambridge (Inglaterra), y el conocido escritor Arthur Shuttlewood, especializado en los OVNIS, conversa a menudo con él.

Para mayor complicación de la presente información, hay que decir que Byron es un habitante de Norfolk (condado cuyos moradores no se distinguen precisamente por la exageración en su hablar ni por su excesiva credulidad), típicamente reticente. Byron se muestra testarudo al sostener que atribuye todo eso al hecho de que una de sus tatarabuelas fue una india sioux. Y sabido es que los sioux han sido siempre —según él— gentes místicas, que han estado en contacto con los habitantes de otros planetas desde que los venusianos aterrizaron por vez primera en la perdida ciudad de las amazonas. En la actualidad —sigue afirmando Byron— están planeando alrededor de la tierra seres de veintinueve planetas diferentes. Y el mismo Byron habla sin reserva de las transmisiones de pensamiento que está captando de los aludidos seres extraterrestres. Y parece ser que entre los unos y el otro existe un margen de mutua confianza. Y sigue diciendo Byron:

—Con quienes estoy más frecuentemente en contacto es con los krxyzcs, los cuales insisten en anunciarme un terrible

desastre, además de fortísimos terremotos. En la superficie de la Tierra existe una profunda grieta, que se extiende desde México hasta el mismo polo Norte. Tal fractura puede ser la causa de grandes y desastrosas conmociones en todo el sistema solar, toda vez que puede correrse el peligro de que una explosión atómica divida la tierra en dos grandes pedazos. Y ante semejante perspectiva, todos los planetas habitados se sienten muy inquietos. A algunos de éstos no les somos nada simpáticos: creen que debería dársenos una severa lección. Pero afortunadamente tenemos de nuestro lado a Venus, Plutón, Kruger 60.B y Volcania, los cuales mantienen a raya a los demás y esperan lograr, con el tiempo, persuadirnos.

A fuer de terrícola, creo que es una cosa estupenda que alguien procedente del cosmos pueda valerse de la transmisión del pensamiento, y espero que ello redunde en beneficio nuestro. Si en algún lugar del espacio hay verdaderamente seres conscientes, lo más probable es que quieran comunicarse con los demás seres por medio de la mente. La gran dificultad estriba en que, puesto que los terrícolas ni siquiera comprendemos todos el francés, va a resultarnos imposible comprender, por ejemplo, el venusiano.

No deja de parecerme incomprensible el que precisamente un "pizarrero y tejero" de Norfolk haya sido escogido como emisario para "conducir los seres espaciales a nuestro jefe", según él mismo proclama. La entrevista con Byron termina con el deseo formulado por éste de conducir a sus amigos de pensamiento ante alguien revestido de autoridad, "incluso ante Harold Wilson, el actual primer ministro".

Mientras tanto, en este lado del Atlántico la gente está tomando en serio la idea de que existen comunicaciones en el éter y de que nos van llegando mensajes desde otros planetas. Durante el tiempo que viví en California trabé amistad con dos científicos que tenían instalado un laboratorio allá en el fondo del desierto de Mohave, en donde llevan ya varios años captando extrañas vibraciones. Mediante una serie de botes de aluminio, están observando que el tono procedente de tales vibraciones —así como también ciertas frecuencias— pone en vibración los referidos botes. Llevan ya varios años grabando en cinta magnetofónica esas vibraciones. Parece ser que últimamente se ha descubierto en dichas cintas algo así como una

especie de clave, que parece indicar que las vibraciones vienen a constituir un idioma, es decir, que no se trata de una serie de sonidos inconexos captados al azar. Tengo en mi poder una de esas cintas en que se hallan registrados bastantes de esos experimentos, y espero que pronto vamos a recibir alguna sorprendente noticia de aquel laboratorio instalado allá en el fondo del desierto de Mohave. Siento haber prometido a esos amigos guardar, por el momento, el secreto de sus nombres. Pero, en cambio, me es dado brindar, a quien tenga interés en estudiarla, la cinta magnetofónica de referencia.

Ni el señor Byron ni mis dos amigos, los científicos, tienen nada que ganar con los estudios emprendidos, y sí mucho que perder. Pese a lo cual, fin de semana tras fin de semana, siguen efectuando con verdadero tesón, encerrados en su reducido laboratorio, sus experiencias, grabando incesantemente sonidos y frecuencias y comparando pautas. También cuesta dinero el sostener un laboratorio, por pequeño que éste sea; y esos dos amigos míos están sosteniendo el suyo con sus ingresos personales; sin contar las horas pasadas en la soledad del desierto.

Lo que acabo de referir suena a algo tremendamente raro y extraño; pero bien mirado no lo es tanto como lo era, hace veinticinco años, la idea de que el hombre pudiera poner los pies en la superficie lunar. Toda invención, todo adelanto científico han parecido punto menos que cosas estrafalarias cuando se ha hablado de ellos por primera vez; pero, llegado su día, lo que antes parecía imposible convertirse en realidad.

Posiblemente se tarde todavía muchos años en obtenerse una prueba científica que permita dar crédito a la idea de las comunicaciones interplanetarias; pero mientras tanto, se está llevando a cabo, y al parecer con bastantes buenos resultados, otro género de investigaciones: éste consiste en el descubrimiento y consiguiente aprendizaje del lenguaje de los delfines. El doctor John C. Lilly ha realizado grandes progresos en el terreno de la comprobación de que esas bellas criaturas marinas poseen un lenguaje interpretable, y cuyos puntos clave parece ser que podrán, en su día, ser debidamente traducidos. Esos seres pululan abundantemente en el mar, y algunas de sus especies viven igualmente en los grandes ríos, por ejemplo en el Amazonas. Cuando yo residía en Florida, a orillas del Indian River, dos delfines venían hasta delante de la misma puerta de casa a buscar su comida

diaria. Su noción del tiempo era fantástica: por espacio de dos meses estuvieron llegando puntualmente a las seis de la tarde, dispuestos siempre a realizar largas demostraciones de sus habilidades ante nuestros asombrados visitantes. Los delfines son animales gregarios, y frecuentemente se les ve siguiendo, en nutridas manadas, a los barcos; y a veces sus saltos fuera del agua son tan altos que aterrizan en el puente de las embarcaciones. Sus retozos y su evidente afecto hacia los seres humanos han atraído la atención de los marineros de todas las épocas, dando origen a numerosas fábulas.

El doctor Lilly se cree capaz de elaborar una especie de alfabeto delfínico. Para todo aquel que se dedica al amaestramiento de delfines o los ha tratado con frecuencia, como yo he podido hacerlo, eso parece totalmente factible, toda vez que sabemos que la comunicación telepática es más fácil de establecer con estas criaturas que con los mismos animales domésticos. Los ocultistas sostienen la teoría de que si se investigase debidamente el lenguaje de los delfines, tal lenguaje nos podría proporcionar la clave de algunos de los misterios relacionados con el hundimiento del continente de la Atlántida, puesto que, según aquéllos, los delfines constituyen un vínculo entre aquel continente y el hombre de nuestros días.

Por más traídas de los pelos que tales teorías se nos antojen —teorías que van desde la transmisión espacial del pensamiento hasta las comunicaciones telepáticas con los océanos—, no podemos permitirnos el desdeñar su hipotética posibilidad. En el peor de los casos, tras haber perdido el tiempo en tales investigaciones, habremos de aguantar la rechifla de quienes toman siempre a broma todo aquello que no son capaces de comprender; pero, a lo mejor, el hombre, desalentado por su incapacidad para comunicarse con los seres de su propia especie y viviendo en un planeta contaminado a causa de sus propios yerros, encuentre su salvación en la posibilidad de comunicarse con las criaturas que emerjan de otros elementos. Y ésta es probablemente la razón por la que, en esta segunda mitad del siglo veinte, tengamos que emprender el estudio de todas y cada una de las facetas de la transmisión del pensamiento y dejar, de una vez para siempre, de intentar demostrar la existencia de tal transmisión para seguir trabajando, dando por descontada la premisa de tal existencia.

5. Somos estaciones de radio

Existe la teoría de que la telepatía consiste sencillamente en una serie de excitaciones de índole eléctrica que van saltando de una mente a otra; teoría que, a todas luces, parece lógica.

Doy por sentada, pues, la premisa de que cada una de las células vivas está generando constantemente fuerzas eléctricas de signo positivo, fuerzas que se ven luego equilibradas por otras fuerzas eléctricas, de signo negativo, existentes en la atmósfera y en la tierra, o descargadas en la atmósfera o en la tierra. Según la ley descubierta por el físico francés Coulomb, dos cargas eléctricas se atraen o se repelen según sean de signo diferente o de signo igual.

La corteza cerebral del hombre, llamada materia gris, y que forma prácticamente la capa exterior del cerebro, está de tal manera desarrollada, que suministra los finísimos filamentos conductores de corriente equivalentes a los de los primitivos aparatos de radio. Con la diferencia, naturalmente, de que el cerebro fue el prototipo del aparato de radio y no viceversa. La materia

gris viene constituida por innúmeras neuronas, o sean, microscópicas células que forman la base del tejido nervioso. Contiene también, la materia gris, billones de sutiles células en forma de árbol —y llamadas, por eso, dendritas—, que convierten el cerebro en una inmensa red de antenas orientadas en todas direcciones. Ésta es, pues, la versión humana de la radio direccional. Si tienen ustedes un aparato de radio o de televisión con antena interior sabrán que cambiando ésta de su acostumbrada posición cambia también la calidad y la intensidad de la recepción, aunque la estación emisora, o radiodifusora siga emitiendo en la misma longitud de onda y el aparato receptor continúe estando en la misma posición. Como se ve, una pequeña antena es capaz de determinar grandes variaciones en la recepción de la emisión.

En los primeros tiempos de la radio, las antenas tenían que estar orientadas, en ángulo exactamente recto, en dirección de la estación radiodifusora. Además de que la estación emisora y la receptora deben funcionar perfectamente, también la pequeña antena tiene gran importancia para una perfecta recepción. Y lo mismo ocurre con nuestra mente. A menos que se tengan todas las dendritas sintonizadas con la dirección y la receptividad, los mensajes que se reciban se verán deformados, y resultará defectuosa la traducción emocional de los mismos. La alineación entre el consciente y el inconsciente aparece nuevamente aquí en toda su importancia.

La punta de un pararrayos es sensible, indiscriminadamente, a todas las cargas eléctricas cercanas al mismo. Y aquí es donde el cerebro y la mente poseen una ventaja sobre el pararrayos, pues si el potencial positivo de la corteza cerebral se mantiene alerta y erizado en las puntas de las móviles fibras, la unidad de carga necesita solamente un pequeñísimo impulso para ser disparada. Ese necesario impulso es el *pensamiento* formulado.

Así, pues, todo está sutilmente dispuesto en la estación emisora como en la receptora del cerebro humano; y tenemos que concluir que existe un continuo intercambio de cargas eléctricas entre los cuerpos humanos así como también entre éstos y su entorno. En nuestro cerebro hay una carga positiva, lo que hace que éste sea uno de los mejores servicios que tenemos a nuestra disposición, con tal de que seamos capaces de ejercer aunque no sea más que un mínimo de control sobre dicho órgano. Y aún sin ese control, el proceso de emisión y de recepción sigue te-

niendo lugar. Finalmente, conviene tener en cuenta que el cerebro es el área en donde se asienta la más elevada carga positiva, mientras que el hígado constituye el punto de más bajo nivel negativo.

Ésa es la forma más clara de explicar, de manera lógica, el mecanismo de la telepatía. Los cincuenta billones de neuronas y dendritas hacen las veces de un maravilloso ordenador electrónico capaz de realizar un inimaginable número de cálculos. Por consiguiente, ¿por qué no ha de ser posible el formular todos los pensamientos y todos los eventos que ha conocido la raza humana y, a través de ello, penetrar en otra dimensión del tiempo y del espacio, mediante lo cual los acontecimientos del pasado puedan ser captados —y archivados— por un ser humano del siglo XX con la misma fuerza con que estamos viendo las imágenes de la televisión; o echar una mirada al futuro y contemplar los venideros acontecimientos mediante la simple manipulación de las antenas del cerebro hasta dejarlas sintonizadas con el acontecimiento en cuestión; o también, y de modo más sencillo, enviar, desde una mente determinada, una vibración para que sea recogida por otra mente y llamar a esto telepatía?

El cerebro es una central eléctrica que suministra electricidad de signo positivo a cada impulso mental. No todos los pensamientos pueden ser almacenados en el cerebro, porque éste dispone de billones de filamentos que hacen las veces de ideales antenas de radio que no pueden dejar de emitir y de recibir corrientes. Los pensamientos son lanzados a la atmósfera —que está cargada de electricidad negativa—, y tienen que obedecer a una excitación; lo cual constituye una irresistible fuerza de atracción.

Los pensamientos están siendo continuamente difundidos en la atmósfera. Y al decir pensamientos nos referimos a *todos* los pensamientos. Cuando algunos de los nuestros se transforman en vibraciones y en ondas de longitudes determinadas, entonces resultan ser pensamientos armónicos y perfectamente interpretables, mientras que los pensamientos confusos y caóticos resultan difíciles y aun imposibles de ser interpretados.

En un mundo que raciocina con pensamientos lógicos, resulta verdaderamente chocante el leer que existen personas que captan programas de radio por medio del empaste de su dentadura. Hacia el año 1950, leí la noticia de que en Rahway, Nueva Jer-

sey, había un hombre que afirmaba no poder parar los programas de radio que constantemente estaban llegando a su cerebro. En el preciso momento de ser entrevistado, dijo que estaba oyendo a Bing Crosby cantar determinada canción. Y lo bueno fue que tal afirmación se vio más tarde confirmada al comprobarse que, en efecto, el inimitable Bing Crosby había estado cantando la canción de referencia, por radio, precisamente cuando la entrevista se estaba desarrollando. Fuera como fuese, nuestro hombre había sintonizado sus ondas telepáticas con determinada onda atmosférica, onda que luego no fue capaz de desincronizar.

Cuando yo era niña, en la finca de mis tíos, sita en Norfolk, Inglaterra, vivía un hombre que se alojaba en una pequeña cabaña en la que no existía ninguna clase de aparato receptor de radio. Sin embargo, aquel hombre me decía a menudo que estaba oyendo música, indicándome siempre la clase de música de que se trataba. Generalmente mi padre se dedicaba a comprobar la verdad de dichas afirmaciones, que siempre resultaron totalmente exactas. Aquel amigo nuestro era lo que en aquella parte del país se llama un "chiflado"; pero la verdad era que todas sus afirmaciones acerca de la música estaban perfectamente ajustadas a la realidad, lo que le colocaba en la categoría de las personas que son meramente diferentes de las demás, pero de ninguna manera "chifladas".

Me acuerdo perfectamente del viejo José, bondadoso campesino que cuidaba el amurallado jardín de mis tíos. Él me enseñó muchas cosas relativas a la horticultura. Por ejemplo, que no podía esperarse que, por más cuidados que se les prodigara, las higueras rindieran buenas cosechas todos los años. Las plantas, me decía, necesitan descansar, porque son seres vivos no muy diferentes de nosotros, aunque no tan estúpidos ni bulliciosos. Me enseñó también que a las plantas les gusta ser bien tratadas: que se desarrollan y fructifican mejor si se sienten felices.

Años más tarde, leí en los periódicos norteamericanos que se estaban realizando grandes experimentos científicos con las plantas y hasta con el ganado de las granjas, los cuales estaban siendo sometidos al mismo tratamiento que mi "chiflado" amigo de Norfolk había practicado en los días de mi juventud.

Como suplemento de su trabajo en el jardín, el viejo José se dedicaba a la cría de varias docenas de conejos, y ayudó a

mi tía a poner en marcha una de las primeras granjas profesionales de conejos de Angora que existieron en Inglaterra. Como solíamos pasar largas temporadas en la casa de Norfolk, a todos los niños se nos entregaba varios conejos para que los cuidáramos. Yo seguí el consejo de José acerca de los métodos de alimentación y cuidado de tales animales; pero los dos teníamos nuestro secreto acerca del particular. Los conejos que mi tía solía presentar a la exposición adquirieron pronto fama por su lana de Angora, lo cual la complació enormemente por el renombre y prestigio que ese raro tipo de explotación daba a su granja. Pero en cuanto a la cantidad y calidad de la lana producida, José y yo éramos los primeros de la granja. Y ello no podía ser atribuido a mera coincidencia toda vez que si se nos encargaba del cuidado de algún conejo caracterizado por su deficiente producción, es decir, que no alcanzara el nivel de los cortes normales, pronto le poníamos en condiciones de aumentar su producción de lana en un 25 por ciento. Mi tía no tardó en intentar sonsacarme preguntándome por si José poseía algún secreto al respecto.

Y el secreto no era otro que el hablar al deficiente productor de lana en un cariñoso e insinuante tono.

—Vamos, chico, sólo te pido otra media pulgada de linda lana. Fíjate en la que ha producido Euforia... ¡qué excelentes cortes ha dado! Y tú puedes hacer lo mismo que ella. Estoy seguro. Vamos, chico, danos la misma cantidad de lana que ella...

Y los conejos, al tiempo que escuchaban, le estaban dando sin descanso a sus mandíbulas. Y cuando llegaba la temporada del esquileo, José cogía a su conejo y, con unas grandes tijeras, le cortaba el primer mechón de pelo, que luego medía con el calibrador que se empleaba para ver si la fibra era normal, y nunca fallaba: el nuevo corte resultaba inmejorable.

Si José estaba o no "chiflado", eso no lo sé; lo que sí sé es que mi amigo sabía cómo hacer producir higos muy gordos a sus higueras y hacer dar más lana, por animal, a los conejos de Angora que cualquier otro criador de todo el país.

6. La estructura de la nueva fuerza

No crean que porque mi interés en la telepatía empezara a despertarse bajo la forma de juegos, mi padre pensara que había que tomar la vida como si se tratara de una diversión.

Aquellas tempranas lecciones tuvieron la virtud de hacerme considerar la transmisión del pensamiento como la cosa más natural y de la que no había por qué asustarse. Aquel período de lecciones en forma de juegos duró bastante tiempo. Pero al final del mismo, la simple idea de servirse de la transmisión del pensamiento para grabar una idea en una placa fotográfica me llevó al terreno de las formas del pensamiento materializadas y fotografiadas. Los experimentos realizados con Roger, el viejo perro de aguas, me pusieron en condiciones de comprender a los animales y estudiarlos en todos los circos del mundo. Así pude llegar a saber por qué los gitanos poseen el instinto de llevarse siempre tan bien con los caballos, y por qué los mejores *jockeys* y los comerciantes en caballos más expertos del mundo saben tratar, instintivamente, a los animales. La transmisión del pen-

samiento me llevó a estudiar la curación psíquica en el New Forest de Inglaterra, en donde las comunicaciones telepáticas estaban siendo usadas para convencer al enfermo de que podía sanarse mediante las vibraciones transmitidas de una mente a otra.

Más adelante, me puse en contacto con astronautas y científicos del programa espacial, que tampoco creían en el poder de la mente ni en la posibilidad de que ésta moviera objetos que se desplazaran sobre el tiempo y el espacio, permitiendo así el poder prescindir de toda esa pesada maquinaria que hoy necesitamos para lanzar a los astronautas al espacio. También existe la posibilidad de que la fuerza de la transmisión del pensamiento sea aplicada a la práctica de la medicina, así como de que esa misma fuerza sea utilizada, políticamente, para el lavado de cerebro de inmensas multitudes.

Las razones de la enorme importancia que se concede a la telepatía son realmente impresionantes; y me desazona el pensar que cosas que yo veo tan claramente no son vistas por las personas que están en condiciones de hacer uso de esa fuerza y de ponerla en acción. Mas, por otra parte, es ciertamente alentador el saber que a medida que nos vamos adentrando en la gran era de Acuario la telepatía va adquiriendo cada día más crédito. Aunque todavía falta mucho camino por andar. Antes de que se pueda realizar algún progreso en ese campo del conocimiento, es decir, en el estudio de la telepatía, hay que desarraigar muchos prejuicios; hay que poner en marcha nuevas formas de filosofía.

Con todo, y aunque de manera bastante imperceptible a veces, vemos que los intangibles están siendo utilizados, como por ejemplo en el caso del tratamiento psiquiátrico, de manera consciente, en el caso de las personas de mente creativa, como son los escultores, los pintores y hasta los músicos. Los intangibles —es decir, las cosas que no se pueden palpar— son susceptibles de provocar sentimientos que determinan nuestra respuesta. Cuatro muchachos se ponen a tocar la guitarra y a cantar. Y algo ocurre inmediatamente entre esos cuatro jóvenes y los millares de personas que les están escuchando. Pocos son los sabios que puedan explicar dicho fenómeno: el milagro de la comunicación entre esos muchachos y las masas. Esas cuatro mentes están "radiando" pensamientos al mismo tiempo que van emitiendo los sonidos de la música que están interpretando

y de las palabras que van pronunciando. Y esos pensamientos provocan otras tantas vibraciones que van siendo captadas por miles de mentes, tras haber sido éstas sintonizadas en virtud de la música y de las palabras difundidas. Cuatro gordinflones muchachos de no muy hermoso aspecto no deberían ser lógicamente capaces de influir en la mente de millares de personas. Enfocada desde el ángulo de la razón, tal cosa parece inaceptable. Y pocos son los que la aceptan y reconocen.

Con todo, unas pocas personas se dan cuenta de que han estado presenciando el milagro de la telepatía: cuatro mentes difundiendo vibraciones dirigidas a influir a las masas que tienen enfrente. Y, paralelamente al reconocimiento de la existencia de la telepatía, llega el reconocimiento de que ésta va a convertirse, en el futuro, en una fuerza real puesta en manos de aquellas personas que acepten el hecho de que la mente es el más potente de todos los órganos que jamás el hombre ha conocido. Las personas más poderosas del mundo van a ser aquellas que se sirvan de la mente para proyectar las vibraciones de ésta hacia sus fines particulares. El amor ha intentado gobernar el mundo; pero la fuerza del amor se halla hoy totalmente debilitada. Y el dinero se ha ido convirtiendo en el amo de la tierra. Mas éste ya dejó de tener sentido para una generación que desprecia las riquezas acumuladas por sus padres y que atribuye a los billetes de banco el mismo valor que a un sencillo collar de cuentas de vidrio. Los patriarcas intentaron gobernar el mundo a base de creer que sus propias creencias tenían que ser aceptadas por todos sus gobernados. En América hemos visto surgir una sociedad matriarcal. La mujer consiguió imponerse a base de la castración del varón, cuyos pantalones se ha puesto; disfrutando, al principio, de echar al mundo hijos varones y eludiendo, más tarde, la procreación, en la creencia de que la hembra tiene que andar siempre en busca de la fuente de la juventud en orden a mantenerse en el poder. También hemos estado viviendo unos tiempos en que ciertas fuerzas de índole religiosa han sido realmente poderosas al tener controladas a las masas en virtud del miedo al fuego del infierno y a la eterna condenación. A medida que nos vamos adentrando en la era de Acuario, nos vamos despidiendo de las antiguas estructuras, hasta ahora dominantes, sin dejar de reconocer, empero, que el poder es un elemento necesario en el mundo.

Lo único que queda de un mundo que ha estado explotando el cuerpo y prostituido el espíritu del hombre es esa intangible parte del mismo hombre: la mente. En el perfecto conocimiento y en el buen uso que haga de su mente, puede el hombre hallar su salvación. En los tiempos de peligro, el instinto humano de conservación supera a todos los demás instintos del hombre. Y éste ya empieza a rechazar las tradiciones y las rutinas que se han estado interponiendo entre él y el último bastión de su defensa. Estamos viendo ya ejemplos de total rechazo; pero, por desgracia, ha venido todo eso tan de súbito, que se ha producido un gran vacío entre la fase en que son repudiados los viejos valores y aquella en que todavía no han sido experimentados y puestos a prueba los nuevos.

Los parapsicólogos tienen que aprovechar las equivocaciones cometidas por los científicos al no haber éstos explicado el impacto causado, por ejemplo, por la fisión del átomo, por la bomba atómica y de hidrógeno y, en general, el uso de la energía nuclear en sus fases positiva y negativa, así como el verdadero valor y sentido del envío de hombres a la luna; deben aprovechar, repito, tales equivocaciones para empezar a explicar, en lenguaje sencillo, todo cuanto va implicado en cosas tales como la "caza de fantasmas", los trances mediúmnicos y —lo más importante de todo— la transmisión del pensamiento o telepatía.

La telepatía tiene hoy intrigadas a muchísimas más personas que antes; y ese interés y afición, que ya se está convirtiendo en popular, hace necesaria una bien orientada investigación y estudio. Porque una pistola puede a la vez ser un arma de defensa y un instrumento de destrucción y muerte. Y no es el arma la que determina tal distinción; son las motivaciones de la persona que se sirve de ella y, en ciertos casos, las circunstancias en que se hace uso de tal arma, quienes determinan tal diferencia. Lo mismo ocurre, pues, con la telepatía empleada como medio de comunicación entre los hombres. Es necesario estar seguros de que detrás de dicha comunicación existe en el hombre el deseo de vivir en armoniosa relación con los demás hombres. La telepatía, concebida y usada por mentes megalómanas, puede llenar la historia futura de manchas y de crímenes tan innobles y perversos como la obra de Adolfo Hitler. La única forma de contrarrestar el mal uso de la telepatía por men-

tes interesadas únicamente en el poder personal sería el establecimiento, a través de todo el mundo, de unos centros en los que pudiera efectuarse el estudio científico y a todos los niveles, de la telepatía, dando luego a conocer los resultados de tales estudios.

Años atrás hice unas manifestaciones a la prensa acerca de que la URSS llevaba veinticinco años de ventaja a los Estados Unidos en lo que se refiere al conocimiento del valor de la telepatía. Y nada ha ocurrido desde entonces para hacerme cambiar de parecer al respecto, pese a que sé que ahora existen más personas interesadas en esas cuestiones que antes. Así que puede muy bien suceder que un buen día nos despertemos con la noticia de que en otro país se ha hallado la total respuesta del "por qué" y del "cómo" debe ser empleada la telepatía en orden a la estructuración del poder en un mundo nuevo.

El área del pensamiento tiene que ser explorada, pues, pese a lo mucho que ya se ha investigado sobre la cuestión, nadie es todavía capaz de definir el pensamiento. Existen muy variadas formas de pensamiento. Son muchos los profesores que han lanzado la idea de que el pensamiento positivo puede ser beneficioso para la humanidad; y, con todo, las leyes generales están conectadas con la polaridad. Posiblemente la respuesta a todo ello esté en que no hay pensamientos enteramente positivos ni negativos.

Y voy a entrar ahora en un área totalmente desatendida y abandonada. El pensamiento consciente que no se graba en el subconsciente tiene escasísimo valor, es decir, no produce efecto alguno, siendo ésta una de las tantas razones porque mucha gente no puede interpretar ciertos mensajes telepáticos. Son legión las personas que poseen la facultad de expresarse por medio del habla y que tienen, empero, muy pocas cosas importantes que decir. Y lo propio ocurre con los pensamientos emitidos únicamente a nivel consciente y sin impacto alguno en el subconsciente. Sin la debida vinculación del consciente con el subconsciente no hay comunicación telepática posible.

Si el pensamiento va impregnado de una profunda sinceridad, la mente subconsciente se lo incorpora; y así tal pensamiento es susceptible de permanecer en estado latente, cual semilla que, depositada en la tierra, espera que vengan los elementos, con su calor, a despertarla a la vida y a impulsarla a

crecer y desarrollarse. Más ahora pueden ocurrirle varias cosas al pensamiento: puede éste ser aniquilado por otra forma de vibración mental puesta deliberadamente en marcha para destruirlo, o bien puede morir por falta de utilización. Pero si el pensamiento se ve reforzado, a intervalos, por la fe, entonces es capaz de seguir su camino hacia otra mente y poner en movimiento una cadena de acciones y reacciones, o bien atraer a las personas o las cosas.

En el conocimiento del pensamiento en todas sus fases —formas, vibraciones, influencias— yace el secreto del *anima mundi.* Ciertas personas —hombres y mujeres— se han consagrado a esa búsqueda con apasionamiento, a veces teñido de romanticismo, como en las historias del Santo Grial o como en el mito de Jason y el Vellocino de Oro.

Aquellas personas que, en la Antigüedad, estuvieron en posesión de la secreta sabiduría y que fueron capaces de alinear el consciente con el inconsciente, haciendo luego uso de las vibraciones para influenciar los acontecimientos y las personas, fueron llamadas brujos o brujas, o bien fueron miembros de los ahora ya fenecidos cultos al sacerdocio. Los antiguos conocieron el valor de la telepatía, pero también supieron que el *anima mundi,* asequible en todos los tiempos a los hombres sinceros, no podía sin embargo hacerse extensiva a todos aquellos que estuvieran poseídos por el afán de adquirir bienes materiales y se vieran en el caso de vivir a costa de las violencias ejercidas sobre otros hombres. Así, pues, la verdad, cual una púdica virgen, aparecía por unos momentos, era desflorada por aquellos hombres que la querían conocer mejor, pero que no podían apreciarla en su esencia, y desaparecía nuevamente. La verdad, empero, no podía morir, porque la antigua sabiduría era y es indestructible, y el porqué y el cómo de la telepatía pertenece a las perdidas áreas de esa verdad. Así como los planetas Urano, Neptuno y Plutón fueron en su día descubiertos y su aparición fue saludada por el mundo expectante como si se tratara de unos astros recién creados; de la misma manera la telepatía permanece ahora a la espera de ser descubierta por la humanidad, por los hombres que necesitan saber que el consciente y el inconsciente pueden estar mutuamente sincronizados.

Mientras muchos practicantes de las cosas psíquicas se apar-

tan de la ciencia por considerarla como enemiga de todo lo que ellos sostienen o creen haber conseguido, yo saludo a esta nuestra altamente científica época en que tenemos la suerte de vivir. Un vasto campo permanece abierto a las investigaciones de los científicos, que tantas cosas maravillosas han realizado y que ahora les es dado bucear en el virgen yermo de la mente.

Posiblemente nos hallemos en un período histórico en el que la telepatía, como parte integrante que es del *anima mundi,* no tenga que volver a ser conceptuada como de la competencia de las sociedades secretas o de la jurisdicción del sacerdocio. Es posible que la telepatía esté al alcance de todo ser humano que sea capaz de transigir con la naturaleza y pague el precio de la sinceridad y de la tolerancia. Y, sobre todo, puede que el hombre tenga que hacer, ante sí mismo y ante el mundo, una declaración de que la fuerza invisible existe realmente y que puede ser utilizada por el hombre mismo.

La telepatía tiene intrigados ya a los científicos, pues aunque éstos estén acostumbrados a tratar con calidades y cantidades confusas así como con incógnitas, la mayoría de los investigadores parten de una premisa que luego los científicos tratan de comprobar. La premisa de la telepatía podría ser ésta: Si dos hombres tienen un cerebro cada uno, esos dos cerebros son los órganos de dos mentes distintas. Porque si para empezar existe un órgano —es decir, un objeto tangible—, es lógico suponer que este órgano sea capaz de realizar *algo,* a la manera como el oído es capaz de oír y como el ojo es capaz de ver. Por consiguiente, ¿cuál es la función del órgano llamado cerebro, además de hacer las veces de almacén y de generador? El cerebro puede ser tocado, examinado, visto, y es también susceptible de ser operado. Pero lo que el cerebro hace, en tanto que órgano de la mente creador de pensamientos, los cuales son, a su vez, convertidos en vibraciones que luego crean una acción, constituye un colosal enigma.

En ciertos círculos está hoy en boga el considerar al hombre como un mono desnudo. Y hasta cierto punto hay que aceptar tal concepción. Pero ella no constituye sino una explicación parcial, porque el hombre es en realidad un animal capaz de razonar y de aprender. Su cerebro le capacita para almacenar y para transmitir conocimientos. En la actualidad, un niño de escuela de primera enseñanza sabe explicar la ciencia espacial de

una manera bastante racional, lo que un sabio de hace novecientos años era incapaz de hacer. Sin embargo, en el aspecto moral no parece que hayamos avanzado un solo paso más que los hombres más primitivos. Incluso las enseñanzas de Jesucristo y de Buda parecen hallarse hoy fuera de los límites de nuestra comprensión. Puede que aceptemos tales enseñanzas por principio, pero cuando se trata de llevarlas a la práctica prescindimos absolutamente de ellas.

El hombre realiza su desarrollo de una manera desigual, y ello no siempre de acuerdo con el vigente modelo de la educación. El hombre normal y corriente sabe más cosas acerca de su coche que acerca de su propio cuerpo, y no digamos acerca de su mente, a la que desconoce por completo. La mujer corriente es por regla general una enciclopedia viviente en todo lo que hace referencia a vestidos y a tratamientos de belleza, pero ignora todo cuanto atañe a su cuerpo y a su mente. Hemos realizado increíbles progresos en el campo de la ciencia, y tenemos la facultad de hacerlo y de valorarlo todo, salvo la mente. En todas las áreas que el hombre no ha sido capaz de comprender, los expertos han llegado generalmente, en cada generación, a brindar respuestas al respecto. Y, con todo, vamos muy retrasados en cuanto a indagar el porqué de hallarse la mente intelectual tan separada de la mente moral.

Una explicación —por demás sencilla— de eso podría ser la de que en todo ser humano funcionan dos tipos de inteligencia, dos mentes. Una dirige el cuerpo en todas sus actividades conscientes relacionadas con su medio ambiente, es decir, con el mundo exterior. Ésta es la mente objetiva. Pero es que en el cuerpo humano suceden otras cosas, se verifican actividades de índole inconsciente en las que el hombre no está en ningún momento del día pensando. En el interior del hombre existe un mundo en el que se van realizando, como formando parte de la mente subjetiva, cosas tales como el ritmo de los latidos del corazón, la digestión de los alimentos, así como también la reconstitución de las células agotadas. Si el ser humano corriente y normal fuera capaz de aceptar el carácter dual de la inteligencia humana, entonces podría adecuarse al lógico desarrollo de las cualidades científicas de la mente. Y tal vez podría incluso llegar a aceptar el que —toda vez que el pensamiento es lo que hace funcionar la capacidad creativa— el hombre crea, por

ende, su propio mundo y las condiciones interiores y exteriores de su vida, simplemente, mediante la fuerza del pensamiento.

La fuerza de éste, actuando primero sobre uno mismo y luego sobre otras personas, debe constituir el camino hacia una nueva idea de la vida. Por medio de pensamientos, palabras y actitudes mentales, uno puede formarse su propio estilo, su carácter, así como el tamaño del molde, de la matriz en la que la ley universal va vertiendo la sustancia de nuestras experiencias y de nuestra manera de vivir. Al comprender uno su propia mente puede suceder que no le guste ser como es o que no le guste lo que tiene; seguidamente, uno puede utilizar la fuerza de la mente para construirse un nuevo patrón de vida. Y entonces podrá decirse que se ha topado con la ciencia mental.

La fuerza del pensamiento no se limita a ser utilizada por uno mismo. Al pensar en esa fuerza del pensamiento actuando sobre los demás es cuando debemos asegurarnos de nuestras motivaciones para hacer uso de dicha fuerza. Si ésta actúa sobre nuestra vida, permitiéndonos cambiar nuestro patrón vital por otro nuevo o incluso influir sobre la vida de otro ser humano —como ocurre a menudo cuando dos personas se enamoran mutuamente, entonces esta maravillosa, a la par que peligrosa, fuerza de la mente es susceptible de ser dirigida hacia el mal o lanzada en la dirección de una masa de gente.

Dicha fuerza de la mente —una forma de sutil telepatía— puede compararse con el muñeco del *vudú*. El hecho de clavar alfileres en el cuerpo del muñeco no significa nada de por sí; mas si la fuerza de la mente es proyectada contra dicho muñeco —quien hace realmente las veces de la persona a la que se trata de causar mal—, las vibraciones de los pensamientos resultantes viajan por el éter hasta que van a dar con la mente de la víctima. Con lo que resulta lógico el comprender que los pensamientos malignos son verdaderamente capaces de afectar la vida de otra persona. Y eso mismo puede ocurrir si los perniciosos pensamientos o ideas destructivas son expedidos en dirección de verdaderas masas humanas.

Hoy en día se está hablando mucho de "lavado de cerebro"; y la gente tiene bien metida en su interior la idea de que tal operación es siempre realizada por "el otro campo". Cuando la realidad es que en una sociedad carente de seguridad en la telepatía, o temiéndola acaso, estamos constantemente sujetos

a fuerzas telepáticas en un gigantesco y sutil lavado de cerebro. Y a eso le llamamos publicidad, cuando de lo que realmente se trata es de un caso de telepatía potenciada en donde una mente está transmitiendo pensamientos a otras muchas mentes. Ahora, en lugar de una telepatía consistente en un cerebro que transmite pensamientos a otro cerebro que hace las veces de estación receptora, tenemos un producto telepático sintético, el televisor, y distraemos —realmente *distraemos*— nuestras mentes prestándonos al gran truco, a la gran estafa ideada por la nueva escuela de sumos sacerdotes que tiene sus dorados templos en Madison Avenue.

Sí, la telepatía ha dejado de ser un juego de niños. Ahora es un velatorio para la muerte de la original estación emisora y receptora del hombre. Cuanto más se tiña la telepatía con la aureola del misticismo, tanto más mortíferas serán las formas de pensamiento irradiadas para destruir la mente de las masas y crear un desequilibrio de poder. Y es nuestro mundo interior el que está siendo destruido, destruido de la misma manera como las termitas destruyen un edificio: completa y concienzudamente.

Dentro de la euforia determinada por la posesión de bienes materiales, las formas y vibraciones de los pensamientos emitidos por la publicidad telepática han venido remoldeando una nueva generación. El hombre es un animal lógico y no puede por tanto creer realmente que determinada marca de pasta dentífrica tenga la virtud de potenciar su atractivo sexual, de que comiendo unos cuantos platos de determinado cereal se va a ver revigorizado para toda una intensa jornada de trabajo, o de que una determinada clase de peluca va a rejuvenecer a la mujer. Por más ilógico que ello se nos antoje, esas cosas están sucediendo a diario; y las personas a quienes se estimula para que se rían de los fenómenos psíquicos y de la telepatía creen verdaderamente en los mensajes que día tras día van recibiendo a través de la publicidad.

Ciertamente existen más fundamentos para creer en la telepatía y aceptarla como un hecho —un hecho plenamente válido en la vida actual— que en el aceptar que determinada pasta dentífrica va a ser la llave que nos abra la puerta de una maravillosa experiencia sexual.

Hace años que los escritores de ciencia ficción tenían aterrorizados a sus lectores contándoles historias de zombies y de ro-

bots actuando a las órdenes —ciegamente obedecidas— de un individuo ávido de poder. A dicho individuo le bastaba con sólo apretar un botón para que toda una legión de servidores se pusiera inmediatamente a trabajar para él. Y hoy tenemos máquinas electrónicas que se dirían nuevas formas de magia mediante las que un solo hombre controla el destino de miles de cifras y de números hasta el punto de hacerle casi olvidar que tales cifras y números son seres humanos.

Recuérdese que la computadora tiene su contrapartida en el cerebro humano, y que una persona o varias pueden controlar a grandes masas sin el impedimento de los controles electrónicos. En toda generación han aparecido personas realmente excepcionales que tuvieron la virtud de saber emplear convenientemente la fuerza generadora del cerebro para crear formas y fuerzas de pensamiento. Tales personas pudieron mantenerse en el poder porque la masa no tuvo oportunidad de descubrir los secretos de la mente ni de saber cómo funciona ésta. Hoy ya no pueden suceder tales cosas; pero todavía hemos tenido ocasión de ver durante el curso de nuestra vida surgir dictadores y quizás hemos conocido a otros individuos de la misma índole, aunque de menor talla, en nuestra propia casa o en nuestra vida profesional. La respuesta a ello estriba en luchar a brazo partido con la mente, empezando con la nuestra propia, y contribuir con las fuerzas telepáticas al mejoramiento de la vida. Si uno puede luchar con una pistola en la mano, posee una gran ventaja sobre el enemigo que no dispone de ningún arma de fuego. Así, pues, la debelación de los dictadores y la esperanza de los oprimidos es posible que estribe en hacer uso de esas mismas armas con que los dictadores se hicieron con el poder: la facultad de transmitir potentes pensamientos que vayan a dar en el blanco de la mente de los demás, y, mediante tales formas de pensamiento, influir lo mismo los acontecimientos que las personas.

Por más aterrador que este pensamiento nos parezca, hay que afrontarlo decididamente. Tenemos que comprender que nuestra salvación, así como también la de la raza humana —en la que el individuo conserva su rango de unidad dentro de una unidad mayor, estriba en ir aumentando, cada vez más, nuestros conocimientos acerca de la mente en general y de la telepatía en particular.

Es cierto que en el mundo existe un amplio movimiento ten-

dente al desarrollo del estudio colectivo de la telepatía; pero en esos grupos de estudiosos falta la necesaria coordinación en orden a valorar sus estudios. Como siempre, en los llamados temas sobrenaturales, y pese al cada vez mayor entusiasmo y a la cada vez más firme voluntad de reunir a los pequeños grupos de estudio, hay falta de organización. Carente de la necesaria fuerza cohesiva que mantenga aglutinados a los diferentes grupos y falta de las personas más indicadas al frente de los estudios de valoración, la telepatía seguirá yendo muchos años a la zaga de los tiempos científicos. Siempre he tenido reparo en el empleo de la palabra "sobrenatural", porque todo lo existente me parece, en términos generales, muy natural. Conque si me valgo de ella es porque tal palabra es hoy en día de uso por demás corriente. Ella es la gigantesca pieza central de una rueda desde la que parten muchos radios, cada uno de los cuales realiza su propia función y posee sus propias características: telequinesia, clarividencia y telepatía. En tanto que, todas esas cosas deben fusionarse al fin, en el centro de la rueda —el eje—, cada una de ellas es justificadamente susceptible de ser juzgada en sí misma hasta que llegue el día en que la palabra "sobrenatural" se nos aparezca en su real significado. Lo sobrenatural no es sino una prolongación de todo lo natural. Para muchas personas, interesadas ya en el estudio de la telepatía, lo sobrenatural viene a ser algo así como el cielo nocturno de la mente, la cara sombría de nuestra "luz del día" mental, de la razón y de la realidad positiva. Si sólo somos capaces de pensar en términos de negro y blanco (literalmente) o del día y la noche, comprendamos entonces, por lo menos, que lo sobrenatural contiene tantos elementos de placer y de maravilla como la luz del día. Son muchas las personas que hallan en la cara sombría misterio, belleza y encanto y algunas veces también miedo y horror. Lo que principalmente todo el mundo encuentra hoy en esas cosas es un poderoso atractivo; pues, en una o en otra forma, nos hallamos todos involucrados en algo que no comprendemos, pero que no tenemos más remedio que admitir que ello está ahí.

Por muy escépticos que seamos, y aun de espíritu completamente práctico, y hablemos de estos tiempos actuales como de una época en la que impera el materialismo, el racionalismo, los adelantos científicos y técnicos, lo sobrenatural desempeña ciertamente un importantísimo papel en el mundo en que vivimos.

Con todo, tenemos que desprendernos de ciertas imágenes anticuadas, y si nos parece que la mente tiene su cara sombría, tenebrosa, en la que los viejos terrores están entremezclados con las viejas verdades, afrontémoslos con el mismo valor de que hemos dado muestras en el pasado cuando hemos superado las epidemias y hemos realizado cosas que parecían imposibles de realizar, tales como los vuelos espaciales. Empecemos por eliminar el miedo a la palabra sobrenatural, sabiendo como sabemos que tal palabra no es sino un término del que, por comodidad, nos servimos para designar un extenso ámbito de especulación humana sobre cosas que se cree existen más allá del umbral de nuestra cotidiana existencia. ¿No aceptamos la palabra amor por más que ella se refiera a una fuerza fortuita e intangible y que nunca se halla en el mismo nivel? Lo sobrenatural nos envuelve por todos lados. Los milagros referidos en la Biblia pueden, de acuerdo con ciertos patrones, ser considerados como cosa sobrenatural; mas para Jesucristo, que los realizó, fueron la cosa más natural del mundo. El famoso san José de Copertino, que vivió en el siglo XVII, fue considerado persona sobrenatural porque, venciendo la ley de gravedad, se elevaba en el aire, demostrando con ello poseer la facultad de la levitación, con gran asombro, como es de suponer, de sus superiores eclesiásticos. En tiempos pasados se creyó que el rayo era un fenómeno sobrenatural. Al principio, el rayo fue tenido por la manifestación de la cólera de los dioses; de la misma manera que hoy se cree que la telepatía es algo perteneciente al reino de la magia.

Aún no hace cien años, las personas que observaron la existencia de ese extraño poder yacente en la mente humana, al que llamamos telepatía, creyeron haber descubierto algo sobrenatural. Exceptuando nuestro entusiástico interés, no hemos progresado mucho en los últimos cien años en el incremento del acervo de nuestros conocimientos acerca de la telepatía.

Nuestro entusiasmo ahora debe ser enfocado hacia la misma sencilla valoración con que todos los demás fenómenos han sido, a su vez, enfocados. Hoy disponemos de una adecuada explicación del rayo; y posiblemente más adelante dispondremos de otra análoga sobre la telepatía.

7. La transmisión del pensamiento en el mundo animal

La idea de la comunicación telepática entre el hombre y los animales no es una cosa nueva, y, con todo, no deja de sorprendernos la forma en que la prensa está hablando de tal cuestión. La de Androcles y el león es probablemente la primera historia en que se nos demuestra que si la persona pierde el miedo puede comunicarse mentalmente con una fiera sin ser atacado por ella. Yo sinceramente creo que una de las razones de que en mi niñez tuviese tantos animales favoritos en lugar de los inevitables juguetes es la de que, conociendo, mi padre, tantas cosas acerca de la comunicación telepática, no dejaría de saber que el miedo es uno de los mayores obstáculos que impiden la comunicación entre dos seres vivos; y por ello hizo que, ya desde mi más tierna infancia, conviviera con toda clase de animales. Así, pues, nuestra leona Nellie —fugitiva de un circo— y yo nos pudimos llevar como dos buenas amigas porque yo no sabía que tales animales solían despedazar a las niñas pequeñas. La mayoría de los ataques de que las personas son objeto por parte de los animales

se deben a una acción refleja engendrada por el miedo y el instinto de conservación. Que yo sepa, nunca las serpientes, tan temidas por el ser humano, han perseguido al hombre. Lo que ocurre es que la natural reacción del hombre al ver una serpiente, aunque ésta se halle tomando tranquilamente el sol, es matarla o, cuando menos, atacarla. Conque, si el hombre es lo suficientemente despistado como para meter el pie encima de una serpiente de cascabel —que probablemente se halla en su propio territorio, de forma que el hombre resulta ser un invasor del mismo—, nada tiene de extraño que el animal reaccione acometiendo al intruso.

El miedo neutraliza los sentimientos de respeto y de amor y amortigua y desvirtúa la buena crianza así como las más delicadas emociones. Nadie es capaz de captar las comunicaciones telepáticas engendradas por el miedo como el animal, puesto que en él no existe conciencia alguna que, a modo de factor razonante, determine sus acciones, ni tampoco ningún factor de disuasión de las básicas vibraciones del pensamiento emitidas por una mente dominada por el miedo. El estudio del miedo es por demás intrigante, y yo siempre me he estado preguntando cuántos hombres que en el fondo no eran sino unos cobardes se han visto condecorados por su valentía. Y ello es fácilmente explicable si se tiene en cuenta que el miedo puede ser una fuerza condicionada, emitida por el cerebro, como es el caso de todo soldado bien disciplinado y adiestrado de forma que sea deliberadamente capaz de refrenar las esencias de la emoción.

El adiestramiento de las fuerzas armadas inglesas constituye un ejemplo clásico de condicionamiento, a gran escala, mediante la racionalización de tales enseñanzas a base de imbuir en el soldado la idea de que ellas son necesarias para asegurar la supervivencia. Algo tenemos que hacer para excitar el deseo de matar; deseo que ha venido siendo amortiguado por las artificiales condiciones de vida. Así, cuando el hombre se halla desplazado de su ambiente natural, normal, ese instinto de conservación tiene que serle artificialmente imbuido y fomentado mediante un rígido adiestramiento por el cual las rutinas, los hábitos y las emociones aceptadas sean desnaturalizadas y la mente de un hombre sea puesta bajo el control de varias docenas de otros hombres. Los animales salvajes no se hallan sujetos a semejante condicionamiento; en tanto que el comportamiento de

los animales favoritos constituye a menudo el resultado de las comunicaciones telepáticas entre el dueño y el animal querido. Ni el perro ni el gato comprenden todas las palabras que les son dirigidas, pero sus dendritas cerebrales están ondeando en su cerebro y éste recibe unas impresiones a las que luego responde el animal.

El arte del jinete que monta su caballo favorito es la médula de una estrecha relación mental entre el animal y el hombre. Ciertos excepcionales adiestradores de animales de circo poseen dicha facultad. Por desgracia, muchos de ellos recurren a inhumanos trucos al objeto de no tener que invertir el tiempo necesario para que una mente se ponga en contacto con la otra para el recíproco descifre de los mensajes mentales. Una de las formas más rápidas del adiestramiento de los perros consiste en darles claras y bien definidas órdenes. Es indiferente el empleo, para ello, de unas o de otras palabras; lo único que interesa es la formación de un pensamiento conciso. Hay que proceder, pues, exactamente de la misma manera que en las invocaciones de la brujería o de la magia negra, donde el pensamiento es dirigido hacia el punto considerado como el pararrayos situado en la mente de otra persona.

Los caricaturistas provocan a menudo la hilaridad con dibujos de viejecitas encariñadas con sus perros o sus gatos favoritos. Generalmente, la estrecha relación existente entre la anciana señora y su animal mimado obedece a una sencilla causa, y ésta es que la señora no piensa ya en que ella es un ser superior a su perro o a su gato; por lo que, desde el momento en que su mente consciente no pone barrera alguna entre ella y su animal mimado, queda establecida entre los dos una línea de comunicación. Naturalmente, existe en ellos una armonía, una simpatía, una afinidad... Y ahí tienen ustedes una lección más sobre comunicaciones telepáticas. E idéntico mensaje se desprende de todos cuantos experimentos llevo realizados a lo largo de mi vida. Hay que concentrarse, pues, en el mensaje que se pretende transmitir, reduciéndolo a una simple denominación y no permitiendo que nada de lo que ha sido urdido por la educación del hombre ponga en desorden el centro transmisor desde el cual el mensaje es difundido para que sea captado por la antena de la mente de otra persona.

Los mejores médiums del mundo son aquellos que en el

momento de ir a caer en trance no abrigan la menor duda acerca de la posibilidad de tal trance ni se preguntan qué es lo que les va a ocurrir. Su subconsciente permanece alerta mientras que el consciente queda amortiguado, pudiendo así, la mente del médium, transmitir mensajes con mayor facilidad que la de otras personas. Una de las cosas que menos me gustan en relación con la "enseñanza" del arte mediúmnico es la de que la mayoría de los cursos empiecen a darse a un nivel demasiado elevado para que puedan resultar provechosos. Aun antes de que se proceda a la realización de algo que tenga el más mínimo parecido a una sesión de trance, el médium tiene que conocer su propia mente y aceptarla como receptora o transmisora, exactamente como si fuera una estación de radio. El médium debe estar enterado de todo lo relativo al consciente y al inconsciente. Y, si se trata de una médium que al sentarse en la silla pregunta si el peinado que lleva le sienta bien, puede asegurarse que ésta no llegará nunca a desprenderse de su conciencia el tiempo suficiente para poder caer en un profundo trance, en un trance capaz de revelar nítidos y valiosos mensajes. Las mejores médiums se despojan literalmente de su personalidad en el momento de ir a entrar en trance, como si únicamente se quedaran con el cerebro, órgano mediante el cual la mente recibe todas sus impresiones.

A los estudiantes interesados en la comunicación telepática les aconsejo que empiecen con las sencillas y nada complicadas formas de vida animal antes de intentar la transmisión de pensamiento con seres humanos. Si poseen ustedes algún animal favorito, traten de "pensar" que éste vaya hacia ustedes, pero formulen directa y simplemente este pensamiento, sin más añadiduras, tales como, por ejemplo: "Quiero que Linda venga para acariciarle la cabeza o para darle la comida." El pensamiento formulado debe ser: "Quiero que Linda venga hacia mí", es decir, tiene que consistir en una vibración directa, no interferida por ninguna otra. En una semana serán ustedes capaces de hacerlo correctamente. Uno de los secretos de la gran afinidad entre mi persona y "Mr. Hotfoot Jackson" —mi querida corneja, un diminuto miembro de la familia de los cuervos— era que los dos poseíamos un fantástico potencial de comunicación telepática. Y, en efecto, así lo demostramos en nuestras apariciones en la televisión. No me cabe la menor duda de que los

telespectadores creerían que se trataba de algo ciertamente sobrenatural. Y, en puridad, aquel fenómeno era posible porque yo era capaz de concentrar mi mente y emitir un pensamiento categórico, pensamiento que el pájaro estaba acostumbrado a recibir. Así, cuando yo "pensaba" en hacerle bajar de un árbol o de un tejado, toda la magia de que me valía para el caso, consistía en emitir una excitación eléctrica normal. Me costó algún tiempo el conseguir la armonía mental que, con el tiempo, nos dio —al pájaro y a mí— fama en la prensa mundial.

Las historias de animales son numerosas y todas tienen su importancia. Los fotógrafos se sienten especialmente atraídos por ellos; y los periódicos, principalmente en la temporada veraniega, dedican buena parte de su espacio a las historias acerca de las armoniosas relaciones entre los animales y los seres humanos. Pero es una lástima que tales historias no expliquen el porqué de la existencia de una afinidad enfocada desde el ángulo de la comunicación telepática y basada en las corrientes eléctricas cerebrales.

Hace siete u ocho años, el nombre de Fred Kimball hizo su aparición en los titulares de la prensa, dándose a conocer como el hombre que sabía leer el pensamiento de los animales. Por supuesto, Kimball hubo de arrostrar las acostumbradas tonterías de una prensa que casi nunca da en el quid de la sencilla y franca historia objeto de su atención; y mucho menos si se trata de una historia realmente complicada y que tiene sus raíces profundamente hincadas en la ciencia. Conque muchas fueron las personas que se rieron de Kimball, pensando que quizá se tratara de un chalado como José, mi amigo de la infancia. Pocos fueron los periódicos que dieron con el quid de la cuestión. Posiblemente Fred Kimball había encontrado algo perdido desde cuando Androcles sacó la espina de la pata del león. No puedo explicarme por qué nos asombramos tanto al descubrir, de súbito, que los animales piensan. Por supuesto, hay que aceptar que su poder de razonamiento es muy diferente del nuestro, y ello sencillamente porque los animales logran sobrevivir en unas condiciones naturales, en constante estado de alerta y siempre atentos a las necesidades de su supervivencia antes que a cualquier otra cosa. Con todo, puesto que tienen un cerebro, tienen que tener también una mente. Las cuestiones del cómo esta mente funciona y del qué se realiza en relación con otras fuerzas

condicionantes son igualmente aplicables a los animales y a los seres humanos.

La armonía o simpatía existente entre Fred Kimball y sus animales era verdaderamente notable; aunque, por otro lado, éstos no pudieran corroborar las afirmaciones de aquél con respecto a la lectura de su mente. Con todo, lo que Kimball inició se ha puesto ahora, al parecer, de moda. Muchos dueños de animales favoritos me han confiado, con toda seriedad, que su animal mimado no se tiene por un gato o un perro, sino que se cree una persona, igual que el propio dueño. Y ésta era precisamente la actitud de Fred Kimball respecto de sus amigos cuadrúpedos, a los cuales consideraba otras tantas personas. Lo que desconcierta a los periodistas entrevistadores es que la información de Kimball sobre sus perros y demás animales favoritos sea demasiado precisa para poder ser considerada como meramente accidental. La gente solía llevar su abigarrada colección de animales favoritos a Fred, y éste explicaba el concepto que del mundo tenía cada uno de esos animales, dando incluso una descripción de sus dolencias. Según Fred, los animales que más se parecen a los seres humanos son los perros, por cuanto a éstos les gusta "hablar" sobre el tema de las operaciones quirúrgicas de que han sido objeto.

Fueron bastantes los casos en que Kimball manifestó a la concurrencia que el animal favorito tenía cuenta corriente bancaria; y no sólo eso, sino que hasta dio el saldo exacto de dicha cuenta. Mas, cabe preguntarnos ahora: ¿recibía Kimball tal información desde la mente del dueño, o bien desde la del perro en cuestión, por asociación de ideas? o creo que lo más probable es que el pensamiento captado procediera del dueño, toda vez que pongo en duda el que un perro sea capaz de todo razonamiento que vaya más allá de pensar que un paseo hasta el banco sea diferente de otro cualquier paseo hasta no importa que otro edificio. Opino que lo más seguro es que Kimball estuviera en comunicación telepática con el dueño del animal cuando hablaba acerca de las operaciones sufridas por el perro o acerca de determinadas idiosincrasias únicamente conocidas del propio perro o de su amo.

8. Experimentos científicos modernos

Hans Berger ideó en 1929 un aparato registrador de ondas cerebrales, o sea, uno de los prototipos del electroencefalógrafo —instrumento este último empleado para registrar las ondas cerebrales en condiciones y circunstancias diversas—. Hans Berger quería que su EEG (electroencefalógrafo) sirviera de posible medio revelador de la fuente de la energía psíquica de la que la telepatía se nutre. Son varios los investigadores modernos de la telepatía que no están de acuerdo con la teoría de Berger, por creer que la telepatía no necesita de fuerza psíquica y que, aun si así fuera, la fuente de energía no podría ser medida con los procedimientos normales. Dichos investigadores no creen que el estado de ánimo, coligado con el ritmo alfa, sea algo que conduzca a la percepción extrasensorial, dando lugar, por vía de subproducto o de derivado, a la telepatía. Ritmo alfa es el nombre que los investigadores dan al diseño o pauta de la onda cerebral característica de la persona sentada, con los ojos cerrados y la mente relajada, pero no soñolienta. Hace ya cierto tiempo

que los investigadores saben que este órgano emite diseños de actividad eléctrica de acuerdo con lo que el sujeto esté realizando. El dormir, el soñar, la actividad y la somnolencia, todo eso tiene su característico diseño de ondas cerebrales. Se ha tomado el EEG de ciertos médiums en pleno trance, pero pocas son las noticias publicadas acerca de los resultados obtenidos o, cuando menos, no se han utilizado los suficientes sujetos, en plan de cobayos, para que con tales experimentos se haya podido obtener un mínimo de información al respecto. Parece lógico pensar que si los ciclos oníricos determinan unos diseños específicos, también un trance producirá su propio diseño, el cual podría ser identificado para ulteriores usos —quizá valiéndose para ello de sujetos sometidos actualmente al tratamiento de no identificados padecimientos mentales—. Insisto especialmente en que sólo los médiums pertenecen a esta clasificación debido a su *actividad* mental desarrollada en estado de trance; pero mis observaciones no deben ser interpretadas como relacionadas con cualquier posible asociación del médium con un estado de enfermedad mental. La mayor parte de los médiums que conozco son personas completamente sanas, de cuerpo y espíritu, listas y bien instruidas, pero que tienen, eso sí, una mentalidad resueltamente diferente de la de los demás, y que, por esta misma razón, sus diseños de ondas deben ser lógicamente diferentes.

La comunicación telepática entre gemelos ha venido desconcertando, fascinando, intrigando y a veces hasta aterrando a gentes pertenecientes a todas las generaciones. A menudo nos es dado observar el clásico ejemplo de dos mentes actuando bajo un único pensamiento; pero hasta ahora no se había empezado a estudiar dicho fenómeno con toda la seriedad debida. La unidad de los gemelos es de sobra conocida, no sólo por el hecho de que los gemelos idénticos parecen ser una misma persona, sino porque sus patrones de comportamiento son a menudo idénticos y, las más de las veces, hacen la misma cosa al mismo tiempo. Esto es un hecho; pero tal hecho no ha obtenido hasta la fecha, y pese a toda la habilidad de que la ciencia es capaz, una respuesta adecuada al porqué eso ocurre. La explicación más lógica de ello parece ser la de que esos gemelos idénticos ofrecen un ejemplo casi perfecto de comunicación telepática mantenida en un plano que ningún experimento ha logrado todavía provocar. Lo más notable de la actuación de dos gemelos

como si fueran una sola persona es que tal actuación, tal comportamiento, no ha sido previamente tramado. La naturaleza, que parece generalmente empeñada de enseñarnos una salida a los problemas que ella misma nos va planteando, ha ideado al parecer un perfecto prototipo de radiocomunicación biológica: seres humanos que andan por ahí atrafagados, que trabajan, que charlan y hablan en un mundo que ignora o que prefiere no aceptar la posibilidad de la transmisión del pensamiento.

Muchos somos los que personalmente conocemos bastantes casos de gemelos cuyo comportamiento puede calificarse de idéntico; como somos también muchos los que hemos leído fantásticas historias acerca de otros casos ocurridos en este mundo proclive a la lógica y al pensamiento científico. Y cuando leemos algo acerca de experimentos llevados a cabo a tal efecto, entonces aquellos hechos vienen a constituir, para nosotros, pruebas irrefutables de la verdad de la telepatía.

Hace tres años se llevó a cabo un experimento que llamó poderosamente la atención de los estudiosos. Dicho experimento fue dirigido por los doctores T. D. Duane y Thomas Behrendt, ambos pertenecientes al Jefferson Medical College de Filadelfia. El experimento consistió en situar a dos gemelos idénticos en habitaciones separadas y adaptar a cada uno de ellos unos electrodos al objeto de captar sus ondas cerebrales. Se mantuvo a uno de los dos con los ojos cerrados, de manera que se produjese en él el ritmo alfa característico de tal actividad cerebral. Los investigadores manifestaron, a través de la publicación periódica "Science", que en dos de cada quince parejas de gemelos investigadas aparecía el ritmo alfa en el registrador electrónico del otro gemelo, aunque éste no hubiera recibido la invitación a cerrar los ojos. Los aludidos doctores calificaron tal fenómeno de inducción extrasensorial de ondas cerebrales entre dos individuos separados el uno del otro. Al ser realizado este mismo experimento con dos personas no emparentadas, en ninguno de los casos el ritmo provocado en el primer sujeto se reflejó en el otro. A la vista de semejantes resultados, parece indicada la necesidad de realizar más investigaciones acerca de sujetos gemelos; investigaciones que no me cabe la menor duda habrían de evidenciar la existencia de una relación telepática subconsciente.

En mi familia existen bastantes casos de gemelos. Una de mis primas dio a luz cuatrillizos, consistentes en dos parejas

de gemelos idénticos. Por ello, he tenido la oportunidad de realizar algunas observaciones personales en mi propia familia. Supongo que tendría unos diez años cuando me di cuenta de que algo extraordinario estaba ocurriendo. Ello fue en ocasión de que las dos niñas gemelas tenían que venir a pasar una temporadita con nosotros, pero que en el último momento el plan de viaje preestablecido sufrió una modificación. Mi tía llegó acompañada de una de las dos niñas, diciendo que la otra llegaría tres días más tarde, en compañía de mi tío. Una tarde, mientras estábamos jugando un partido de tenis, mi primita recibió un pelotazo un poco más arriba de la sien izquierda, lo que le hizo lanzar un fuerte grito, como si se le hubiera causado un gran dolor; pero, como se trataba de una niña, no hicimos gran caso del accidente, limitándonos a coger unas hojas de lampazo del jardín y aplicárselas en la sien contusionada, en la que al poco rato apareció un chichón del tamaño de un huevo, por lo que nos vimos obligados a explicar a mi madre y a la tía lo ocurrido. En aquella misma tarde recibimos una llamada telefónica de mi tío diciéndonos que la otra niña gemela estaba en cama "por una causa inexplicable", llorando por el dolor que le producía una igualmente "inexplicable contusión, del tamaño de su manita, en su sien izquierda".

Otros percances de esa misma clase fueron ocurriendo a lo largo de la vida de mis primas gemelas. Si una de las dos se hacía daño, la otra se ponía a chillar; si una se compraba un vestido nuevo, cuando llegaba con él a casa, se encontraba con que la otra se había comprado uno igual. Al llegar a la edad de veintitantos años, una de ellas vino a verme para comunicarme, con gran secreto, que se hallaba enamorada de un famoso deportista. Poco después, me visitó la otra para hacerme la confidencia de que se había enamorado de un famosísimo deportista. Y así fueron sucediéndose cosas como ésta hasta el día en que una de ellas dio a luz dos niñas gemelas. Mas, poco después, ocurrió algo grave. La otra prima, que se hallaba también encinta, perdió a sus dos gemelos. Otro golpe cruel que el destino descargó sobre la familia fue el fallecimiento repentino de la prima Gloria. Su hermana adoptó a las dos gemelas huérfanas. Y se continuó la tradición familiar. Una de éstas vino recientemente a verme para hacerme saber que iba a comprar un perro boxer a su hermana, y poco después llegó esta última para comunicarme que

tenía el propósito de regalarle un perrito boxer a la otra gemela.

Mi otra prima —la que había dado a luz los cuatrillizos— tuvo más adelante dos gemelos, quienes constituyeron un excelente tema de estudio *in vivo* para un interesado en la telepatía. Ambos resultaron ser tremendamente traviesos. Pero pronto se vio que la niña tenía un carácter más dominador que su hermano, diferencia ésta que se fue acentuando a medida que los mellizos fueron creciendo. El chico estaba siempre metido en líos, y cuando se le preguntaba que por qué había hecho aquello respondía invariablemente: "Marian me dijo que lo hiciera." A menudo se le reñía porque como frecuentaban distinto colegio, mal podían haber hablado juntos. Con todo, él no dejó nunca de afirmar que Marian tenía la culpa.

Yo me propuse investigar el caso, y, con toda clase de miramientos, le insinué a Marian que le pidiera a su hermano que hiciera algo fuera de lo que él solía hacer en su vida normal. Lo único que yo quería era que ella "pensara" —no que la formulara verbalmente— una sugerencia dirigida a su hermano. Tal sugerencia había de ser la de que éste se fuera al corral de los conejos de Angora y que limpiara determinada jaula aun cuando ésta estuviera ya limpia. A primera hora de la mañana, yo misma me fui a limpiar aquella jaula —la número once por cierto—, y dejé a todas las demás de la misma fila obviamente sucias.

Durante toda aquella mañana estuve acompañando a mi primito, y, allá alrededor de las once, éste se dirigió hacia el corral de los conejos. Sin vacilar, se fue derecho a la jaula que yo había *limpiado* y empezó a limpiarla de nuevo. Al volver Marian, le conté a ésta lo ocurrido. La niña no mostró la más mínima sorpresa.

—Eso es muy fácil —me manifestó en un tono casi arrogantemente desdeñoso para con mi experimento—. Continuamente estoy haciendo con él cosas como ésta.

Así, pues, resultaba que lo de que "Marian me dijo que lo hiciera" era realmente un hecho y no una ficción salida de la mente del chico.

Cierto día éste se cayó de un árbol, fracturándose la pierna izquierda, y casi inmediatamente bajó Marian de su habitación llorando y quejándose de que sentía fuertes dolores en la pierna izquierda. Y lo más extraño fue que durante todo el tiempo que el chico llevó la pierna escayolada la chica anduvo cojeando.

Pero, después de aquel episodio, Marian dejó de "pensar", casi por completo, que su hermano hiciera cosas raras.

Cuando últimamente vi a Marian, ésta insistió en preguntarme cosas acerca del hipnotismo, diciéndome que ella estaba enterada de todo lo que había que hacer para hipnotizar a una persona; y me lo demostró prácticamente. Pero no tenía necesidad de demostrármelo, porque su fuerza telepática era increíblemente enorme.

El más pequeño de mis hijos —Julián— es un verdadero maestro en telepatía, tanto si se trata de transmitir como de recibir. Cuando chiquitín, era de la misma tremenda índole que Marian. Afortunadamente, ahora es plenamente consciente de la seriedad de la transmisión del pensamiento y de la necesidad de practicar la telepatía a un nivel más elevado que cuando ésta era tomada por él como uno más de sus juegos infantiles; si bien, como me señaló recientemente, "aquello fue una excelente práctica para mí".

No hace sino unas pocas semanas que un buen amigo mío, residente en Houston, me rogó encarecidamente procediéramos a la celebración de una sesión, y yo, en contra de mi aversión para tales cosas, accedí a ello. Si existe un especial motivo para la celebración de una sesión, no dejo de prestar de buena gana mi colaboración, pero nunca me ha gustado practicar tales cosas en plan de juego o de diversión de tertulia. En el caso de referencia, la sesión estaba justificada, de acuerdo con determinada información que ambos poseíamos. Fijamos, pues, la fecha. Mi hijo Julián debía tomar parte en el experimento; mostraba gran interés por la mitad de la historia que ya habíamos conseguido conocer, y sentía verdadero entusiasmo por la obtención del resto de la misma. Pero en el último momento le fue imposible reunirse con nosotros a causa de cierto encargo fotográfico que le fue urgentemente hecho. Telefoneó para comunicarnos lo ocurrido, rogándonos que aplazáramos la reunión. Yo le dije que podríamos continuarla sin su presencia, a lo que él me respondió, riéndose: "Si continuáis, os mandaré pensamientos en cantidad suficiente como para embrollarlo todo."

A la hora prefijada, nos juntamos en nuestro comedor unas siete personas, entre las que reuníamos bastante fuerza psíquica para comunicarnos con todo el mundo. Pese a lo cual, la sesión terminó en un completo fracaso. Lo único que logramos captar

en nuestra mente fue una serie de imágenes de lo que Julián estaba haciendo en aquellos momentos, y, finalmente, una llamada, dirigida a todos los reunidos, anunciándonos que nos telefonearía a las 9.40 de la noche para preguntarnos qué tal nos sentíamos. Dos o tres de las personas presentes captaron simultáneamente idénticas imágenes, y todos anotamos nuestras impresiones con el fin de poder analizarlas más tarde. A las 9.40 llegó la anunciada llamada telefónica, acompañada de la alegre voz de Julián informándonos que él se consideraba como el mejor agente embrollador, ofreciéndonos toda clase de garantías para el malogro de cualquier sesión.

Y, en efecto, sus bravatas tuvieron un éxito pleno respecto de nosotros, que hubimos de reconocer que habíamos sido testigos de excepción de un ejemplo de ondas de pensamiento utilizadas en plan de obstrucción.

Podría seguir aduciendo interminables recuerdos personales en relación con la telepatía; recuerdos no sólo referentes a mi familia, sino concerniendo igualmente a otras personas. Quizá se haga demasiado hincapié en los experimentos de laboratorio, sobre todo, habida cuenta de la existencia, en nuestro entorno, de tantísimas pruebas de transmisión del pensamiento. Paralelamente a los artículos y comunicaciones absolutamente técnicos y eruditos, es necesario el testimonio de la gente común. E igualmente necesario es que se dé la máxima publicidad a los notables experimentos científicos que estén llevando a cabo en todo el mundo sobre el particular. No basta con leer cosas acerca de la telepatía, cosas que se limiten a hablarnos de ella como si se tratara de un recién descubierto juego sobrenatural. Los científicos son demasiado reticentes con respecto a la puesta en conocimiento del público en general de aquello que se está investigando.

Soy de la opinión de que el público hay que tenerle informado. Hay muchísima gente a quien le gusta saber lo que está sucediendo en el mundo. Un clásico ejemplo de ello lo tenemos en el programa de la NASA. Nadie se tomó nunca la molestia de explicar al hombre de la calle qué es lo que se trataba de conseguir con ese programa espacial. Qué de extraño tiene, pues, que ciertos sectores de la comunidad se quejen amargamente de la falta de información sobre el porqué se gastan tantos millones en enviar hombres y equipo al espacio.

A las redacciones de los periódicos suele llegar ocasionalmente alguna noticia espectacular sobre telepatía, pero sólo muy rara vez consigue los honores de los grandes titulares. Me aventuro a predecir que en los próximos años tendremos la oportunidad de leer frecuentes noticias acerca de la telepatía, pero aun así será preciso que alguien las explique en términos inteligibles para todo el mundo.

Los experimentos sobre comunicación telepática durante el sueño pueden dar pie a interesantes temas de lectura. Dos investigadores neoyorquinos, Montague Ullman y Stanley Krippner, del Maimonides Hospital, han realizado profundas investigaciones sobre la telepatía y los sueños. Uno de sus experimentos consistió en tener a una persona contemplando la reproducción de un famoso cuadro colocado en una sala distante 130 metros de donde se hallaba otra determinada persona durmiendo. Cada vez que esta última daba señales de estar soñando se la despertaba y se la invitaba a contar lo que de su sueño recordara. Pues bien, en un considerable número de casos se vio que existía una estrecha relación entre la naturaleza del cuadro y el contenido del sueño.

Yo misma emprendí algunos experimentos sobre el sueño telepático mientras estuve residiendo en casa del profesor Eugene Lundholm, el cual siente un gran interés por toda clase de fenómenos, aparte de su gran afición a la música y a la literatura. Gene Lundholm se halla actualmente al frente de una biblioteca de investigación adscrita a la universidad de Wisconsin. Nosotros dos poseemos probablemente la mejor afinidad telepática por mí conocida desde los tiempos en que llevé a cabo, en colaboración con mi padre, numerosos experimentos de índole telepática. Una noche acordamos comprobar si nos era posible comunicarnos a través de un sueño. Yo desempeñé el papel de agente transmisor mientras Gene actuó como receptor.

Me acosté aquella noche pensando en mi viejo hogar del New Forest y soñé que se lo estaba enseñando a Gene, haciéndole notar ciertos rasgos arquitectónicos del edificio. En determinado momento del sueño opté por "cambiar de casa", y entonces se inició una secuencia onírica en la que le fui describiendo la casa en donde transcurrió mi infancia al lado de mis padres.

Cuando Gene despertó procedió inmediatamente a tomar nota del sueño que él también había tenido, indicando que durante el mismo yo le había estado enseñando una extensa casa de campo, que, vista desde cierto ángulo, ofrecía un soberbio aspecto. Describió los árboles y las personas que se hallaban en las inmediaciones de la casa, así como también la vecindad de ésta con una fábrica. No mencionó la primera casa en que yo había soñado, sino que concentró exclusivamente su atención en la casa de mi niñez. Y la descripción de los detalles de la misma fue exacta. (Aquí es conveniente decir que yo nunca le había hecho mención alguna acerca de tal casa.)

La noche siguiente decidimos realizar un difícil experimento, consistente en soñar en serie. Yo tenía que actuar de transmisora en la primera parte y Gene en la segunda, pero luego en la tercera tenía que ser otra vez yo la transmisora. De nuevo opté por transmitirle una imagen relacionada con el hogar de mi infancia y en la que aparecería mi viejo perro de aguas. Debo decir que cuando éste desaparecía de la casa era para ir a esconderse en determinado sitio del extenso jardín. Y tenía la manía de llevarse a su voluntario retiro grandes pedazos de carbón. En eso estaba yo pensando cuando de repente todo cambió, viéndome obligada a levantarme y dirigirme al jardín para recoger un gran pomelo que se había caído al suelo. Una vez hecho esto, regresé a casa, me metí en la cama y empecé de nuevo a soñar en el viejo Roger, el cual esta vez se estaba rascando junto al fuego del hogar: algo completamente natural en todo perro que vive en una casa de campo; pero lo que en ninguna manera era natural es que un conejillo que tuve, y al que llamaba Horacio Nelson, fuera un buen amigo del perro, quien le solía coger suavemente con la boca y lo metía luego de contrabando en la casa.

Cuando a la mañana siguiente me desperté, Gene había apuntado los detalles de la casa, amén de que yo tenía un gran pomelo en mi mesita de noche. Lo que más me sorprendió fue el excelente dibujo que de un gran perro de aguas con un graciosísimo gazapo entre las patas había trazado.

En el tiempo que estuve viviendo en Los Angeles, una estudiante de psicología, Thelma Moss, estaba realizando experimentos en la universidad californiana UCLA con el propósito de suministrar pruebas de que algo así como el fenómeno de la tele-

patía puede darse entre dos personas que se hallan en circunstancais extraordinariamente difíciles.

Al objeto de crear dicha situación, la señora Moss situó a un sujeto transmisor en una habitación separada de la ocupada por un individuo receptor, de manera que éstos no pudieran verse ni oírse. La persona transmisora fue entonces sometida a una violenta serie de estímulos calculados para provocar todo un surtido de fuertes emociones. Tales estados emocionales fueron suscitados mediante la presentación al transmisor de fotografías de las islas de Hawai al tiempo que se estaba escuchando una música de ensueño, o bien haciéndole meter los pies en agua helada por espacio de medio minuto. Uno de los episodios más dramáticos consistió en la proyección de un film de los últimos momentos que precedieron al asesinato del presidente Kennedy. A renglón seguido, después de cada uno de tales episodios, se pedía al transmisor que expresara sus reacciones emocionales ante lo visto u oído. Y al receptor se le requería igualmente para que contara lo que al mismo tiempo había cruzado por su mente. Hasta treinta equipos experimentales como el descrito pasaron por el laboratorio de pruebas. Además, se hizo actuar a diez sujetos en plan de control. Cada uno de esos controles fue invitado a permanecer relajado en una habitación en la que reinaba un silencio absoluto y a comunicar las impresiones que el transmisor iba experimentando "en la habitación de al lado". En realidad, la habitación de al lado estaba vacía. Pero, como es natural, dicha circunstancia no le fue revelada a ninguna de las personas afectas al grupo de control ni tampoco a los asistentes al experimento hasta que éste hubo terminado. Y resultó que el 56 por 100 de los auténticos receptores habían experimentado sensaciones de frío y de cierta incomodidad, pero ni uno solo de los sujetos del grupo de control experimentaron la más mínima impresión. Ciertas descripciones de aguas y de olas de mar fueron dadas por el 83 por 100 de los auténticos receptores, aun cuando éstos no nombraron a Hawai; se limitaron solamente a hablar de impresiones de agua. Sólo un 33 por 100 de los controles recibieron alguna que otra impresión, la cual varió desde una sensación de algo mojado a una o dos verdaderas impresiones de olas. Lo más notable de todo —según la señora Moss— fue que cinco de los receptores se refirieron expresamente al presidente Kennedy, pero ninguno de los del grupo de control re-

cibió impresión alguna acerca de este nombre ni de ningún dramático acontecimiento.

Hasta la fecha no puede decirse que se haya obtenido un solo experimento de carácter decisivo; éstos sólo pueden ser considerados como un escalón más en el camino del completo estudio de la mente. Yo diría que hoy aún nos hallamos en la fase del *Kindergarten* de la transmisión del pensamiento. Toda persona que lleve a cabo algún experimento, bien por iniciativa propia, o bien oficialmente, es desde luego digna de la mayor consideración. Y la mejor forma de recibir respuestas a las cuestiones formuladas sería el poder disponer de determinadas áreas centrales de recepción en donde fuera factible la valoración de los experimentos. La ciencia parece estar hoy empeñada en tratar de hallar explicaciones de las actividades de la mente, siendo imposible el excluir la telepatía de tal estudio completo sobre la materia. Todos los exploradores mentales, en sus intentos de conocer los mecanismos de la memoria, la fisiología de los sueños y el significado de las múltiples formas de la patología mental, se hallan cada vez más encarados con extrañas situaciones desafiantes de la lógica y que atraen a los científicos hacia el reino de la telepatía y, algunas veces, a la asociación de ésta con la percepción extrasensorial. Así como a veces el oasis del desierto resulta ser un simple espejismo, así también la telepatía va a tener una explicación física convencional, aunque siempre existe el temor de que la cualidad psíquica se halle también presente y que trastorne ancestrales religiones y viejas filosofías. Son muchas las cosas que vienen a demostrar la existencia real de la telepatía; todo alrededor nuestro está lleno de pruebas. Lo mejor que podríamos hacer sería decidirnos de una vez a seguir la pauta establecida por los científicos rusos y tratar de comprender todo lo que con la telepatía puede hacerse, cómo puede ser utilizada y qué es en realidad.

El doctor Joseph B. Rhine y algunos otros están siendo cada vez más instados a que publiquen sus descubrimientos en el campo de la parapsicología y de los experimentos telepáticos, lo que constituye un claro índice del creciente interés de los científicos por la telepatía. Mientras unos científicos trabajan imbuidos de la idea de que como la telepatía "no tiene derecho a existir, luego no existe", otros hombres de ciencia piensan que sí "puede existir", y aun hay otros pocos que están dispuestos a

explorar todas cuantas áreas puedan conducir a la mayor comprensión de la humanidad que les rodea. Es posible que el hombre pronto vea su cuerpo cogido en una trampa y fuertemente sujetado a ras de tierra; pero si su mente y su espíritu permanecen siendo libres, es decir, en libertad de comunicarse con los de los demás, entonces le quedará al hombre la esperanza en la vida eterna y en las fuerzas regeneradoras conducentes a la libertad espiritual.

9. Experimentos radiobiológicos

Mucho es lo que se ha escrito sobre la mente, principalmente desde el punto de vista de que ésta constituye la puerta de entrada en el pasado; y las aberturas que conducen hacia éste son las vías de escape llamadas memoria o nostalgia. Parece ser que el recordar constituye para nosotros un motivo de envanecimiento, particularmente si se trata de cosas nimias. A veces ocurre que el catalizador para el funcionamiento de la memoria no es precisamente consciente. Una flor azul puede constituir la clave de todo un idilio en el que alguien ofreció a una persona querida una flor azul. Y, arrancando de la flor, toda una secuencia de acontecimientos es evocada, de forma que, al final, el sujeto ha vivido una muestra de una forma específica de comportamiento. La explicación más sencilla de ello es que el sujeto en cuestión recogió nuevamente las vibraciones telepáticas lanzadas, en su día, al aire, quedando sintonizado con ellas de idéntica manera a como lo hubiera hecho con una estación emisora de radio. Algunas personas poseen la facultad de tamizar

deliberadamente ese tipo de recordación; facultad que les permite invalidar o desechar aquello que les resulta desagradable. Otras, en cambio, sólo logran concentrarse para rememorar dificultades y aprietos, así como también para evocar sentimientos de índole masoquista. Lo esencial es que los acontecimientos tuvieron lugar en el pasado, al cual pertenecen ya, siendo por tanto irrecuperables por cualquier procedimiento lógico. Y sabido es que la mente no es, en manera alguna, lógica. Una de las peculiaridades de la mente es la de desafiar a toda lógica, haciendo sólo lo que se le antoja, siguiendo a veces ciertas líneas de orientación, y utilizando, otras, la ilógica clave de una flor azul y conectando con determinada longitud de onda.

Lo que puede hacerse en relación con el pasado puede también hacerse con vistas al futuro. La única diferencia entre lo uno y lo otro radica en que, con respecto a los acontecimientos telepáticos futuros, el sujeto, al igual que las personas que desean analizar el experimento, tiene que vivir el tiempo suficiente para que el evento futuro pueda tener lugar. Entre otras cosas, la médium que se halla en trance constituye un gran exponente de la telepatía, y, como sea que ella se pone generalmente en comunicación con el futuro, puede llegar a adquirir fama de profetisa. Juana de Arco oía voces, y, mediante sus comunicaciones telepáticas, le fue posible discernir el camino de los destinos de Francia y de su amado Delfín. La llamada Doncella de Orleans constituyó la estación receptora terminal de una comunicación telepática; y los más recientes experimentos prueban que resulta mucho más fácil la tarea del transmisor que la del receptor. En mi opinión, los pensamientos son indestructibles. Lo que ocurre es que algunos de ellos se quedan engastados cual abejas en el ámbar, quedándose en esta situación hasta que otros pensamientos más conscientes vienen a dar con ellos y rompen su encajonamiento. Juana de Arco rompió, guiada por sus voces, la barrera del pensamiento, siguió escuchándolas y obedeciendo sus instrucciones; y convirtióse, por ende, en una de las figuras más señeras de la historia.

Las formas del pensamiento pueden ser captadas más fácilmente que los mensajes telepáticos transmitidos por medio de voces. La puerta de la mente de acceso a millones de perspectivas. No es necesario soñar para verse metido de pronto en una calle de Roma, como no resulta difícil tampoco, desde este

punto de arranque, ver las fantasmales escenas de los leones rugiendo en la arena del Coliseo en donde eran sacrificados los cristianos. Y no puede decirse que la persona que experimenta esa visión la recuerde por haberla vivido alguna vez, a menos que se crea en la reencarnación. Posiblemente la persona en cuestión haya leído algo sobre los espectáculos celebrados en el Coliseo romano. Pero supongamos que no sea así y que, sin embargo, esa persona asista, *in mente,* al desarrollo de uno de aquellos espectáculos. Puede que quien experimente tal visión no se pregunte el porqué de ello; pero si se plantea tal cuestión, la respuesta a la misma debe seguramente hallarse en el reino de la transmisión del pensamiento, de donde fueron captadas las imágenes que en su día quedaron impresas en el éter. Todos cuantos ayeres en el mundo han sido se hallan en el túnel de la mente, cuyo mecanismo —el cerebro— se halla en nuestro interior, permitiéndonos explorar el pasado así como también el futuro. Ahora bien, la forma de conseguir controlar dicho mecanismo es el secreto cuyo desvelamiento andamos buscando todos.

Aquellas personas que aceptan la conciencia psíquica consideran bastante probable la exploración de los túneles de la mente mediante una todavía desconocida máquina exploradora del tiempo. En los países primitivos, en donde la ciencia no ha contribuido a aumentar la confusión, se pueden obtener bastantes éxitos, debido, precisamente, a esa mayor aceptación. Todo parece repetirse en la naturaleza; y eso mismo es lo que se debería hacer si la investigación sobre la transmisión del pensamiento descansara sobre una base ideal. La mente de la gente hace continuas aportaciones al almacén universal del saber, de manera que las sucesivas generaciones pueden ir sirviéndose de tal acervo de conocimientos, devolviendo después lo utilizado, mejorado e incrementado.

Creo que muchos de los llamados niños prodigio son en realidad individuos capaces de sintonizar telepáticamente con el almacén general. En el caso de niños como Mozart, quien tocaba el piano a la temprana edad de cuatro años, es dudoso que hubiera habido, por parte suya, algún deseo consciente de realizar tal sintonía. Aquel niño nació con las bandas de ondas ya en su justa posición. Yo puedo decir que he pasado por la experiencia de obtener información telepática que me ha sido

de gran utilidad para mi trabajo; información que recibí, lo mismo de manera consciente como inconscientemente, en el momento en que tuve necesidad de ella, pero sin poner a contribución mi deseo de obtenerla. La manera de servirse o de utilizar la voluntad del hombre va a constituir la parte más difícil de investigar en los futuros lances telepáticos.

Douglas Dean, de cincuenta y tres años de edad, y el profesor John Mihalasky, de treinta, electroquímicos adscritos al "Newark College of Engineering", están actualmente realizando experimentos para poder demostrar que los elementos provocadores de la telepatía van cambiando en el cuerpo humano. Los dos aludidos científicos —que iniciaron sus trabajos en el año 1962— se sirven de un aparato llamado *plethismógrafo,* tan sensible que es capaz de medir la circulación de la sangre a través del cuerpo. El aparato de referencia fue construido por dichos colaboradores según los diseños del fisiólogo checo, doctor Stephen Figar.

El profesor Mihalasky —profesor adjunto de ingeniería industrial— cree que está realizando la primera prueba de la medición electrónica demostrativa de que los pensamientos pueden ser telepáticamente captados por ciertas personas debidamente sintonizadas.

Miles de experimentos telepáticos, tales como los efectuados en la Duke University bajo los auspicios del doctor Joseph Rhine, han sido realizados; en estos experimentos el sujeto se valía de naipes y otros objetos a manera de elemento de prueba para transmitir y recibir. El profesor Mihalasky no cree —bastante justificadamente por cierto— que el empleo de naipes pueda suministrar pruebas lo suficientemente convincentes, porque ciertos sujetos son capaces de atinar muy bien mientras que otros no pueden hacerlo así debido a estar por debajo de lo normal en el manejo de los naipes, si bien experimentando, en cambio, comunicaciones telepáticas en la vida ordinaria. Así que los dos científicos optaron por ensayar la reacción inconsciente, empezando en 1970 a sentirse animados por los resultados obtenidos. Sucintamente reseñados, dichos experimentos fueron realizados de la siguiente manera. Se hizo permanecer sentadas en habitaciones distintas a dos personas. Una de ellas debía transmitir pensamientos que la otra tenía que recibir. Y se descubrió que al ser "radiado" un nombre con el que están

familiarizados algunos sujetos, dicho nombre provoca en éstos una subida de sangre a la cabeza, así como una anormal actividad mental. Pero si se trata de algún nombre con el que los sujetos no están familiarizados, no se produce alteración alguna en la persona receptora. En determinados experimentos, los sujetos que en ellos intervinieron no sabían siquiera que estaban siendo utilizados como receptores de mensajes; con todo, tales mensajes fueron captados, y los pensamientos provocaron la inmediata e inconsciente respuesta en su organismo. Entre esos sujetos utilizados como cobayos se hallaban varios centenares de personas, algunas de las cuales eran estudiantes, amas de casa y hombres de negocios. Pero los mejores resultados obtenidos fueron siempre aquellos en que los propios investigadores intervinieron en calidad de sujetos. Lo que, al parecer, viene a corroborar mi idea de que la existencia de una estrecha relación entre las personas que intervienen en una experimentación favorece grandemente el éxito del experimento.

Cuando los experimentadores de referencia intervienen personalmente en calidad de cobayos, el profesor Mihalasky facilita a Douglas Dean los nombres de cinco personas muy conocidas por este último o acerca de las que siente especial afecto. Dean escoge luego cinco nombres al azar de la lista de teléfonos y apunta los diez nombres en diez diferentes tarjetas. Después añade cinco tarjetas más, pero estas últimas están en blanco. En total, tiene ahora, pues, quince tarjetas. Tras lo cual, el profesor Mihalasky se conecta el plethismógrafo; lo que hace introduciendo un dedo en una especie de enchufe. De esta manera, el movimiento de la circulación de la sangre es electrónicamente medido. Cuando la persona objeto del experimento se asusta, o experimenta alguna reacción mental específica, la sangre afluye desde las extremidades al cerebro, movimiento que es debidamente registrado por la máquina.

Al quedar Mihalasky conectado al plethismógrafo, Dean se encamina a otra habitación y empieza a "radiar" —a intervalos de veinte segundos— pensamientos, al tiempo que va contemplando las tarjetas. Mihalasky no sabe cuándo esa transmisión de pensamiento empieza a funcionar, pero dice que los resultados obtenidos por el procedimiento reseñado son asombrosos. Cuando Dean transmite un pensamiento concerniente a un nombre con el que está familiarizado, la máquina señala que Miha-

lasky experimenta una reacción inconsciente. Hasta la fecha, esos dos investigadores han cosechado un 80 por 100 de éxitos; y las probabilidades de que tales resultados sean debidos a la casualidad son astronómicamente remotas.

Operando con extraños, se consigue un patrón de éxitos bastante menos considerable. Probablemente ello se deba a que la mayoría de las personas no pueden relajarse al hallarse sometidas a las condiciones de la prueba. Es obvio que la sobreexcitación de la mente sume al sujeto en un estado poco propicio a la comunicación telepática. Yo diría que con eso pasa lo mismo que si se tratara de enseñar a la gente a meditar. Es sencillamente imposible que una mujer llena de preocupaciones acerca de sus hijos y de su marido pueda concentrarse. Los asuntos mundanos, así como los temores experimentados, constituyen el mayor obstáculo para el éxito de los *tests* oficiales. Y hago hincapié en ello toda vez que, como se sabe, la telepatía funciona en la vida ordinaria aun cuando el sujeto haya estado bajo el peso de alguna tensión. El fallo en cuestión debe de estribar en el hecho de que los tests son, como podríamos decir, demasiado clínicos. Estoy convencida de que los trabajos llevados a cabo en la Duke University hubieran resultado más fructíferos de haberse realizado en unas condiciones más naturales. De haberse estudiado la telepatía en relación con las formas en que ésta se manifiesta en la vida ordinaria, habría resultado, creo yo, más fácil la obtención de las respuestas buscadas. Pero eso no quiere decir que los tests de laboratorio no tengan valor alguno. Tienen, qué duda cabe, su valor; pero lo que ocurre es que probablemente no brinden la respuesta total en relación con los trabajos llevados a cabo sobre la transmisión del pensamiento.

El profesor Mihalasky nos dice que a consecuencia del asesinato del presidente Kennedy se vio precisado a suspender, por espacio de varias semanas, sus experimentos. Todos se sentían tan afectados por la tragedia, que su máquina registraba más que ningunas otras las emociones provocadas por aquel trágico suceso. Al igual que les sucede a todos los que se dedican al trabajo de investigación telepática, los dos científicos repetidamente aludidos se lamentan de que éste no pueda ser realizado sino en privado.

En el mes de julio de 1969, el señor Dean manifestó: "Si

lográramos que otros científicos emprendieran un trabajo análogo al nuestro, así como que se nos asignara alguna ayuda financiera, nos sentiríamos muy satisfechos." Si fuéramos capaces de controlar las emisiones de pensamientos, nuestras perspectivas serían sencillamente fantásticas. Cuando menos, los experimentos llevados a cabo hasta ahora ya nos han demostrado que la distancia no afecta para nada a ciertos sujetos así como a determinados receptores. Hasta que dispongamos de los servicios adecuados al estudio del tema —de cabo a rabo—, no cabe esperar que nos situemos a la altura de aquellos países en donde ha sido ya comprendida y aceptada la potencialidad de la telepatía como forma apta y cómoda de comunicación a escala nacional.

En 1965, y bajo la dirección de I. M. Kogan, la URSS fundó una "Sección de Bioinformación adscrita a la Sociedad Científico-técnica de Radiotecnia y Electrocomunicación". Después de la inauguración de dicha sección, se han venido creando varias sucursales de la misma en muchas ciudades de la URSS, entre las que se cuentan Leningrado, Novosibirsk, Odesa, Zaporozhye y Taganrog. Cierto miembro de la embajada de la URSS me dio a entender, en Nueva York, que en su país ya nadie pierde el tiempo en demostrar la existencia de la telepatía; cada día se emprenden allí nuevas investigaciones, partiendo todas ellas de la premisa de la existencia, real y verdadera, de tal fenómeno.

La Academia de Ciencias de Ucrania publica frecuentemente libros y artículos acerca de la percepción extrasensorial y de la telepatía. Oleg Gusev, reportero de la "Rabochaya Gazeta", interrogó recientemente a Alex Gubko, miembro del Instituto Ucraniano de Psicología, y parapsicólogo de fama mundial, sobre ciertas cuestiones de la telepatía. El señor Gubko declaró a Gusev que, por espacio de siglos, los científicos han venido considerando a la telepatía como el fenómeno de la influencia psicofísica, a distancia, de algunos organismos vivos sobre otros; influencia que en la URSS es conocida bajo la denominación de "comunicación radiobiológica". Entre los partidarios del ESP y de la telepatía se cuentan muchos científicos rusos —Alejandro Butlerov, Vladimir Bajterev, Constantin Tsiolkovsky, A. N. Leontiev y Ilia Metchnikov, entre otros—. Todos ellos consideran a la comunicación radiobioló-

gica como una fascinante rama de la ciencia que ha venido desarrollándose a partir de los primeros experimentos realizados durante el transcurso del pasado siglo XIX hasta llegar a las complicadas investigaciones llevadas actualmente a cabo en institutos especializados en esta clase de trabajos. Conviene tener muy en cuenta que esta complicada investigación se está llevando a cabo en la URSS y no en los Estados Unidos. Quizás en ello se encierre algún mensaje para nosotros los americanos; por lo que espero que alguna que otra universidad llegue con el tiempo a comprender la necesidad de contar con nuestras propias comunicaciones radiobiológicas.

Gusev le preguntó también a Gubko si había que considerar como accidentales los frecuentes ejemplos de la rara coincidencia de la interpretación del pensamiento a distancia. Y este último respondió: "Esto es improbable dada la gran frecuencia y la asombrosa precisión de tales coincidencias." La "Rabochaya Gazeta", en su número de julio de 1968, publicó una información acerca del actor ruso Mijail Kuni. Éste, en su juventud, estuvo viviendo en Moscú, mientras que su madre residía en Vitebsk, Bielorrusia. Cierta noche Kuni soñó que una rata había mordido a su madre en un pie y que, a consecuencia de la mordedura, se había presentado la gangrena. El joven se despertó, presa de gran agitación, pero sus amigos le tranquilizaron diciéndole que "sólo se trataba de un sueño". Kuni recibió el mismo día un telegrama en el que se le comunicaba que su madre se había puesto enferma. Por lo que el joven salió inmediatamente para Vitebsk, en donde halló a su madre afectada de gangrena en un pie a consecuencia del mordisco de una rata.

Oleg Gusev, al igual que ciertos reporteros norteamericanos, posee una especial aptitud para reseñar los fenómenos psíquicos, y, aparte de su cometido como escritor, manifiesta un especial interés en esa materia. Tras la entrevista hecha a Gubko, en 1968, se decidió a realizar, personalmente, experimentos sobre la telepatía. A tal objeto, fue a visitar a Vladimir Durov, notable amaestrador de animales que propugna la telepatía como parte del proceso del amaestramiento de los animales de su circo. Gusev le pidió a éste que le provocara el deseo de realizar algún movimiento, a lo que Durov respondió: "Eso es fácil. No tiene más que permanecer tranquilamente sentado." Y, co-

giendo un lápiz, escribió rápidamente unas palabras en una hoja de papel, que luego colocó, boca abajo, encima de la mesa, cubriéndola con la palma de la mano. Gusev, que había permanecido observando lo que Durov estaba haciendo, sintió entonces un irresistible deseo de rascarse la oreja, cosa que inmediatamente efectuó. Una vez que hubo bajado el brazo, este último le tendió el papel, en el que estaban escritas estas palabras: "Rásquese la oreja derecha." Como es de suponer, semejante demostración despertó la curiosidad de Gusev, quien pidió a Durov le diera una explicación de semejante fenómeno.

—Es una cosa muy fácil —contestó Durov—. Empecé imaginándome que la piel de la parte posterior de mi oreja derecha me estaba picando y que tenía que llevarme la mano a ese sitio para rascarme. Me concentré en esta forma de pensamiento, que usted inmediatamente captó y la puso en acción. Tenga en cuenta que yo solamente he estado pensando en la necesidad de rascarme una oreja, sin llegar a hacerlo; el que ejecutó la acción fue usted.

La trascendencia de dicho fenómeno puede ser enorme. Durov es evidentemente un hábil agente para la transmisión del pensamiento; habilidad seguramente adquirida a través de su trabajo en relación con unos animales a los que transmite formas de pensamiento que éstos trasforman después en acciones. Nada tiene, pues, de extraño que se sintiera en extremo satisfecho al contemplar al sorprendido y en cierto modo perplejo periodista.

Lo más destacable del hecho de referencia es que Gusev realizó el movimiento que había sido concebido en el cerebro de Durov y que hizo esto como si hubiera seguido su propia asociación de ideas y movimientos; exactamente como si hubiera obrado obedeciendo una orden emanada de su propio cerebro. En una palabra, sintió el efecto de la irritación de la piel de la parte posterior de la oreja y seguidamente la mano realizó el movimiento de rascarse precisamente allí mismo. Había, pues, obedecido explícitamente todas las órdenes mentales de Durov.

Por supuesto, tales experimentos como los de rascarse una oreja resultan inocuos con tal de que quienes sean objeto de ellos no sean grandes masas humanas. ¿Quién no ha leído historias acerca de nutridos grupos de personas reducidas a una existencia similar a la de los *zombis;* es decir, de grupos de

personas que llevan a cabo tareas que les han sido ordenadas por la transmisión del pensamiento efectuada por la que los escritores de ciencia ficción llaman "mente de amo"?

El control de la mente es completamente factible, y sería de necios el creer que los habitantes de un país determinado no puedan ser algún día controlados por una verdadera "mente de amo". Todos nosotros estamos siendo condicionados para ello mediante el cotidiano lavado de cerebro llevado a cabo por ciertas formas de educación y por las compactas fuerzas de la publicidad. De año en año, este condicionamiento empieza a una más temprana edad. Aun desde antes de saber hablar y andar, el niño norteamericano se ve ya compelido a seguir las instrucciones que le son voceadas a todas horas del día desde la radio y la televisión. Y recibe el impacto de ese lavado de cerebro a todo lo largo de su período de crecimiento, con lo que va aficionándose a leer los periódicos y los libros cuya lectura se le ha estado sugiriendo; y, en términos generales, está aprendiendo a seguir con borreguil frialdad las instrucciones de: "Tuerza a la izquierda", "Mire hacia la derecha", "No pisar la hierba", "No tocar", etc., etc. Tanto si creemos en la telepatía como si no, ha llegado la hora de encarar la realidad futura de una nación de robots humanos. A menos —por supuesto— que vayamos dándonos cuenta de que los pensamientos son algo tan importante que no debe ser desperdiciado y que la mente debe estar de tal manera condicionada que el ser humano sea capaz de controlarla. Aprendemos el condicionamiento del cuerpo, el control de los músculos, pero nada hacemos con relación a la mente; y luego nos envanecemos de que somos los verdaderos dueños de nuestra alma.

En el Museo Politécnico de Moscú está instalada la "*Znaniye*", o sea "La Sociedad del Saber". Según cuenta Boris Yakovliev en su libro *Vechevnyaya Moskva,* el biólogo Yuri Kamensky experimentó, ante un nutrido público, una sesión de transmisión del pensamiento entre Moscú y Novosibirsk, Siberia. El propio Kamensky actuó de inductor, es decir, de médium transmisor. La transmisión tuvo lugar en Moscú, y el objetivo perseguido era el de enviar mensajes, en forma de pensamientos, a miles de kilómetros de distancia: a Novosibirsk. Los mensajes de Kamensky fueron debidamente recibidos por Karl Nikolayev, en la sede de la Academia de Ciencias de

esta última ciudad. Nikolayev tiene fama de ser un excelente receptor de señales biológicas. Su comportamiento durante todo el tiempo que duró la sesión de referencia fue observado por un grupo de científicos de aquella sucursal de la Academia de Ciencias de la URSS.

Karl Nikolayev empezó a sentirse receptivo a la medianoche en punto, hora local. Su misión era describir los objetos que mentalmente le iba mostrando Yuri Kamensky desde Moscú, es decir, desde más de tres mil kilómetros de distancia. A las ocho de la tarde, allá en Moscú, unos miembros de una comisión nombrada al efecto le presentaron a Kamensky el primer objeto: un muelle de acero. Quince minutos después le fue presentada una cafetera. Sucesivamente le fue exhibido un total de seis objetos diferentes escogidos al azar —es decir, sin saberlo Kamensky— por los miembros de la comisión nombrada al efecto. Y allá en Novosibirsk, Nikolayev empezó a describir los objetos en cuestión. Una cosa interesante es que se tomó nota del momento exacto en que cada uno de los objetos era mostrado al agente transmisor. El retraso registrado entre el envío y el recibo de los mensajes fue insignificante.

La mayoría de los científicos soviéticos opinan que toda persona es capaz de transmitir y de recibir mensajes, pero que, como todas las demás cosas, ello es susceptible de ser mejorado con la práctica. La telepatía tiene, pues, que perfeccionarse con la preparación, cosa que seguramente se está haciendo en la Unión Soviética. Nadie espera que todas las personas que se sometan a tal preparación consigan iguales resultados al mismo tiempo en igual período de estudio; pero lo importante es que los científicos soviéticos saben y aceptan que tal preparación puede realizarse; y en esta premisa basan sus actividades.

10. Fotografía del pensamiento

En el año 1955 se verificó una extraña asociación entre un ascensorista del hotel Hilton, de Chicago, llamado Ted Serios, y el fantasma del pirata Jean Lafitte, quien en vida fue el terror del mar Caribe y del golfo de México.

En casi todos los casos en que una persona establece una asociación o entabla una amistad con otra suele intervenir una tercera persona, que es la que formalmente presenta a los futuros socios o amigos. Un empleado de Serios, llamado George Johannes, se aficionó al hipnotismo, y descubrió que Ted era un excelente sujeto. Johannes estaba imbuido de la idea de que el pirata Jean Lafitte podía ser conjurado a aparecer ante ellos en su forma fantasmal y que por intermedio de Serios había de guiarles al lugar en donde había escondido sus tesoros. (Existen abundantes leyendas sobre los lugares en donde permanecen escondidos los tesoros de Lafitte.)

Pero, desgraciadamente para los protagonistas de esta historia, el fantasma de Lafitte no se mostró dispuesto a compar-

tir con los dos socios de marras el oro y las joyas que en vida poseyera, por lo que éstos se vieron obligados a abandonar sus experimentos, aunque sólo fuera por el tiempo que tardaran en hallar algún otro medio de hacerse con el botín soñado. El medio del que más tarde se valieron forma ahora parte de los asombrosos hechos documentales de la historia oculta. Johannes sugirió a Sirios la idea de intentar fotografiar todas las visiones que tuviera acerca del lugar en donde se hallara escondido algún tesoro. Fotografía esta que tenía que ser tomada con una cámara "Polaroid" sujeta a la frente del sujeto. Fiel a la admitida tradición de la búsqueda de tesoros, Johannes no abandonó la idea de hacerse con el codiciado botín. Ted Serios no compartía, en cambio, la obsesión de su amigo. Ya desde el principio había tomado la cosa a broma, y sólo pretendía seguirle el humor. Pero, con gran sorpresa, y aun alarma, se encontró con que en las fotos aparecían remotos edificios así como otros lugares desconocidos para él. Con el tiempo descubrió que no tenía necesidad de ser hipnotizado para tomar esas extrañas fotos —consistentes en iglesias de Roma, coches, escenas callejeras y cosas raras tales como un vehículo espacial ruso, tipo Vostok, flotando en un espacio totalmente negro.

En 1963, el doctor Jule Eisenbud, psicoanalista y profesor clínico de psiquiatría de la Medical School de la universidad de Colorado, recibió un artículo en el que se reseñaban los experimentos de Serios; artículo basado en una comunicación presentada a la Sociedad de Illinois para la Investigación Psíquica por una religiosa de la orden paulina. Serios se había prestado a toda una serie de tests llevados a cabo por la aludida sociedad y, bajo una estricta observación, había conseguido impresionar imágenes en la película con una simple mirada al objetivo de la cámara. El vicepresidente de la Polaroid Company declaró, por escrito, que, en las condiciones reinantes en los aludidos tests, no veía posibilidad alguna de fraude. De mala gana, y tras una larga y escéptica correspondencia, Eisenbud se avino a tener una entrevista con Serios. Pues bien, a resultas de tal entrevista, se fue desarrollando una inverosímil colaboración para la redacción de un libro que ha llegado a ser considerado como una de las obras clásicas de la literatura acerca de la investigación psicológica así como un valioso auxiliar para los estudiosos de la telepatía.

El primer encuentro entre el sabio doctor y el sujeto en cuestión debió de ser bastante incongruente. Porque Serios es un hombre de temperamento bastante agresivo, con una extraordinaria capacidad para la bebida alcohólica y con una fuerte inclinación por el llamado sexo débil. Su historial es de lo más anodino que darse puede. Con muy pocas ambiciones y nada inclinado al trabajo, los únicos conocimientos que a la sazón poseía —si es que tenía alguno— versaban todos ellos sobre los fenómenos psíquicos. La única nota destacable de la primera sesión celebrada en el Palmer House Hotel de Chicago fue que Ted trasegó una enorme cantidad de whisky, se desnudó de todas sus ropas en plena entrevista y se fue corriendo después para la ducha. Pese a la ausencia de una normal comprensión, entre Ted y el doctor Eisenbud se estableció cierta comunicación telepática, toda vez al final de la entrevista, éste persuadió a aquél de que se prestara a ser su cobayo. Y, a pesar de las numerosas ocasiones en que el doctor tuvo que hacer las veces más de enfermero que de investigador, el resultado final de tal asociación fue un libro basado en el peregrino mundo de la "fotografía del pensamiento".

Al parecer, las relaciones entre Eisenbud y Ted fueron buenas por espacio de mucho tiempo, debido a que el doctor hizo alarde de una gran paciencia, así como de una gran tolerancia, con respecto a Ted; lo que sin duda contribuyó al creciente mejoramiento de las sesiones de fotografía del pensamiento. Al principio, las imágenes obtenidas fueron bastante borrosas, pero poco a poco fueron haciéndose más y más claras. Además Eisenbud interrogó a muchas personas residentes en Chicago con el fin de enterarse de si alguien, además de él, había estudiado antes a Serios. Un profesor de psicología de una gran universidad cercana manifestó haber realizado ciertas pruebas con Serios, pero que tales pruebas le habían defraudado. Añadió que en cierta ocasión le pidió a Ted que le sacara la fotografía de determinado hospital de Miami y que éste le había presentado la de otro edificio. En su día, Eisenbud consiguió que Serios se personara en Denver. Serios, fiel a su costumbre, se presentó completamente borracho y, además, de un talante de mil demonios. Tras sufrir un reconocimiento médico, por el que se demostró que Ted se hallaba en buen estado de salud, éste se empeñó en irse por ahí de juerga.

Al objeto de que presenciaran aquel primer experimento, Eisenbud invitó a algunos de sus colegas, entre los que se encontraban un físico, un ingeniero electrónico y un biólogo.

Tampoco los primeros experimentos dieron un gran resultado. Además, el doctor Eisenbud hubo de hacer ahora frente a una barrera de hostilidades académicas. Para colmo, hubo de realizar sus trabajos con un sujeto no sólo reacio a cooperar, sino grandemente excitable y buscador de camorras en los bares más céntricos. En una de las sesiones experimentales, Ted intentó "rodar" estando conectado a un electroencefalógrafo con los cables pegados a su cuero cabelludo. Uno de los doctores que presenciaban el test hizo desdeñosos comentarios acerca del sujeto, lo que tuvo por efecto que éste se pusiera en extremo furioso, arrancándose los cables, junto con mechones de pelo, y saliendo bufando de la habitación. Más tarde se le encontró dormido en el sótano... dentro de un cubo de basuras. Ulteriores sesiones de encefalograma vinieron a demostrar que en los gráficos de Ted no se observaba ninguna apreciable diferencia entre cuando conseguía obtener fotografías y cuando no lo lograba. Ni la más mínima vibración aparecía registrada en los contadores de radiación ni en los detectores de calor, rayos X, luz ultravioleta, y ni siquiera en los contadores de la luz.

De vez en cuando, Ted solía producir notables fotos de edificios, así como de diversos tipos de vehículos, y también imágenes en el interior de una caja de Faraday, que filtra todos los campos magnéticos y todas las radiaciones electromagnéticas; e incluso era capaz de obtenerlas a través de un cristal recubierto con una capa de plomo de casi dos centímetros de espesor, instalada en una sala de rayos X. Igualmente consiguió grabar una imagen estando la cámara sostenida por otra persona y limitándose él a "pensar" en fijar aquella imagen en la película. Ted sacó también fotos en *video tape* en los estudios de televisión de la KOA, de Denver, en donde apareció, sobrepuesta a otra foto, la imagen de su propio globo del ojo.

Eisenbud escribió un libro controvertible sobre un tema igualmente discutible. Por supuesto, siempre hay personas inclinadas, por temperamento, a no creer en nada; pero a esas personas nadie les pide creer en Ted Serios ni en el doctor Eisenbud. Éste dirige, en su libro, muy inteligentemente, una invitación al lector escéptico para que, si así lo desea, deseche toda posibilidad

de fotografiar el pensamiento. Pero acto seguido desarma a ese mismo lector presentándole toda una serie de fotos tomadas por Ted Serios sin usar ni una sola vez el disparador de la cámara fotográfica, y exhibiéndole pruebas documentales de las condiciones en que tales fotos fueron obtenidas, con nombres, fechas y lugares.

Naturalmente, siempre hay la posibilidad de fraude. Pero hay que tener en cuenta que Eisenbud no tenía nada que ganar con la publicación de su libro. Además, siempre tuvo mucho éxito en el ejercicio de su profesión médica; conque hubiera sido necesario ser un masoquista para meterse en tantos afanes como él se metió, y exponerse, por otra parte, a los insultos y a los rugientes malhumores del alcohólico Serios, persona sin ética ni modales. Por lo que a este último se refiere, cabe preguntarse qué interés podría tener en ser sometido a unos experimentos completamente en desacuerdo con su capacidad de comprenderlos.

Si fuera posible realizar un experimento masivo con agentes del tipo psíquico de Ted, todos los cuales intentaran obtener fotografías de temas impuestos a sus respectivas mentes por otros agentes o bien captándolos del éter, podría conseguirse una mejor valoración de la validez de este tipo de fotografía. Dicha actividad me interesa grandemente por la relación que guarda con los "juegos" a que yo solía jugar en mi niñez, cuando aún no sabía lo que era la telepatía y me limitaba a sacar una hoja de helecho en un pedazo de cristal, bajo los efectos del pensamiento de mi padre acerca de un helecho. Ciertamente, el tema de la fotografía del pensamiento es digno de que se le dedique más de un libro.

Si el doctor Eisenbud hubiera contado con una mayor cooperación por parte de sus colegas, habríamos ahora dispuesto de muchos experimentos registrados, y todos los conatos de charlatanismo habrían sido sofocados antes de nacer.

Aunque el doctor Joseph B. Rhine sea considerado la máxima autoridad en el estudio de los fenómenos psíquicos, Oliver Reiser, de la universidad de Pittsburg, y Ernest Hunter Wrignt, de la universidad de Columbia, han llevado a cabo, en los últimos veinte años, una gran labor de recopilación de datos clínicos sobre la telepatía. Yo considero irrecusables todos los testimonios acerca del hecho de que la mente humana, y de

los animales, envía y recibe mensajes a y desde otras mentes y a y de cosas inanimadas, así como también de acontecimientos pasados, presentes y pertenecientes al futuro.

Mientras nadie ha tenido la oportunidad de examinar los efectos que una "mente de amo" produce en una masa humana, muchas han sido las personas que han podido ver como ciertas mentes tienen la facultad de ordenar a otras mentes, y aun a la materia inorgánica —como por ejemplo un par de dados—, la realización de determinados actos o movimientos, lo cual con frecuencia se atribuía a la "magia".

En 1951, el doctor Robert Thouless, de la universidad de Cambridge, informó a la sociedad sobre sus experimentos con los dados. El objetivo perseguido era el superar la ley de la probabilidad o de la suerte mediante el uso de la telepatía para controlar la caída de los dados. Su empeño se cifró en lograr que aparecieran en total siete puntos en las caras superiores de dos cubos cuyas caras estaban marcadas desde el uno hasta el seis. De acuerdo con la ley de la probabilidad, tenían que aparecer siete puntos una sola vez cada seis tiradas, y el profesor consiguió —en 136 tiradas— su objetivo una sola vez sobre el término medio normal. Tan pobre resultado habría desanimado a cualquiera que no hubiera sido nuestro profesor, el cual advirtió que sus tiradas iban empeorando a medida que él se iba cansando o poniéndose nervioso. En circunstancias normales, la más mínima tensión nerviosa turba la mente, y con mayor motivo sucede así cuando, en determinadas ocasiones, uno desea con toda el alma conseguir determinado resultado. Eso lo saben muy bien los estudiantes, quienes en los exámenes les ocurre muchas veces que, pese a llevar bien estudiado el tema, en el momento crítico se ven incapaces de desarrollarlo. Esos fallos suelen ser achacados a los "nervios". Pero no hay tal. Veamos otro ejemplo. Un jugador, aún poseyendo un elevado potencial psíquico, si se halla bajo los efectos de la ansiedad, por más que lo intente una y otra vez, no consigue ganar, precisamente porque tiene un deseo desesperado de hacerlo. Al hallarse relajado es cuando el jugador "está de suerte". Y eso mismo puede decirse de los dados. El doctor Thouless ganó 4.027 veces en 23.144 tiradas, cuando, de acuerdo con el cálculo de probabilidades, solamente hubiera debido ganar 3.857 veces. La conclusión a que el doctor Thouless llegó

fue la de que sus mejores resultados fueron conseguidos cuando no se sentía intranquilo, desasosegado, y que todo jugador con el uso de la telepatía y proyectando toda la fuerza de la mente sobre la materia, puede conseguir mejores resultados que si se encoge de hombros y lo deja todo en manos del azar.

El caso del jugador de Haití, que tenía fama de ganar siempre, viene a ilustrar y corroborar dicha tesis. Pues bien, el jugador en cuestión cayó enfermo, y, hallándose ya convaleciente de su enfermedad, se presentó un buen día al sitio en donde se jugaba a los dados, pero como no tenía fuerzas para jugar por sí mismo, pidió a algunos de los muchachos presentes que tiraran los dados por él. Y aquellos muchachos, que cuando tiraban para ellos no conseguían casi nunca ganar, se quedaron asombrados al ver que siempre acertaban cuando tiraban para el jugador enfermo. Terminado el juego, este jugador les informó que él "mandaba" caer al dado como él quería.

El doctor Alexis Carrel formuló la teoría de que la aptitud psíquica, y en especial la facultad de la telepatía, era transmitida, de generación en generación, en determinadas familias y a través de ciertos genes. De acuerdo, pues, con tal teoría, parece probable que muchas personas posean aptitudes telepáticas. Todo aquel que se proponga llevar la cuenta de los casos en que algo parecido a una "casualidad", o "coincidencia", ocurre, seguramente descubrirá que tales casualidades o coincidencias no pueden ser sino resultado de la telepatía. Las matemáticas de las leyes de la probabilidad no son muy elásticas. Y, después de unas cuantas "casualidades", o "coincidencias", uno puede captar el mensaje de que alguna otra causa ha entrado en acción. Resulta muy fácil y cómodo el calificar eso de "suerte", de "azar"; por otra parte, ello es tan poco lógico como el creer que todo el mundo se casa por amor. El doctor Carrel creía que toda cosa viva se halla más o menos sintonizada con la masa de las mentes de su misma especie.

La mayoría de investigadores convienen en que el ordenar mentalmente a un objeto inanimado que haga algo fuera de lo normal requiere una mente tranquila, sosegada, por parte del operador. El presidente de la Sociedad de Londres para la Investigación Psíquica, doctor S. G. Soal, explicó en un artículo publicado en la revista "Colliers's", de fecha 18 agosto de 1951, que la escasez actual de personas verdaderamente psíquicas se

debía a la gran tensión que domina a la gente de nuestros días, lo cual impide o dificulta que las fuerzas psíquicas se manifiesten en toda su pujanza. Y añadió que era de esperar que la fuerza de la conciencia psíquica renaciera cuando las tensiones de la vida ya no se vieran embargadas por el miedo que las actuales condiciones de existencia engendran en el individuo.

Samuel L. Clemens, más conocido por el seudónimo de Marc Twain, fue el creador de la frase "telegrafía mental"; y a lo largo de toda su vida tuvo plena conciencia de lo que también denominó "pruebas psíquicas". Por suerte, a Mark Twain le seducían los detalles, por lo que casi nunca dejó de tomar nota de todas las ideas así como de cuantas observaciones se le ocurrían acerca de los fenómenos psíquicos.

Su biógrafo oficial, Albert Bigelow Paine, apunta que "las teorías y los fenómenos psíquicos siempre atrajeron el interés de Mark Twain, y de manera especial la transmisión del pensamiento. Interés alimentado por ciertos fenómenos o manifestaciones psíquicas, como solemos llamarlas".

Mark Twain consideraba la "telegrafía mental" tan importante, que merecía que se escribiera largo y tendido sobre ella. Y cada año veía más y más corroboradas sus convicciones de que el cerebro puede transmitir y recibir mensajes.

Ni aún los norteamericanos saben —por lo general— que Mark Twain fue socio de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas desde 1885 hasta 1903. Y, como sea que tal sociedad fue fundada en 1882, Mark Twain debió de ser uno de sus primeros miembros de ultramar. Desde Hartford, Connecticut, y en el mes de octubre de 1884, escribió aceptando su calidad de miembro de aquella sociedad pionera. Dicha carta figura en el volumen I (1884-1885) del *Journal for the Society for Psychical Research.*

"La Telegrafía Mental —dice Mark Twain en esta carta— viene a ser la misma cosa alrededor de la cual la Sociedad Psíquica de Inglaterra empezó a agruparse y a trabajar cuatro o cinco años ha, y a la que bautizó con el nombre de «Telepatía Mental».

"En dos o tres años de trabajos, la Sociedad ha penetrado hasta el mismo centro de la materia objeto de sus estudios y ha puesto de manifiesto que la mente puede actuar sobre otra mente (...) a través de vastos espacios de tierra y de mar. Y ha

conseguido hacer, a su mayor gloria e influencia, lo que yo nunca conseguí. Ha convencido al mundo de que la telegrafía mental no es ninguna ficción ni cosa de juego y entretenimiento, sino que se trata de un hecho real y verdadero, hecho que, además, se produce con harta frecuencia. La Sociedad ha prestado, pues, en mi opinión, un gran servicio a nuestra era."

En dos trabajos literarios —*Mental Telegraphy* y *Mental Telegraphy Again*—, escritos a lo largo de un período de setenta años, Mark Twain ofrece un importante informe sobre los testimonios acerca de los casos de telepatía entonces conocidos; informe que prueba, al parecer, que él nunca se desprendió de su idea original, es decir, de que es posible la comunicación de una mente a otra.

Lo más interesante en esa búsqueda de todos los datos de Mark Twain sobre la telepatía es que ante los ojos del compilador se despliega toda la historia del uso que el escritor hizo de la telepatía en su vida diaria. Mark Twain escribió: "Cuando estoy cansado de esperar noticias de alguien, me siento y, tanto si ese alguien quiere como si no, le fuerzo a escribirme. He aquí lo que a este propósito hago: Me siento y le escribo una carta, que luego rompo, en la seguridad de que mi acción le ha obligado a escribirme en aquel mismo momento. No necesito, pues, echar la carta al correo: lo esencial es el acto de escribirla." En los escritos de Mark Twain se hallan muchos ejemplos de como éste recibió cartas en las que se le comunicaba —según confirmaron los testigos en cuya presencia fueron abiertas y leídas— dichas cartas exactamente lo mismo que él había asegurado de antemano que dirían.

El ejemplo más destacado de sus comunicaciones mentales fue el caso de William H. Wright, periodista de la ciudad de Virginia, Nevada. Dicho periodista firmaba sus escritos con el seudónimo de Don Quille. Twain pensó que había llegado el momento de que se escribiera un libro sobre las minas de plata de Nevada, cuando la "Gran Bonanza" (filón lucrativo) llenaba las columnas de los periódicos. Conque redactó un borrador de carta dirigida a Wright, en la que incluso se bosquejaba el libro proyectado, y se sugería que el tema esencial del libro en cuestión fuera la historia de la Gran Bonanza.

Twain, al abrir la carta que Wright le mandó, se halló con que ésta contenía casi todo lo que el primero había escrito en

su borrador. El escritor manifestó luego: "En aquella mañana de marzo la mente de Wright y la mía estuvieron en franca comunicación a través de tres mil millas de desierto y de montañas. Creo que tal sucesión de ideas no fue producto de ambas mentes a la vez, sino que una mente las formuló y, simplemente, las telegrafió a la otra. Siempre tuve gran curiosidad por saber qué cerebro fue el que actuó de telegrafista y cuál de los dos fue el receptor."

A continuación, Twain escribió a Wright preguntándole sobre cuándo había concebido la idea del libro: parece ser que Wright fue quien la concibió, telegrafiándola después a Mark Twain, quien consignó en su carta-borrador todos los pensamientos de William Wright. Total, que poco después fue publicado un libro titulado *The Big Bonanza.*

Una vez que Mark Twain hubo comprobado enteramente el hecho de que una mente puede ponerse, con toda precisión, en comunicación con otra, empezó a preguntarse si existiría la posibilidad de inventar algún dispositivo que facilitara la telegrafía mental. Y el resultado de tales especulaciones fue el invento del llamado "frenófono", "método según el cual una mente comunicándose con otra puede ser sometida a control y reducida a exactitud y sistematización..., habida cuenta de que ese algo que lleva nuestros pensamientos de un cerebro al otro a través del aire es una sutil forma de electricidad. Por tanto, lo que hay que hallar es la manera de captar esa forma de electricidad y hacer que ella trabaje al igual que la corriente eléctrica trabaja para nosotros".

Dicha idea fue, en principio, justa; pero nada práctico resultó de la invención. Ante semejante resultado, cabe preguntarse que si la necesidad es la madre del ingenio, es decir, del invento, no será que la invención de Mark Twain hizo su aparición antes de que existiera la necesidad de la misma. Ahora bien, lo más probable es que tal necesidad surja en nuestros días.

Mark Twain tenía plena confianza en su descubrimiento de la "telegrafía mental", y, poseyendo como poseía el *ego* y la vanidad inherentes a todo escritor, es natural que hiciera gala de ello. Tras haber publicado un artículo al respecto, escribió: "Vean ustedes como desde entonces el mundo ha cambiado de opinión sobre el particular. Aquellos pequeños experimentos

míos fueron demasiado avanzados para aquellos tiempos como para poder verse insertos en una revista seria. Y ahora resulta que si tales experimentos se refieren simplemente a algo situado más allá de unos meros «accidentes» o «casualidades», la misma revista los considera —gracias a la larga serie de inteligentes trabajos llevados a cabo por la Investigación Psíquica, de Londres, y que, cual impetuoso torrente de luz, han iluminado el ámbito de la telegrafía mental— como meras insignificancias, como simples perogrulladas. Pero, con todo, yo considero que los experimentos de referencia merecen los honores de la publicación; cuando menos para que sirvan para demostrar que tales materias —tenidas por terriblemente peligrosas e increíbles sólo ocho o diez años ha— resultan, para el público de hoy, de lo más inocuo y cotidiano."

Parece ser que el mundo actual ha empezado a comprender, en toda su profundidad, el gran genio de Mark Twain, quien, al igual que todos los genios, tuvo la facultad de calar en la naturaleza de los fenómenos e intuir el futuro. En nuestros días, las observaciones e investigaciones de Mark Twain en el terreno de los fenómenos psíquicos —y en particular de la telepatía— están siendo juzgadas como uno de sus muchos logros. Es, pues, justo que se glorifique al gran escritor norteamericano como a un gran pionero de la telepatía.

11. Cómo transmitir y recibir

No estoy segura de si un científico daría su visto bueno, en su programa de enseñanzas, a las instrucciones que a continuación señalo. Pese a lo cual, las incluyo en el presente trabajo por la sencilla razón de que ellas son eficaces, es decir, surten efecto. A través de mi larga experiencia, he descubierto que en los experimentos en los cuales toma parte una pareja compuesta de sujeto transmisor y sujeto receptor, la operación resulta muy mejorada si ambos protagonistas intercambian "prendas telepáticas". A tal efecto, les sugiero el intercambio de algún objeto de uso personal, objeto que deben mantener en la mano o bien aplicado contra la frente. Las "prendas telepáticas" vienen a forjar una especie de eslabón entre dos personas, aunque éstas apenas si se conozcan.

Cuando ambos sujetos se hallan en posición para la "grabación o el registro de la sesión psíquica" —lo mismo si se encuentran en la misma habitación que si se hallan en habitaciones separadas—, es necesario que junto a cada uno de ellos esté otra

persona. Cada sujeto debe tener, pues, a su lado, un asistente, el cual, cuando menos, sirva para registrar el acontecimiento. Conviene advertir a tal asistente que su cometido es el de centrarse exclusivamente en la grabación o registro, porque se han dado casos en que el sujeto receptor captó pensamientos precedentes del cerebro del asistente. Lo cual, por más útil que resulte de cara a la investigación, puede complicar grandemente las grabaciones o registros en las lecciones iniciales. Hay que enseñar a todos los sujetos la técnica del relajamiento. Y si el profesor ha realizado de antemano un buen trabajo de iniciación en las primeras lecciones, no hay duda de que los alumnos sabrán ya relajarse automáticamente a la hora de entrar en acción.

El agente transmisor debe dirigir la idea de su mensaje telepático a la mente de su asistente, a fin de registrarlo, y luego centrará la atención enfocando el pensamiento hacia el cerebro del receptor. El transmisor tratará de "visualizar" la cabeza de aquél como si se hallara sentado enfrente de él. A veces, cuando los alumnos se sientan el uno frente al otro, cada uno de ellos siente un fuerte impulso de extender las manos para tocar la frente del otro. La mayoría de alumnos experimentan una sensación de cosquilleo. Pero yo he descubierto que eso sólo ocurre entre los principiantes. Es probable que también se perciba la sensación de una aureola de calor alrededor de la frente, sensación que posiblemente vaya seguida de otra de irritación en la misma zona.

A medida que el sujeto transmisor vaya "bombardeando" la mente del otro sujeto con pensamientos, este último irá manifestando de palabra, o bien por escrito, a su asistente todo cuanto crea que se refiera a la transmisión de pensamiento que se está experimentando.

La telepatía es una percepción del sexto sentido; por lo que, tras unas pocas sesiones, el receptor —consciente de haber captado la imagen (si es que se usan naipes en la sesión), o las palabras— se halla bastante indeciso a la hora de manifestar lo que le ha sido transmitido. El tomar inmediatamente nota de tales impresiones incumbe al asistente, toda vez que los resultados del experimento deben ser lo más espontáneos posible, si es que tienen que surtir algún efecto en la investigación emprendida. Hay que registrar todas cuantas sensaciones y emociones se experimenten, como también hay que abstenerse de formular jui-

cios al respecto hasta que se hayan efectuado varias sesiones, correspondientes a otras tantas lecciones de telepatía.

Tanto si uno cree en la telepatía como si no, las lecciones conducentes a la comprensión de ésta tienen una doble finalidad. Ante todo contribuyen grandemente a mejorar el estado de la mente y por ende el de la salud, e incluso a menudo el propio genio, toda vez que la tolerancia y la paciencia son las virtudes más indicadas para la obtención de buenos resultados telepáticos. La gradual adquisición de una fe firme en uno mismo constituye igualmente un importante factor. Importa grandemente que la persona que actúa como transmisora lo vea todo con gran claridad e intensidad, de manera que su pensamiento pueda proyectarse al exterior con la máxima fuerza.

El que actúa como receptor puede que al principio se vea embargado por la sensación de somnolencia, y posiblemente sean necesarias hasta seis sesiones para lograr que permanezca en estado de alerta y bien preparado para captar los mensajes o las imágenes. Es bueno mantener los ojos cerrados en el momento de recibir los mensajes, así como también es muy útil sostener la "prenda telepática" en la mano a lo largo de toda la sesión. Hay que comunicar las impresiones recibidas al asistente tan pronto como éstas se reciban, sin tratar de racionalizarlas.

Si tratan ustedes de practicar la telepatía en casa y no disponen de ninguna persona que haga las veces de asistente, lo mejor será que se provean de una grabadora en cinta magnetofónica.

Es muy bueno trabajar con varias personas por turno, e ir eliminando aquellas con las que uno encuentre difícil establecer comunicación telepática; pero no hay que proceder en esto por simple criterio personal, sino consultar las notas tomadas o la cinta magnetofónica grabada al objeto de compulsar los resultados obtenidos, y si resulta que una persona determinada no da buenos resultados, habrá entonces que convenir en que existe alguna laguna entre ustedes y el otro, por lo que están gastando en vano sus energías mentales. Tengan ustedes confianza en su profesor, o, en todo caso, búsquense otro que sea más de su agrado; pero he de advertir que no hay nada peor que empezar un curso y gastar energías en la realización de caprichosos experimentos antes de haber llegado a mitad de camino de la meta.

En las transmisiones conscientes, programadas como parte

integrante del curso, siempre me he encontrado con que hay ciertos alumnos que actúan mejor en determinadas horas del día. Conviene tener esto muy en cuenta.

Si resulta que usted es un buen alumno, entonces el profesor le manifiesta que acaba usted de adquirir una nueva forma de poder y que ahora ha llegado la hora de atemperar su filosofía y su conducta vital con el mejor uso de su nuevo poder, de manera que éste no sea empleado de forma destructiva ni perjudicial para nadie. Cosa que sucede en la práctica del llamado *vudú,* en cuya actividad la telepatía desempeña un papel esencial. Tenga mucho cuidado en no envolver a otras personas en pensamientos de índole ofensiva, habida cuenta de que tales personas están expuestas a captar sus pensamientos cuando usted se halla transmitiendo en un estado de pésimo talante. Tenga cuidado también en no convertirse en recipiente del veneno de otras personas. No es bueno andar por la vida disparando los proyectiles que otras personas han estado fabricando.

En buena parte de su trayectoria histórica, la telepatía estuvo puesta al servicio del mal. Las plegarias de la muerte, tan usadas en la Polinesia, son realmente efectivas, como también lo son la magia negra y el *vudú.* Lo más lamentable es que todas las lecciones sobre los fenómenos psíquicos —especialmente la telepatía— llega a un estadio en el que el estudiante tiene que estar completamente seguro de sus propias motivaciones, porque, al igual que lo que ocurre con la bomba atómica, toda fuerza, todo poder puede ser empleado tanto para el bien como para el mal, para fines constructivos como para objetivos destructivos. Tal poder no es que sea intrínsecamente malo ni intrínsecamente bueno: es sencillamente neutral. Somos nosotros quienes, según nuestro "libre albedrío", decidimos la clase de uso que de dicha fuerza hacemos. Y ésta es probablemente la causa de que el mundo no esté todavía preparado para comprender del todo los fenómenos psíquicos, y entre ellos la telepatía; porque tal vez necesitemos adecuar nuestra vida a las normas de una nueva filosofía, de la que no forman parte muchas de las cosas que se tienen hoy por moneda corriente entre nosotros.

Conozco a un hombre de Houston que me manifestó no poder desprenderse de las ideas que acerca de la magia negra posee. Al preguntarle que por qué se sentía tan atraído por ese poder, es decir, por esa forma de adquirir poder, me contestó: "Con

eso consigo rápidamente ver realizados mis deseos." Y ésta es precisamente la razón por que tanta gente se siente atraída por ese mal usado poder.

Constituye una gran equivocación el pensar que, ya desde los inicios de la Era Acuariana, el hombre va a transformarse en una especie de ser angelical que nunca ha experimentado un mal pensamiento. El hombre, por el contrario, va a verse todavía envuelto en muchas de las mismas cosas en que actualmente se ve inmerso: habrá ladrones, soldados, fautores de guerras y usureros hasta bien entrada la Era Acuariana. Pero eso sí, pronto se notarán cambios en el sentido de que el hombre será más tolerante, aunque no siempre más comprensivo, acerca de los fenómenos psíquicos; y aquellas personas que más hayan evolucionado hallarán más facilidades para practicar con tales fenómenos en su propio mundo.

El desarrollo de caracteres plenamente íntegros, y conscientes de la enorme potencialidad de los fenómenos psíquicos, se halla todavía bastante alejado de nosotros. Vendrá día, claro está, en que serán muchas las personas conscientes de la potencialidad de cosas tales como la telepatía, pero también existirán otras personas espiritual y mentalmente desnutridas.

Debemos asegurarnos de que en la estructura del nuevo poder, la ciencia y la facultad de comunicación telepática estén en manos de personas que no hagan mal uso de dicha fuerza, es decir, que su comportamiento sea análogo del que, en general, preside entre los profesionales de la medicina. Tal vez llegue el día en que, antes de iniciar sus actividades como tales, los telepatistas tengan que prestar un juramento similar al de Hipócrates.

Todavía existen hoy personas que emulan a los siniestros personajes del pasado, llamados Svengali o Rasputín. Tales personas ejercen su poder sobre determinadas familias o sobre el público de ciertos espectáculos, con el único fin de sacar de ello egoístas beneficios materiales.

Y ahora, una última advertencia: piensen y asegúrense de que los pensamientos que emitan ustedes sean todos ellos de índole constructiva, y no olviden nunca que la fuerza de la transmisión del pensamiento tiene a veces un efecto de retroceso análogo al del bumerang, es decir, que ese pensamiento vuelve al punto desde donde ha sido disparado.

12. Relájese, transmita o reciba

Aunque en realidad no puede decirse verdaderamente que sea imposible enseñar el ESP o la telepatía, a menos que en la persona interesada en aprender tales disciplinas exista de antemano algo sobre lo que poder empezar a construir, yo sé por propia experiencia que pueden practicarse muchos ejercicios que contribuyen a crear las condiciones generales necesarias para realizar sencillos experimentos. En la época en que me dediqué a la enseñanza de la música, muchos de mis alumnos adquirían con facilidad los conocimientos musicales, pero nunca fueron capaces de ejecutar una pieza en el tablado de conciertos. No obstante, tras unos años de aprendizaje, salían sabiendo lo suficiente para hacer música y disfrutar de ella como del más refinado de los entretenimientos de la vida. Y en la enseñanza de la telepatía ocurre casi lo mismo. Algunos alumnos parecen poseer una chispa interior que les lanza directamente desde el *Kindergarten* al Instituto de Enseñanza Media. Esos individuos son los que el doctor Carrel conceptuaría como poseedores de antece-

dentes hereditarios que les predisponen al ejercicio de la telepatía. Otros alumnos míos trabajaban de firme y terminaban consiguiendo algunos éxitos, pero, finalmente, y pese a mis esfuerzos en alentarles y tratando de ayudar a los más retrasados de mi clase, cada uno de esos alumnos no iba adelantando en sus estudios más allá del ritmo que su naturaleza le había señalado. En una clase de una treintena de alumnos, cinco de ellos sobresalieron muy por encima de los demás, diez lo hacían extraordinariamente bien en ciertos días, mientras que en otros sólo obtenían regulares resultados, y otros diez pusieron al principio todo su entusiasmo e interés en aprender, pero luego les entró tal desasosiego que al final se vieron obligados a abandonar los estudios.

Al principio del curso siempre les explico a mis alumnos que mi teoría de la telepatía está relacionada con la idea de que la mente despide varios millares de excitaciones o impulsos eléctricos que provocan ciertas vibraciones en el éter, pudiendo tener entonces lugar la transmisión del pensamiento mediante un mensaje directo o una imagen que se está observando. Es posible que en nuestro televisor contemplemos a un hombre y una mujer haciéndose el amor. Ahora bien, esa imagen que estamos viendo es una imagen, diríamos, de segunda clase. De encontrarnos en el estudio emisor, podríamos ver a ese hombre y a esa mujer en carne y hueso. Pues bien, esos principios de la televisión pueden aplicarse a la imagen que nos llega telepáticamente; imagen que a veces aparece deformada por la interferencia de nuestros propios pensamientos o por no hallarnos completamente sintonizados.

Me place explicar también a mis alumnos que las respuestas completas a esos, al parecer, misterios de la mente, vendrán dadas cuando se investiguen a fondo esas corrientes y campos eléctricos cerebrales de orden infinitesimal. El estudiante no tiene por qué sentirse defraudado al ver que las imágenes o los mensajes que recibe pueden ser sencillamente explicados en un sentido exclusivamente físico y que no proceden en manera alguna del más allá ni de ninguna divinidad. Sé por experiencia que casi todos los estudiantes de telepatía preferirían una explicación en términos de magia. En ciertas ocasiones, el llamarle al pan, pan y al vino, vino, no resulta del todo agradable al interlocutor. Pero día vendrá en que todos tengamos que afrontar la

realidad; y ese día será cuando se nos ofrezca la gran revelación acerca de los fenómenos psíquicos.

Siempre fui de la opinión de que al poner en contacto a dos personas a quienes siempre les ha sonreído el éxito se produce algo que podríamos calificar de magia simpática. Así que el mezclar en una clase a personas que han tenido éxito en sus experimentos y experiencias puede servir de mucha ayuda a los alumnos menos adelantados. Yo suelo emparejar a una persona afortunada o a dos igualmente afortunadas en sus prácticas, pero nunca dejo que dos personas desafortunadas operen juntas o que estén en estrecho contacto.

El primer paso importante hacia el éxito consiste en la eliminación de la ansiedad, del desasosiego. La clase debe aprender a relajarse. Porque la condición *sine qua non* de la telepatía es la de mantener la mente completamente tranquila y libre de pensamientos y emociones discordantes, así como de distracciones exteriores. La preocupación por el tiempo que va transcurriendo puede resultar un grave inconveniente; en evitación de que esto suceda, hay que procurar que todas las clases se desarrollen en unas horas en que nadie tenga otros proyectos en la mente, es decir, los alumnos que no se vean obligados a consultar de tanto en tanto el reloj. Las primeras lecciones deben consagrarse al condicionamiento de la mente y del cuerpo al objeto de tener a éstos bien preparados para las ulteriores lecciones. Ordinariamente, después de haber realizado unas cuantas sesiones, los sujetos son ya capaces de relajarse por sí solos; y, consecuentemente, están ya preparados para enfrentarse a la vida más fácilmente que antes.

En el mercado van apareciendo ahora ciertos libros que tratan el tema del relajamiento; pero todavía siguen apareciendo muchísimos más que enfocan la manera de convertirse en personas más y más enérgicas. Una de mis observaciones acerca de la comparación entre la vida de los europeos y la de los norteamericanos se refiere precisamente a la relajación. Cuando el norteamericano dispone de tiempo para dedicarlo al ocio o al asueto le entran entonces unas ganas tremendas de desplegar todas sus energías, convirtiendo esos días de ocio en los días más ajetreados de su vida. Para el europeo, en cambio, el domingo y los días festivos constituyen un verdadero arte en la moderación del ritmo del vivir. Mas, por desgracia, el *American way of*

life está invadiendo peligrosamente el mundo actual. Yo no dejo de recordar aquellos tiempos cuando la noche del viernes nos anunciaba dos días de completo asueto, contrariamente a la idea que de los mismos tienen los norteamericanos, quienes no buscan sino un motivo para estar ocupados haciendo algo.

El relajamiento no sólo consiste en permanecer ocioso físicamente. El relajamiento es, en efecto, un estado mental. Vean sino lo que hace el felino: se tiende, parpadea y se queda completamente relajado. Sin embargo, tan luego recibe un mensaje, salta como un rayo, con todos los sentidos en tensión.

Fuera del local en donde se dan las clases, es decir, en su casa, el estudiante debe seguir poniendo sucesivamente en actividad todas y cada una de las partes del cuerpo, empezando por las áreas más reducidas del mismo, tales como un brazo o una pierna. Cuando se es capaz de relajar un miembro en la posición que sea, es decir, cuando éste se caiga como si fuera un saco de arena, puede decirse que se domina el primer truco del relajamiento. Se empiezan los ejercicios "viendo" a un determinado miembro completamente laxo, o sea, que cuando se piense en el mismo se le vea, y entonces la cosa sucede. Los niños son capaces de relajarse en cuestión de segundos, y lo mismo sucede entre unos pocos —muy pocos— adultos. Cuando se ha aprendido a relajarse desde el cuello para abajo, se es capaz de mantener el cuerpo relajado todo el tiempo que se quiera. Yo les garantizo a ustedes que en cuestión sólo de unas semanas van a sentirse mucho mejor en cuanto a su salud.

Tras haber aprendido a dominar, mediante el relajamiento, el cuerpo, falta todavía aprender otra cosa: la sintonización de la mente. Y esto se consigue mediante la eliminación de toda imagen mental perturbadora y su substitución por otras más armónicas, tales como las de la sensación que produce en el organismo el contacto de la arena tibia, la de la música o la del nadar tranquila y pausadamente, sintiendo el cuerpo flotar, sin esfuerzo alguno, en el agua. Si el relajamiento del cuerpo y de la mente son completos, dejan de afluir a esta última las interferencias de los pensamientos fugaces. Y ahora es cuando empieza a funcionar el subconsciente a un nivel mucho más elevado que cuando se hallaba interferido por el desordenado tumulto del pensamiento. Y esto ocurre tanto si se está despierto como si se está dormido. Ahora es cuando el subconsciente es

susceptible de sensibilizarse a diferentes grados de inspiración y de visión; sensibilización que llegan a alcanzar muchos de los llamados psíquicos, y posiblemente sea éste el estado experimentado por los místicos, el cual, constituye una de las mayores contribuciones a la curación psíquica, y que yo misma he podido constatar.

Aprendan también los alumnos a relajar los ojos: los músculos orbitales y el globo del ojo. Estando cerrados, los ojos suelen ver unas corrientes de naturaleza eléctrica que van fluctuando cual si el ojo estuviera realmente siguiendo el movimiento de imágenes visuales. Pronto dominarán los estudiantes el truco de dirigir la atención a todas y a cada una de las pequeñas partes del cuerpo y hacer que éstas vayan sucesivamente relajándose. Al posarse una mosca sobre la punta de nuestra nariz somos especialmente conscientes de la existencia de dicho apéndice corporal. Pues bien, hay que adquirir también la misma conciencia con respecto de los dedos, del codo y hasta de uno de los ojos. En este profundo estado de relajamiento, la naturaleza tiene la virtud de obrar curas realmente intensivas, habida cuenta de que, en tal estado, los tejidos del organismo se ven libres de toda tensión nerviosa. Ésta es también una ocasión en la que, debido a la ausencia de toda sensación ordinaria, todas las áreas del cuerpo y de la mente se hallan en un estado ideal para recibir y registrar nuevas sensaciones. Cuando el relajamiento es completo, la mente permanece despejada, si bien sus operaciones se van realizando pausadamente. Tal estado es bien conocido de los médiums. Dicha especie de relajamiento resulta especialmente útil cuando se está en el despacho del dentista para hacerse extraer una muela.

En la proyección, a voluntad, del pensamiento en dirección o en sentido contrario a una parte determinada del cuerpo o de la mente consiste el buen éxito de una sesión.

Algunos alumnos me han hecho saber que la primera vez que han transmitido un mensaje mental han experimentado cierta inequívoca sensación. En los casos más agudos, el cuero cabelludo se les va calentando hasta volverse, a veces, totalmente caliente, lo que les produce la sensación de tener la cabeza rodeada de fuerte calor. Yo quisiera poder descubrir una manera de efectuar la medición de las áreas afectadas por ese calor del que me hablan mis alumnos. Los médiums en trance expe-

rimentan, al contrario, una sensación más bien de frío. La idea de establecer científicamente que esos cambios de temperatura existen realmente, me tiene verdaderamente intrigada.

En las clases masivas, los experimentos tienen que ser llevados a cabo de manera que todos los alumnos tomen parte en ellos, de preferencia por parejas. También es bueno dejar que los propios alumnos proyecten la realización de experimentos, puesto que semejante método contribuye al desarrollo de su sentido de iniciativa y les ayuda a sentir el deseo de investigar el porqué ocurren las cosas. La única regla a que hay que atenerse cuando se sigue ese método es mirar que el alumno vaya tomando nota de todas las incidencias de la sesión y hacer que dicha relación esté debidamente atestiguada por otra persona que le acompañe, a cuyo efecto se debe encargar a alguien que lleve el control del alumno o que supervise el experimento en cuestión. Igualmente debe estimularse al alumno para que realice algún trabajo en su casa, sugiriéndole que su primer intento consista en la transmisión del pensamiento emparejado con alguien con quien ya esté en estrecha relación. También, en este caso, insisto en que todos los experimentos sean, en la medida de lo posible, debidamente documentados por la presencia de testigos. Las tranquilas horas de la noche son generalmente las mejores para experimentar en casa, así como también para las más sencillas comunicaciones telepáticas. Después, el alumno puede expandir el pensamiento hacia fuera de casa, intentando transmitir y recibir mensajes cuando ello se le ocurra espontáneamente, es decir, cuando la otra persona con la que trabaja no se halle presente.

Si bien ciertas personas reciben mejor que otras, a todos los alumnos se les debe hacer experimentar lo mismo la transmisión que la recepción, empezando los ejercicios con personas que ellos conozcan muy bien, practicando después con ideas y con sujetos espontáneos. Resultado de ello es que, como se verá, la distancia no supone ninguna diferencia; salvo, naturalmente, en la etapa inicial y con alumnos completamente nuevos. Por último, el profesor debe procurar que aquellos alumnos que prometen llegar muy lejos no vayan demasiado aprisa en su desarrollo, no sea cosa que pronto les falle el entusiasmo y se queden parados a mitad camino.

13. Telepatía y posesión, ¿realidad o fantasía?

El médium que estando en trance tiene la facultad de comunicarse empleando idiomas extraños, al tiempo que se halla completamente desprendido de su propia personalidad, ha constituido, desde siempre, un fenómeno por demás controvertible. Los escépticos, al pretender dar una fácil explicación a dicho fenómeno, lo hacen diciendo simplemente que el médium capta el pensamiento de alguna persona que se halla cerca de él o que "lee" la mente de otra persona. En tal fácil explicación yace alguna apariencia de verdad, salvo que tal verdad constituye también una excepción de la regla. Supongamos que el médium aporta informaciones que ninguno de los presentes en la estancia conoce. En tal caso, tal información debe ser sometida a comprobación por investigadores independientes, y si éstos la juzgan correcta, ¿cómo puede esa "lectura" del pensamiento explicar el fenómeno en cuestión? La única explicación que aquí cabe es la de que el médium capta alguna transmisión del pensamiento que fue lanzada al éter mucho tiempo antes, y que

mediante la posesión de un mecanismo especialmente sensible sintoniza con idéntica longitud de onda.

A mí no me cabe la menor duda de que la posesión puede ser explicada por la transmisión de un tipo menos sutil de pensamiento. Entre el médium en trance, el políglota, el místico en éxtasis, el embelesado admirador del arte y la persona poseída por un espíritu, existe determinado vínculo. Todas esas personas están en contacto con una realidad existente más allá del mundo normal; y lo que parece ser una fantasía, al medirse con la regla de la lógica puede resultar otro de los rasgos de la comunicación telepática, es decir, de la transmisión del pensamiento.

El diccionario define el trance como "un estado de sueño mórbido, diferente del reposo natural en cuanto a duración, profundidad de la sensibilidad, y sintomático de enfermedad del sistema nervioso, particularmente de histeria o de catalepsia". Tal definición resulta por demás ambigua y no especialmente indicativa de las muchas formas que los estados de trance pueden adoptar. Harto conocido es el que los estados de trance pueden darse como resultado de un golpe o *shock,* o bien ser inducidos mediante el uso de drogas; en determinados casos, los tumores y las lesiones del cerebro pueden provocar también dicho estado. Por otra parte, tenemos las alucinaciones provocadas por el dolor o por el miedo, pero, además, se dan trances no inducidos por un súbito golpe, por un *shock* o por una enfermedad. Y este último y legítimo estado de trance constituye actualmente un tema de gran interés entre los parapsicólogos. Los estados de trance se dan en los éxtasis de los místicos, cuando la mente se halla intensamente concentrada en una potente imagen, incluso en una imagen divina. En cierto punto, sucede que el vínculo entre la mente intangible y el mundo tangible se rompe.

Existe también otro fenómeno, llamado posesión, consistente en que un espíritu —bueno o malo— toma posesión de determinado ser humano. Dicho espíritu puede hablar por medio de la boca de ese ser humano, así como le es también dable actuar a través de los miembros del mismo. Tal posesión puede sobrevenir cuando la persona se halla bajo los efectos de alguna forma de trance, o bien durante el sueño, o también en estado de hipnosis; la duración de dicho fenómeno es susceptible de

oscilar entre un rato y varios días. La posesión no debe ser siempre interpretada como algo de índole maléfica, puesto que en muchas religiones existen puntos doctrinales encaminados a propiciar una ligazón entre el hombre y su dios; y el sumo sacerdote o sacerdotiza de tal religión interpreta el fenómeno en cuestión como una demostración de su elevada participación espiritual.

Consecuentemente, en todo el mundo el trance o el estado de posesión ha sido utilizado para inculcar o para corroborar toda una serie de creencias. En el Tibet, antes de la invasión china, el Dalai Lama no tomaba ninguna determinación ni adoptaba ninguna decisión política sin haber consultado previamente a un joven, quien para ello entraba en trance y hablaba extrañas palabras, que eran debidamente interpretadas por los sacerdotes. Y aquí surge un inevitable interrogante. ¿Poseían aquellos sacerdotes la facultad de la transmisión del pensamiento, mediante la cual transmitían sus propios deseos al joven en trance, al que utilizaban para despistar o engañar a la gente? En el mundo antiguo, cuando el gobierno de los sacerdotes —la teocracia— era un sistema autocrático, si las cosas salían mal no se podía echar la culpa de ello a nadie más que a los mismos sacerdotes que habían pronunciado el oráculo. Es posible, pues, que más adelante los sacerdotes transfirieran la responsabilidad de los oráculos a alguna otra persona. Y si tal persona cometía alguna equivocación, quien cargaba con la culpa era el joven que hacía las veces de oráculo; así los sacerdotes se hallaban siempre al abrigo de toda protesta contra ellos. El oráculo fue ya conocido en los primeros tiempos de la historia. El más famoso de ellos, fue, quizás, el del templo de Apolo, en el que una sacerdotiza era la que entraba en trance. Pese a lo ambiguo de sus respuestas, eran muchos los políticos que acudían a consultar al oráculo y que, consecuentemente, ponían en ejecución su consejo. Puede ser muy bien que la sacerdotisa captara los pensamientos emitidos por la mente de aquellos políticos, repitiéndolos luego, y, por consiguiente, comunicando a sus consultantes la seguridad de poner en acción aquello que ya estaba formulado en su mente.

Siempre resulta interesante el observar el fenómeno de las circunstancias del trance de masas, y su transmisión del pensamiento debe de jugar aquí un gran papel. La danza de los der-

viches del norte de África guarda estrecha relación con los frenéticos trances que formaban parte de las prácticas religiosas de la antigua Grecia. En ciertas famosas ánforas guardadas en los museos, y que datan de unos 500 años antes de Jesucristo, aparecen los adoradores de Dionisos en pleno éxtasis y danzando al son de la flauta tocada por un sátiro. La actividad sexual es muy frecuente en los trances de masas; y en las primitivas comunidades el que espera verse satisfecho es el varón, teniendo la hembra poca importancia. Así como el sacerdote puede ser absuelto de sus pronósticos fallidos, así también los graves miembros de toda comunidad pueden verse absueltos de toda idea de culpabilidad o pecado si sus acciones pecaminosas son realizadas en el curso de un trance.

¿Cómo surgió la idea de la danza masiva en esa circunstancia de trance? ¿Dimanó acaso tal idea de la mente de una persona que se había propuesto controlar a la gente que le rodeaba? Tal idea debe de haber salido de algún lado; tiene que haber habido un inicio del pensamiento que forja la idea y que a su vez la transmite para que ésta devenga una actividad determinada. Yo creo sinceramente que la actividad del trance masivo está dominada por la transmisión del pensamiento de una especie de maestro de ceremonias dictando mentalmente el desarrollo de la danza así como también su motivación. Con seguridad vamos a saber algún día más cosas acerca de esos extraños trances; y las iremos sabiendo a medida que vayamos conociendo más cosas acerca del cerebro humano y de sus funciones como órgano que es de la mente. Pero siempre nos hallaremos con el hecho de que el hombre es susceptible de ser elevado o degradado a través de su subconsciente lo mismo que a través de su consciente, siendo lo más probable que la fuerza empleada en ello sea la propia telepatía.

No existe duda alguna de que los resultados del *vudú* vienen explicados por las fuerzas telepáticas. Nadie que esté en sus cabales puede admitir que el hecho de clavarle alfileres a un muñeco engendra la enfermedad, causa la aflicción o el agotamiento físico. Y todavía se nos antoja más grave la cosa cuando constatamos que en la ejecución del *vudú* se hace un verdadero derroche de concentración mental. El agente que ejecuta la ceremonia no tiene en su mente otro pensamiento más que el que quiere proyectar hacia fuera, de manera que dicho pensamiento

sale "disparado" con enorme fuerza, yendo a incidir exactamente en el sitio sobre el que se quiere que surta su efecto. Es de lamentar que el *vudú* se halle casi siempre asociado con el mal y que sus fuerzas destructivas sean tan enérgicas, porque tal actividad constituye un corriente ejemplo del poder de la mente sobre la materia.

El *vudú* requiere, como vemos, una tremenda concentración mental, y tal proceso no puede efectuarse a la ligera. Los sacerdotes y sacerdotisas que poseen la virtud de proyectar la fuerza del *vudú* mediante la transmisión del pensamiento son personas consagradas a tal actividad, que tienen una misión que cumplir y que la cumplen de acuerdo con determinadas prácticas rituales.

El *vudú* está siendo practicado en África, pero en ese continente no siempre surte los drásticos efectos que en América, pues entre las tribus africanas el *vudú* constituye una religión, y el poder del sacerdote está puesto al servicio del bien de la tribu y no sólo para dar satisfacción a un mero rencor personal.

En Australia se da muy frecuentemente el caso de una persona "cantada a muerte". Los aborígenes australianos dominan a la perfección la magia mental y no vacilan en emplearla cuando creen que existe un motivo justo para ello. Por otra parte, lo que justifica el que un hombre sea "cantado a muerte" es que éste haya causado un gran mal a la tribu. Son muchas las personas que creen, equivocadamente, que el hombre que se sabe víctima de tal maldición empieza, a consecuencia del efecto psicológico que ello le causa, a cometer desatino tras desatino hasta que al fin sucumbe. En Australia, el hombre que ha sido sentenciado a muerte no siempre conoce dicha sentencia; sucumbe meramente a efectos del "canto" a que ha sido condenado y ejecutado. El proceso en cuestión es casi demasiado extraordinario como para ser creíble. El brujo, o su asistente, tras haber expuesto que el acusado ha cometido un crimen contra la tribu, decide, por votación, si éste tiene que pagar con la vida dicho crimen. Una vez pronunciada la sentencia, se efectúa una sencilla ceremonia, en la que el brujo, solo o ayudado por sus asistentes, inicia, en voz baja, la salmodia. Alguien me ha dicho que algunas de estas salmodias empiezan con un tonillo como de canción de cuna. Los participantes en el "canto de la muerte" inician la ceremonia estando completamente relajados, pero,

de una manera gradual, van entrando en trance. El ritmo y las vibraciones del canto de la muerte varían de acuerdo con la índole del crimen que se pretende castigar y según la naturaleza de la persona sentenciada.

A medida que la ceremonia va transcurriendo, el monótono canto va subiendo de tono y suele durar horas y horas, siempre con la misma intensidad y el mismo designio. Ningún ejemplo mejor que ése para poner en evidencia que "lo que cuenta es el pensamiento". El resultado final del canto de la muerte es el aniquilamiento de un individuo que quizá se halle a miles de kilómetros lejos del sitio en donde ha tenido lugar su "ejecución". Y esto ha sido plenamente testificado por personas que, en muchos casos, eran francamente escépticas respecto de toda clase de fenómenos psíquicos. A muchas personas les resulta desagradable el hablar de la "muerte cantada" de los aborígenes. Por supuesto, según el criterio más generalizado, no existe ninguna razón lógica para que muera un individuo a consecuencia de haber sido "cantado"; si bien hay quien opina que si existe una razón psicológica para la muerte de un hombre si éste sabe que sus enemigos lo han sentenciado a morir y que ya lo han "ejecutado" in mente. Sin embargo, ¿cómo explicar aquellos casos en que el hombre condenado no sabe que sus enemigos le han estado "cantando a muerte"? La única explicación acaso sea la transmisión del pensamiento; una transmisión en la que la mente humana —al igual que lo que sucede en una normal estación emisora de radio— desarrolla una fuerza equivalente a muchos miles de kilovatios.

A través de miles de años, se ha venido hablando —con el aliento entrecortado por el miedo— de las maldiciones. Lo más interesante acerca de las antiguas maldiciones es que quienes vivimos en estos años del siglo XX tenemos la posibilidad de analizar, en retrospectiva, la peripecia, y comprobar si tales maldiciones han sido efectivas. En efecto, la eficacia de muchas de las antiguas maldiciones ha sido plenamente comprobada. Una cosa es decir, "Te maldigo: ojalá nunca conozcas el calor de otro ser humano y que tus primogénitos mueran siempre" y otra muy distinta el que esta maldición salga verdadera. Muchas familias europeas han sido hechizadas y está plenamente comprobado que todas las generaciones posteriores, pese a las sofisticadas formas de la vida moderna, han caído víctimas de las

ideas originales de la maldición. Parece ser que ello sucede independientemente de que el sujeto de la maldición crea o no que sus antepasados fueron víctimas de un hechizo. Al llegar el día señalado, dicho sujeto caerá, a su vez, fulminado por la maldición formulada muchos años ha, y nada existe en la vida civilizada que sea capaz de impedir o neutralizar la realización de la misma. El rasgo esencial de la maldición es que ésta ha sido pronunciada con tal intensidad que, a la hora de formularla —y empezando por el pensamiento emitido—, el individuo está poseído de un odio tan integral que, para él, nada existe en el mundo excepto el específico pensamiento impulsor de la maldición lanzada. Recientemente estuve hablando con Hans Holzen, destacado escritor y parapsicólogo. Hablamos acerca de la visita que esperábamos realizar a la ciudad de Viena, en donde vivía un común amigo, en cuya familia existía una maldición consistente en que, al cumplir cierta edad, todo miembro varón de la misma tenía que morir. Nuestro común amigo había casi ya alcanzado la edad límite señalada en la maldición. Pero como éste vivía en una sociedad altamente refinada, el "mito de la maldición familiar" se le antojaba una solemne tontería. Cuando Hans le visitó en el verano de 1967, nuestro amigo se hallaba en plena salud. El especial cumpleaños debía acaecer en 1969, el año en que precisamente teníamos que ir a verle. Pero nunca llegamos a realizar el proyectado viaje. Antes de emprender la marcha, nos enteramos de que nuestro amigo yacía en su cripta familiar de Viena.

Supongo que soy una de las personas que más relatos poseen acerca de las maldiciones, y a través de los cuales he podido comprobar que si hay alguien capaz de romper una maldición, ese alguien tiene que ser una persona implicada en la brujería; y más si procede de una familia que desde antiguo viene teniendo fama de tal. Una maldición especialmente interesante fue la presentada últimamente en un programa de la televisión inglesa. En el año 1800, y en un pueblecito del sur de Irlanda, llamado Doneraile, vivía el señor de la Casa Grande, el vizconde Doneraile. Los pueblos de Irlanda llevan a menudo el nombre de la familia local que tradicionalmente ha estado mandando en la comunidad. Pues bien, el vizconde Doneraile tuvo un lance amoroso con una bruja, tras el cual la dejó abandonada. Ahora bien, ninguna bruja que se estime puede tolerar

el ser víctima de un engaño, y más si este engaño es de índole amorosa. Así que nuestra bruja maldijo a su burlador. La historia dice que ella protestó amargamente, como una mujer normal, contra semejante proceder; pero, como bruja, le maldijo anunciándole que moriría rabiando como un perro: como el perro que había demostrado ser en su comportamiento con ella; que moriría, pues, boqueando y jadeando, y que en su familia no habría heredero varón por espacio de siete generaciones. Espantosa maldición ésa, dada la importancia que, según la tradición reinante en el sur de Irlanda, tiene la continuación del linaje de la familia. En efecto, el vizconde Doneraile murió como un perro, víctima de uno de los casos de rabia más espantosos que se hayan conocido. Y después de que el varón original muriera de rabia, no volvió a haber ningún primogénito ni heredero varón durante varias generaciones. En 1969, el último vizconde bajó a la tumba sin haber dejado descendencia, y los albaceas de su testamento anunciaron en la prensa mundial que toda aquella persona que estuviera emparentada con la familia se personara en casa del notario. Uno de los pretendientes a la herencia resultó ser un lejano pariente, un camionero de California. Hace poco, éste llegó, junto con su mujer —una funambulista de circo— y cinco hijos, a Doneraile. Parece ser que, por fin, la maldición de la bruja se ha extinguido.

La mayoría de las brujas juegan limpio cuando formulan una maldición. Porque, en todos los casos, a la maldición se le fija un término, cumplido el cual, la justicia se considera pagada. Por otra parte, no guardan rencor alguno a nadie después de que la cosa ha terminado. Y me cuesta tener que admitir que uno de los miembros de mi familia pronunciara la aludida maldición. Pero le puedo asegurar al camionero de Los Angeles que no siento animosidad alguna hacia su familia. Me alegro mucho de que aquella maldición se haya agotado; pero que nadie me diga que las maldiciones no hacen efecto. Los pensamientos y las palabras que se lanzan al aire tienen la misma fuerza y pueden ser tan nocivas y virulentas como la más mortífera de las acciones.

14. El hipnotismo o la voluntad de otra persona

El hipnotismo ya no puede ser clasificado entre las ciencias ocultas. Y ello es tanto más cierto cuanto que, a lo largo de los años, ha venido adquiriendo un indudable rango científico; además, dicha actividad ha sido integrada en el reino de la medicina. El hipnotismo es un estado de sueño generalmente inducido por otra persona, aunque también pueden darse casos de autohipnotización. Los casos más notorios de hipnotismo son aquellos en que la persona sumida en dicho sueño obra y se conduce de forma diferente y aun contraria a su acostumbrado comportamiento. Generalmente se supone que el hipnotismo no penetra el sujeto tan profunda y completamente que éste pueda ser obligado a realizar algo que vaya en contra de su conciencia moral o en contra de sus normales instintos en estado de vigilia.

En mi opinión, ésa es una premisa errónea, fomentada sin duda por quienes desearían hacer uso del hipnotismo con sujetos a quienes pretender inculcar, así, la seguridad de que la ope-

ración hipnótica "no puede causarles ninguna clase de mal". Cierto que en determinadas circunstancias la hipnosis no resulta perjudicial, pero si ésta se lleva a efecto de una manera imprudente por meros aficionados, entonces sí puede ser altamente perniciosa. Yo considero a la hipnosis bajo dos diferentes luces. La hipnosis puede ser eficazmente útil si las motivaciones del agente son honestamente sinceras, pero si se hace de ella un uso indebido, entonces se convierte en la más peligrosa de las armas conocidas. Sabia y honradamente empleada, la hipnosis puede ser un excelente medio terapéutico; es decir, podemos servirnos de ella para curar muchas enfermedades, así como también para hacer que una persona tímida se vuelva resuelta y animosa, pero conviene tener presente que la hipnosis, como sucede en todas las más importantes actividades de la mente sobre la materia, puede ser lo mismo un gran bien que un gran mal.

La mente puede ejercer su influencia sobre varias otras mentes; y si una persona llega a convertirse en la única receptora de las formas del pensamiento de otra mente, ese pensamiento actuará sobre ella hasta el punto de sujetarla, por el hecho de ser la más débil, al dominio absoluto de la mente del agente. Si a todos nos movieran los mismos elevados ideales, nada malo ocurriría; pero, ay, el hombre es, en resumidas cuentas, un ser débil y, por ende, hambriento de poder, y se serviría de cualquier medio con tal de poder alardear de poseer una personalidad encantadora, de estar en posesión de inmensas riquezas o de cualquier otra forma de poder.

Mientras que pocas son las personas que confiesen creer en el conde Drácula, en los hombres-lobo, en los vampiros o en las doncellas controladas por las fuerzas del mal, ahí están, ante nuestros propios ojos, muchos misterios que hoy todavía resultan inexplicables. Uno de los más notorios es el caso de Lee Oswald, acusado de dar muerte al presidente John Kennedy. Son muchísimas las personas que nunca han creído que Oswald tuviera madera de asesino. Su historial nos convence precisamente de que en él no había un asesino en potencia, y, sin embargo, disparó el fusil que causó la muerte de un popularísimo presidente. Tras este hecho, y en medio de una serie de extraños incidentes, el mismo Oswald fue asesinado; nadie pudo comparecer ante un tribunal en donde se dilucidara todo lo relativo

a la violenta muerte del presidente de los Estados Unidos. Muchas de las personas implicadas en tan luctuoso suceso hallaron la muerte de forma asaz extraña y aun inverosímil; de manera que no quedó nadie vivo que pudiera servir de testigo. La motivación de tal asesinato pudo muy bien haber sido inspirada por transmisión del pensamiento: por una comunicación telepática o hipnótica realizada por alguien que tuviera un verdadero motivo para desear la desaparición física de John Kennedy. Alguna "mente de amo" pudo haber planeado un crimen perfecto; y ahora el verdadero autor del crimen se estará paseando tranquilamente por ahí.

El hipnotismo de masas, en el caso de la publicidad por sugestión hipnótica, consiste en tentar al sujeto ofreciéndole cosas materiales que ejerzan una gran atracción sobre su vanidad, a cambio de su dinero; el cual se gasta en la adquisición de cosas que en realidad no se necesitan, y que en muchas ocasiones no se desea adquirir.

El hipnotismo constituye quizás el control más completo sobre la mente humana. En ciertas tribus del África Oriental no es infrecuente el hecho de que los habitantes de un pueblo sean puestos en estado de trance, quedando, por consiguiente, a la merced de un hechicero. Este mismo método es utilizado en ciertas zonas para hacer realizar ciertos trabajos a gentes que en circunstancias normales son poco inclinadas a trabajar. Mucha gente asocia la idea de los zombies con las prácticas rituales del "Baron Samedi", consistentes en sacar un cadáver de la tumba y de volverle a la vida mediante las manipulaciones de un experto en *vudú*. Un nativo de África me aseguró que, en efecto, eso se hacía en su tierra, pero con la variante de que a las personas seleccionadas para la "operación zombi" se les administraba cierta droga a fin de que se las creyera muertas; luego se las enterraba, para más tarde desenterrarlas y administrarles una nueva droga que las dejaba en un estado de completa imbecilidad. Una vez puesto el sujeto en tal estado, el experto en *vudú* le va instruyendo, por medio del hipnotismo y de la transmisión del pensamiento, sobre su comportamiento para el futuro.

El hipnotismo ha existido en todas las épocas. A veces, el agente hipnotizador fue el propio sumo sacerdote de ciertas ya fenecidas religiones, el cual, al dirigirse a los hombres, no les

hablaba como hombre, sino como quien encarnaba la misma divinidad. Hoy al hipnotismo de masas se le da el nombre de "carisma", nombre que aplicamos, como un cumplido, a aquellos políticos que impresionan a la masa de electores con su "encanto personal" más que con cualquier otra cosa.

Svengali, el intrigante personaje creado por George Du Maurier durante la era victoriana, causó la admiración del mundo por su completo control sobre un ser humano. Transmitía sus propios pensamientos, sus ambiciones y sus energías a la mente de una mujer llamada Trilby; y así, mediante el control ejercido sobre ella, la condujo al pináculo de la perfección como cantante de ópera y la convirtió en el ídolo de la sociedad parisiense. La fuerza de *Trilby,* en tanto que gran novela, estriba en el hecho de que antes de que el lector se haya adentrado mucho en la lectura del libro, la historia que en éste se cuenta se le antoja tan creíble, que él mismo es objeto del hipnótico hechizo que Svengali ejerciera sobre Trilby. Y ésta es la demostración de la suma manifestación del poder de la mente sobre otras mentes.

Trasplantemos ahora el tipo de Svengali a la época actual y en el campo, precisamente, del espectáculo. Parece ser que un buen agente de negocios artísticos suministra a su clienta algo más que ideas acerca del acicalamiento y de la preparación para llegar al estrellato. Yo misma he podido ver más de una vez cómo un famoso agente estaba escudriñando, con suma concentración, todos y cada uno de los movimientos y gestos de "su" estrella mientras ésta permanecía en escena, y acabando, al final de la representación, en un estado de total agotamiento. El poder de la voluntad y la transmisión del pensamiento, ejercicios desde detrás de los bastidores, han sacado adelante a más de una estrella durante su actuación, de la misma manera que Svengali usaba del dominio de su mente sobre Trilby.

La transmisión del pensamiento a través del hipnotismo provoca un peculiar estado de disociación mental, distinguible por algunos bien definidos síntomas, siendo el más destacado e invariable la terriblemente incrementada susceptibilidad del sujeto. El estado hipnótico puede ser inducido, bien a individuos aislados, o bien a muchas personas a la vez, en especial a seres humanos totalmente normales. Comete una gran equivocación quien diga "nadie es capaz de hipnotizarme", pues esas son

precisamente la clase de personas susceptibles de ser hipnotizadas sin darse cuenta de ello. La transmisión del pensamiento puede efectuarse lo mismo a través del inconsciente que a través del voluntario deseo de que desaparezca la conciencia. La persona que realmente quiera llevar a cabo alguna actividad relacionada con la dominación mental suele ser, por lo general, lo suficientemente inteligente como para conocer el área vulnerable de la persona que opone resistencia a la sugestión hipnótica. El hipnotizador es como el cazador profesional que estudia anatomía antes de apuntar con el fusil a su víctima. El estado hipnótico presenta cierta afinidad con el sueño normal, con el que puede ser confundido por relacionarse igualmente con estados anormales tales como el sonambulismo, el éxtasis, los trances de los faquires hindúes y el curanderismo. Bajo una u otra de estas formas, el hipnotismo ha sido conocido a lo largo de miles de años en todos los lugares del mundo. Hoy todas esas formas han dejado ya de ser consideradas como algo oculto. Pero, pese al *status* conseguido, la hipnosis sigue permaneciendo inextricablemente entrelazada con el ocultismo. La cosa mejor que jamás le ocurrió al hipnotismo —y yo deseo que siga el mismo camino la percepción extrasensorial— fue su ingreso en las áreas científica y médica.

Los hombres de ciencia del siglo XVI observaron y estudiaron constantemente los fenómenos del hipnotismo. Los diversos campos de la curación psíquica tienen su origen en los fenómenos del hipnotismo. La "imposición de manos" es, en esa clase de curaciones, un símbolo. Mediante tal contacto queda establecido un vínculo entre el curandero y el enfermo, lo que en gran manera facilita la tarea del primero. El secreto del curandero no radica en sus "mágicos ensalmos", ni aun en sus oraciones, la cura empieza a obrarse en el preciso momento en que su mente entra en acción, es decir, antes de que el pensamiento haga fluir la palabra. El curandero psíquico dirige la mirada a la parte enferma del cuerpo, y luego concentra el pensamiento hasta que en su mente aparece la imagen de dicha parte totalmente sana y hermosa. El curandero transmite la idea de nuevos tejidos, de un perfecto bienestar y de un mejor estado general de salud al sujeto, quien al principio quizá no pueda captar tales ideas. El dolor es uno de los principales obstáculos interpuestos entre el curandero psíquico y el sujeto. Y, cuando el

dolor es muy intenso, puede incluso acontecer un proceso de transmisión a la inversa: el curandero capta el dolor del paciente, especialmente si a consecuencia del esfuerzo de concentración mental realizado, o por cualquier otra causa, su organismo se halla agotado.

No cabe duda de que los antiguos conocían el aludido medio de tratamiento de la enfermedad, dándose perfecta cuenta de la potencialidad de la mente como transmisora de la atractiva imagen de un cuerpo sano. Entre otros personajes de aquella época, Agrippa von Nattesheim, alquimista y astrólogo-filósofo medieval, habla francamente de eso cuando dice, en su *Occulta Philosophia:* "Hay una ciencia solamente conocida de unos pocos, una ciencia de iluminar e instruir la mente para que ésta sea elevada, de un solo salto, desde la oscuridad de la ignorancia a la luz de la sabiduría. Lo cual se logra principalmente a través de una especie de sueño artificial en el que el hombre olvida el presente y percibe el futuro mediante la inspiración divina. Los malvados incrédulos pueden ser desposeídos de este poder por medios secretos."

La curación de los enfermos, verificada, en primer lugar, mediante el establecimiento del vínculo de la imposición de manos, y seguidamente por la transmisión del pensamiento, ha sido conocida por los pueblos primitivos, y la historia de la misma puede ser rastreada especialmente a través de las civilizaciones india y egipcia. Igualmente nos topamos con dicho sistema curativo en la historia de los hebreos, contenida en el Antiguo Testamento, en donde los casos de curación psíquica son tan nutridos que es imposible enumerarlos en las presentes páginas. En las esculturas egipcias puede observarse como aparece el agente curandero con una de sus manos aplicada sobre el estómago y la otra sobre la espalda del enfermo; así como también existen relatos acerca de los primeros misioneros en tierras de China, algunos de los cuales curados por medio de procedimientos no ortodoxos.

No hace mucho estuve de viaje por la península de Yucatán, con objeto de ponerme en contacto con un hombre que conocí hace muchos años: un hechicero. Siempre tuve un vivo deseo de ir registrando las peripecias de la hechicería tal como ésta se practica en esta segunda mitad del siglo XX. Camino de la cabaña de paja en donde vive mi amigo el hechicero, a varias

millas de Noona, estuvimos departiendo con muchos pueblerinos de aquella región, quienes nos manifestaron que el hechicero era tenido en gran estima, principalmente por su benemérito trabajo como curandero. Luego pasé muchas horas en conversación con él, el cuál me dijo que, para sus curaciones, únicamente se servía de hierbas y de su mente, precisando que se imaginaba al enfermo totalmente sano, pasándose varias horas transmitiendo dicho pensamiento al sujeto. Fui preguntando a aquellas gentes que cuánto les cobraba el hechicero por sanarles, y todos me contestaron que le daban algo de comer. Todo el mundo estaba de acuerdo en que el hechicero tenía la virtud de "cortar las hemorragias" Y al preguntarles que cómo hacía eso, casi no hubo diferencia alguna en las respuestas de una docena de personas interrogadas. "Lo hace con la mente", me contestaron aquellos lugareños.

La historia está llena de casos de curaciones realizadas por el procedimiento psíquico. Pero, por otra parte, ésta no es una prerrogativa exclusiva de las gentes primitivas. El doctor Phineas Parkhurst Quimby, que vivió entre 1802 y 1866, adquirió fama de curar por medios mentales, siendo el primero que empleó las denominaciones de "ciencia cristiana" y "curación mental". Hijo de un herrero, al principio no le fue posible adquirir más que un mínimo de educación formal. A los treinta y seis años asistió a una conferencia sobre mesmerismo, y salió tan entusiasmado de ella, que decidió entregarse al estudio de la práctica de tal sistema de curación. En dicho empeño le ayudó un joven clarividente; y al poco tiempo ambos se convirtieron en unos afamados curadores de dolencias corporales. Lo más interesante de dicha asociación fue que el doctor Quimby extrajo la conclusión de que el paciente iba transmitiendo mensajes telepáticos a su clarividente amigo, quien luego formulaba su diagnóstico a través de la lectura de los pensamientos del sujeto enfermo. Personalmente creo que la cosa no sucedía exactamente así, puesto que ello sería como poner el carro delante el caballo. Pero sobre lo que no cabe duda es que el doctor Quimby fue un verdadero pionero de la moderna curación mental; y ya se sabe que los pioneros tienen derecho a cometer ciertos errores. El doctor Quimby inició la tendencia al estudio de la Ciencia Cristiana; pero fue uno de sus discípulos quien dio a conocer al mundo dicho sistema curativo. Entre sus muchos

discípulos, destacó Mary Baker Eddy, la cual se aferró a la premisa de que la mente puede transmitir mensajes a una persona enferma y, si tales mensajes son de signo positivo, la enfermedad puede ser superada.

Mary Baker Eddy es precisamente el mayor exponente moderno del poder de la mente sobre la enfermedad. Dicha señora es la verdadera madre de la Ciencia Cristiana, ciencia que sostiene que la mente humana tiene la facultad de vencer completamente la enfermedad.

El Nuevo Pensamiento es otra religión emparentada con la Ciencia Cristiana, de la que no obstante difiere, por cuanto no rehúye el empleo de medicamentos en la curación de las enfermedades. Uno de los devotos del Nuevo Pensamiento, Ralph Waldo Trine, proclama que las enseñanzas de esa especie de religión van encaminadas al reconocimiento de nuestra propia divinidad y de nuestra íntima relación con el universo: "Tenemos que enganchar —dice— la correa de nuestra máquina humana a la central cósmica. Y la mente es el medio más importante para realizar esa operación." Los miembros del Nuevo Pensamiento han obrado sinnúmeras curaciones a distancia, las cuales se han conseguido mediante el envío de armoniosas vibraciones a la persona doliente; algo bastante más eficaz que el empleo del rayo Laser por la medicina más ortodoxa. La poderosa mente del curandero psíquico constituye un verdadero rayo Laser. Ahora bien, ambas fuerzas pueden resultar eminentemente peligrosas si se hace un mal uso de ellas.

En los periódicos de todo el mundo se habla de milagrosas curaciones no ortodoxas. Y en la mayoría de los casos, las personas que practican la cura mental creen que tal facultad es un don que Dios les ha concedido. Lo cual no deja de preocuparme, puesto que ello es un indicio de que muchos de tales practicantes no tienen idea de los principios básicos en los que se funda la curación mental. Poco de religioso tiene una vibración de índole mental; tan poco como lo que hay detrás de una emisora de radio o de televisión.

En los Estados Unidos, las concentraciones masivas de signo un tanto religioso forman parte de la escena contemporánea del curandero mental. Y lo cierto es que las curaciones milagrosas siguen proliferando, pese a los esfuerzos hechos para desacreditarlas. Las peregrinaciones católicas al santuario de Nues-

tra Señora de Lourdes son miradas por todo el mundo con el máximo respeto. Y digo yo, ¿por qué, entonces, no aceptar la idea de la curación por medio de vibraciones armoniosas dimanantes de una mente que nada tiene que ganar por consagrarse a este tipo de trabajo? Yo no puedo menos que admirar a quienes poseen esa virtud de la curación masiva, pero tal facultad está más allá de mis posibilidades mentales.

Todo cuanto es posible por medios meramente tangibles tiene su contrapartida en lo intangible. Pero hoy todavía se tiende a calificar de magia todo lo que haga referencia al reino de lo intangible. No obstante, está próximo el día —que llegará cuando vayamos adentrándonos en la Era de Acuario— en que lo intangible será considerado como algo totalmente natural y corriente.

Este libro trata de los experimentos más antiguos que se conocen, así como de las investigaciones más modernas y recientes: el *vudú,* la curación a distancia, el hipnotismo, los OVNIS y los mensajes interplanetarios, las maldiciones, la comunicación psíquica entre el hombre y los animales, la fotografía del pensamiento, la posesión y el médium, Mark Twain y las manifestaciones psíquicas, el papel de la telepatía en las sociedades primitivas, en las civilizadas, en las antiguas y en las modernas, la relación de la telepatía con el ESP, amén de la manera en que la telepatía actúa, de cómo transmitir y recibir, de cómo practicar, etcétera.

De todo lo cual se desprende la necesidad de leer, de relajarse, de escuchar y de tener la mente siempre alerta, porque, como va a decirles Sybil Leek, «puede ocurrir que los intangibles fenómenos psíquicos nos den a conocer la última frontera...».